

A low-angle, upward-looking photograph of a large, ornate stained glass dome. The dome's structure is made of dark metal ribs that converge towards the top. The glass panels are decorated with intricate floral and foliate designs in shades of red, yellow, green, and blue. The lighting is bright, coming from above, creating a high-contrast scene with deep shadows and bright highlights on the glass and metal.

La Belle Epoque

DE SANTIAGO SUR PONIENTE ~ 1865-1925



Santander

BIBLIOTECA NACIONAL DE CHILE

Sección Chilena



1141 257-24

Ubicación:

Año: c: 1

SYS: 908383

Biblioteca Nacional



1568563

La Belle Epoque

DE SANTIAGO SUR PONIENTE — 1865-1925

Antonio Rodríguez-Cano Aranda

Amaya Irarrázaval Zegers

Soledad Rodríguez-Cano Samaniego

Francisco García-HuidobroVillalón

Marcos Mendizábal Sanguinetti

Ximena Ulibarri Lorenzini

La Belle Epoque

DE SANTIAGO SUR PONIENTE ~ 1865-1925



Como División Santander Global Banking & Markets nos complace presentar el maravilloso libro **La Belle Epoque de Santiago Sur Poniente**, publicación única en su género, que mediante un registro visual e histórico busca transformarse en un testimonio palpable de la época de mayor esplendor de los barrios capitalinos del llamado sur palaciego, a través de la muestra de un conjunto de construcciones patrimoniales que aún se conservan.

Estas grandes mansiones edificadas en los barrios Dieciocho, Ejército y República entre los siglos XIX y principios del XX, unidas a las motivaciones y vivencias de aquellos que las imaginaron, construyeron y habitaron, forman parte de una historia desconocida para muchos, que sabemos contribuirá a fortalecer nuestra identidad y ayudará a redescubrir nuestras raíces, a través de un recorrido fascinante que apelará a la memoria de muchos.

Con pesar vemos cómo el paso del tiempo y la transformación urbana de estos sectores, se ha encargado de hacer desaparecer casas como éstas, que debemos a familias emprendedoras y soñadoras, quienes gracias a su tesón, astucia y esfuerzo dejaron una profunda huella y un valioso legado.

Aquí radica la importancia de nuestro aporte y también el de aquellas instituciones y particulares que han realizado grandes esfuerzos en rescatar y conservar estas maravillosas casonas y palacios. Con esta publicación, Banco Santander refuerza una vez más su profundo compromiso con la cultura y con el rescate de un patrimonio del cual nos sentimos orgullosos.

Lo invitamos a disfrutar de este maravilloso libro.

Afectuosamente,

A stylized, handwritten signature in dark ink, reading "F. Massú T." with a large, sweeping flourish at the end.

Fernando Massú T.

DIRECTOR GENERAL

SANTANDER GLOBAL BANKING & MARKETS

Para los autores constituye un orgullo presentar este libro, que muestra una selección de inmuebles de interés patrimonial que aún se conservan en el sector sur poniente de la comuna de Santiago. Residencias que poseen un carácter único que estimamos necesario registrar.

La preservación del patrimonio arquitectónico requiere de medidas que incentiven y faciliten su conservación. Sin embargo, además de la decisión de preservar es necesaria una labor de identificación y valoración de dicho patrimonio.

El libro que presentamos se inserta en esta línea, constituyéndose en un aporte para el conocimiento de las construcciones de valor arquitectónico de un importante sector de la comuna de Santiago y de su historia, entre los años 1865 y 1925.

Este periodo constituyó una etapa fundamental del crecimiento y modernización de la ciudad. Un momento histórico en el que convergieron nuevas ideas, riquezas nunca antes vistas y grupos sociales que modificaron el escenario económico y social del país. Esta coyuntura se expresó en la construcción de mansiones y palacios en un entorno urbano nuevo.

Queremos agradecer a **Banco Santander**, que ha mantenido una preocupación permanente referida a la conservación patrimonial, la oportunidad que nos ha dado para presentar a través de una edición de categoría, parte de este acervo cultural del cual nos sentimos orgullosos. También, un agradecimiento especial a sus ejecutivos quienes no sólo facilitaron la realización de la investigación y la adecuada presentación de sus resultados, sino dieron todos los espacios de libertad requeridos para su ejecución.

El patrimonio debe conservarse para forjar la memoria colectiva de una sociedad. El entorno urbano y las construcciones que en él se despliegan, mantienen viva la imagen de la historia de una ciudad. A través de este libro buscamos motivar a las autoridades y a la comunidad a tomar las medidas necesarias para su preservación.



Antonio Rodríguez-Cano Aranda

ARC S.A.

Índice de Contenidos

14	Prólogo	17	Introducción	32	Plano Ubicación
34	Casa Quinta Meiggs	146	Palacio Astoreca		
46	Palacio Errázuriz	156	Casa Dieciocho		
60	Palacio Cousiño	168	Casona Avenida España		
76	Casona Zenteno	176	Palacio Ariztía		
86	Casa Anwandter	188	Casa de Lucía Subercaseaux		
96	Casa Abdón Cifuentes	196	Palacio Piwonka		
104	Edificio Ochagavía	206	Casa Herquínigo Gómez		
112	Casa Valdés Vergara	218	Palacio Eguiguren		
122	Palacio Yrarrázaval	232	Casa Heiremans		
136	Palacio Iñiguez	242	Casa Arturo Alessandri Rodríguez		
252	Glosario Arquitectónico	254	Cronología Patrimonial	256	Bibliografía

Prólogo

EL libro **La Belle Epoque de Santiago Sur Poniente** busca ser un aporte para el conocimiento del patrimonio arquitectónico de la ciudad que habitamos y su historia. Para lograr este objetivo, nos centramos en un periodo del desarrollo urbano, entre 1865 y 1925 y en un sector comprendido entre calle San Ignacio y Avenida España, y entre Alameda y Avenida Blanco Encalada.

De esta forma se genera un estudio acotado, que permite conocer y entender el crecimiento y los cambios que sufrió Santiago, desde mediados del siglo XIX. La forma de ocupación del espacio, los estilos arquitectónicos y el modo de interacción social, definieron la creación de barrios, que dieron a la capital una nueva fisonomía.

Para dar forma a esta presentación, se tomaron fotografías de gran formato de 19 inmuebles que aún se conservan en el sector y se realizó un acabado estudio de sus escrituras, planos y de las historias que definen su ocupación. Además, se realizó un recorrido a través del patrimonio fotográfico que existe, tanto de la ciudad como de estas residencias en específico. Por último, se incluyó la desaparecida Casa de la Quinta Meiggs, en cuyos terrenos se creó una urbanización que en cierta medida sirvió de eje para la consolidación del sector.

La Belle Epoque de Santiago Sur Poniente, es una forma novedosa de acercarse al estilo de vida que se desarrolló en los barrios Dieciocho, Ejército y República. Es una mirada íntima hacia quienes fueron sus habitantes y los roles que desarrollaron en el ambiente social, político y económico del país.

Esto difícilmente se podría haber realizado sin el apoyo de los actuales propietarios de los inmuebles seleccionados, quienes no sólo utilizan estas casas,

sino que se han preocupado de su conservación y restauración: Klaus Anwandter, Mabel Briceño, Cámara de Diputados, Centro de Eventos Dieciocho 190, Círculo Español, Colegio de Contadores, Dirección de Movilización Nacional, Duoc-UC (sede Alonso de Ovalle), Embajada de Brasil, Facultad de Ingeniería de la Universidad de Chile, Instituto Profesional de Chile (CEPECH), Instituto Profesional Valle Central, Liceo Profesional Abdón Cifuentes, Museo Palacio Cousiño, Museo de la Solidaridad Salvador Allende, Sergio Nandwani, Universidad Diego Portales.

Queremos expresar además, un especial y sincero agradecimiento a Arturo Alessandri Besa, Magdalena Astoreca Opazo, Matías Astoreca, Jaime Bunster Iñiguez, Rebeca Cifuentes Grez, Guillermo Chadwick Piwonka, Gonzalo Eguiguren Hodgson, Eugenio Heiremans Despouy, Sarita Hurtado Izquierdo, Carlos Iñiguez Irrázaval, Olga Irrázaval Correa, Mercedes Larraín Irrázaval, Miguel Lawner Steiman, General de Ejército Claudio López Silva, Alfonso Márquez de la Plata Yrarrázaval, Padre Juan Ochagavía Larraín, Carolina Ochagavía Larraín, Matías Pérez Cruz, María Luisa Pérez Zañartu, Luis Portales Cifuentes, Carolina Riesco Piwonka, Ximena Rojas Valdés, Cristián Valdés Eguiguren y Eduardo Valdivieso Ariztía. Ellos nos ayudaron con sus conocimientos, sus recuerdos e historias y con fotografías que fueron un invaluable aporte.

Un profundo reconocimiento al apoyo de Miguel Saavedra Sáenz, Director de Obras de la Municipalidad de Santiago. También al Departamento de Historia de la Facultad de Arquitectura y Urbanismo de la Universidad de Chile, a la Universidad Católica de Valparaíso, al Archivo Fotográfico del Museo Histórico Nacional y a la Biblioteca Nacional, que facilitaron documentación y fotografías.

LOS AUTORES

Introducción

"Una primera visita a la ciudad de Santiago no deja de ser motivo de agradable sorpresa para un europeo inteligente... En verdad uno no espera encontrar a 30 leguas en el interior, al pie de los Andes, una ciudad de alrededor de 160.000 almas con edificios públicos tan magníficos, mansiones particulares tan imponentes y paseos tan excepcionalmente bellos. Quizás lo que más impresiona a un extranjero, después de la situación realmente admirable de la ciudad, es la atmósfera de holgura aristocrática y de reserva que reina allí".

Horace Rumbold, Embajador Británico, Informe sobre Chile "Le Chili", París, 1877.

Las palabras de este diplomático inglés pueden resultar sorprendentes para muchos. Pero en realidad, Santiago a fines del siglo XIX poco tenía que envidiar a las capitales europeas. En pocos años la ciudad colonial había dado paso a una urbe moderna para su época, planificada y con adelantos de infraestructura que antes ni se soñaban. Para intentar entender esta transformación, buscaremos reconstruir las causas del nacimiento, desarrollo y decadencia urbana de un sector acotado de la capital, el sector sur poniente. Mostrando de paso, el cambio cultural que sufrió la sociedad en esos años y que explica de alguna manera la sorpresa expresada por los visitantes extranjeros al encontrarse con esta ciudad situada a los pies de la cordillera.

Los barrios República, Dieciocho y Ejército traen incontables recuerdos a la memoria para un número importante de santiaguinos. Más de alguno se formó y jugó en sus calles. Familias enteras traspasaron sus historias de generación en generación. Los colegios, las grandes casas, los tradicionales vecinos y los negocios de barrio, hablan de un estilo de vida que hoy pareciera olvidarse. A través

de este libro intentaremos acercarnos a lo que fue la vida en ese sector de la ciudad y trataremos de rescatar parte de su historia y del patrimonio arquitectónico que en él se forjó.

El término "Belle Epoque" da cuenta del espíritu que se desarrolló entre fines del siglo XIX y principios del XX. Esta fue una época de transformación sin precedentes, en la que cambiaron las bases sociales y políticas; las formas de vida, tanto en su manifestación privada como pública; las estructuras económicas —con la llamada Segunda Revolución Industrial—, y la distribución demográfica, con un crecimiento notable de la población que, como nunca antes, se aglomeró en los espacios urbanos.

Este concepto en Europa, corresponde al período entre guerras (1870-1914), en el cual la actitud y el ánimo de las clases altas se vieron trastornados por el temor y la incertidumbre de la llamada "paz armada", naciendo en ellas un afán de goce inmediato de la vida. Esto se manifestó en la ostentación del lujo y la opulencia, en el disfrute sin noción de futuro. En América y específicamente en Chile, este sentir se vio reflejado en un cambio cultural

que se expresó en la transformación de la fisonomía de Santiago.

Sin embargo, para llegar a este punto y lograr dimensionar su significado, es necesario remontarnos unos años atrás.

Imaginar el Santiago de mediados del siglo XIX, no es tarea fácil. El conocimiento que se tiene de las condiciones de vida de entonces son incompletos y para un lector del siglo XXI, cuesta visualizar la ciudad sin los adelantos que asumimos como básicos.

A poco más de treinta años de la Independencia del país, Santiago recién comenzaba a reinventarse a sí misma, buscando su identidad, siempre mirando hacia Europa y en especial a Francia, como principal referente.

Pero, desde mediados de siglo se inició un cambio que resultaría radical en la evolución de la capital de Chile. Este proceso se afianzó a contar de la década de 1870 con la llegada de Benjamín Vicuña Mackenna a la Intendencia de Santiago (1872-75), quien tuvo un rol protagónico en la definición y reordenamiento de la ciudad. Como él afirmaba, “es el mejor negocio que podría o debería acometer la ciudad pues para ella es una cuestión de ser o no ser, de ser ciudad o de ser potrero”. Tras una ardua labor el Intendente logró aunar criterios y entusiasmar a connotados ciudadanos de unirse al esfuerzo del Gobierno para modernizarla y darle una fisonomía propia.

El crecimiento hacia el sur poniente es una

síntesis de este desarrollo, en que las nuevas fortunas, los adelantos y las modernas formas de entender la ciudad definieron la evolución urbana del área comprendida entre la Alameda, Blanco Encalada, San Ignacio y Avenida España, cambiando completamente el aspecto rural del sector.

Luego de su incorporación a la trama urbana, se produjo un constante progreso que lo terminó por consolidar como uno de los barrios más elegantes de la capital. Grandes mansiones, amplias avenidas, espacios de interacción social, dieron a esta zona de Santiago un carácter único, que vio su apogeo en las primeras décadas del siglo XX.

Los últimos años de una ciudad colonial

Hacia 1850, Santiago era una ciudad con una población de aproximadamente 100.000 habitantes, conformada por casas de uno a dos pisos, de adobe y techo de tejas. El tejido urbano presentaba cierta unidad por la edificación con fachada continua. En esta trama destacaban iglesias y edificios públicos de mayor envergadura, como el Palacio de Gobierno y el Cabildo en la Plaza de Armas, el Consulado, la Aduana, la Casa de Moneda y otros de menor importancia.

La infraestructura era mínima. Muy pocas calles estaban empedradas y la ciudad carecía de alcantarillado, redes de agua potable e iluminación pública. La evacuación de las aguas servidas se hacía por acequias a tajo

abierto que corrían por caminos polvorientos en verano y cenagosos en invierno. Los suburbios no eran más que extensos basurales y rancheríos donde vivía a lo menos un quinto de la población en dramáticas condiciones de miseria e insalubridad. Las casas no tenían baños y su arquitectura no concebía la higiene como un elemento importante del diseño. Las comodidades eran pocas y la construcción en adobe daba cierta unidad a la trama urbana.

La vida se desarrollaba entre el espacio privado de estas casas capaces de acoger a extensas familias, y el espacio público, que no iba más allá de la Plaza de Armas, el Paseo de los Tajamares y la Alameda de Las Delicias. No existía transporte público y el privado se reducía a caballos, carretones y coches.

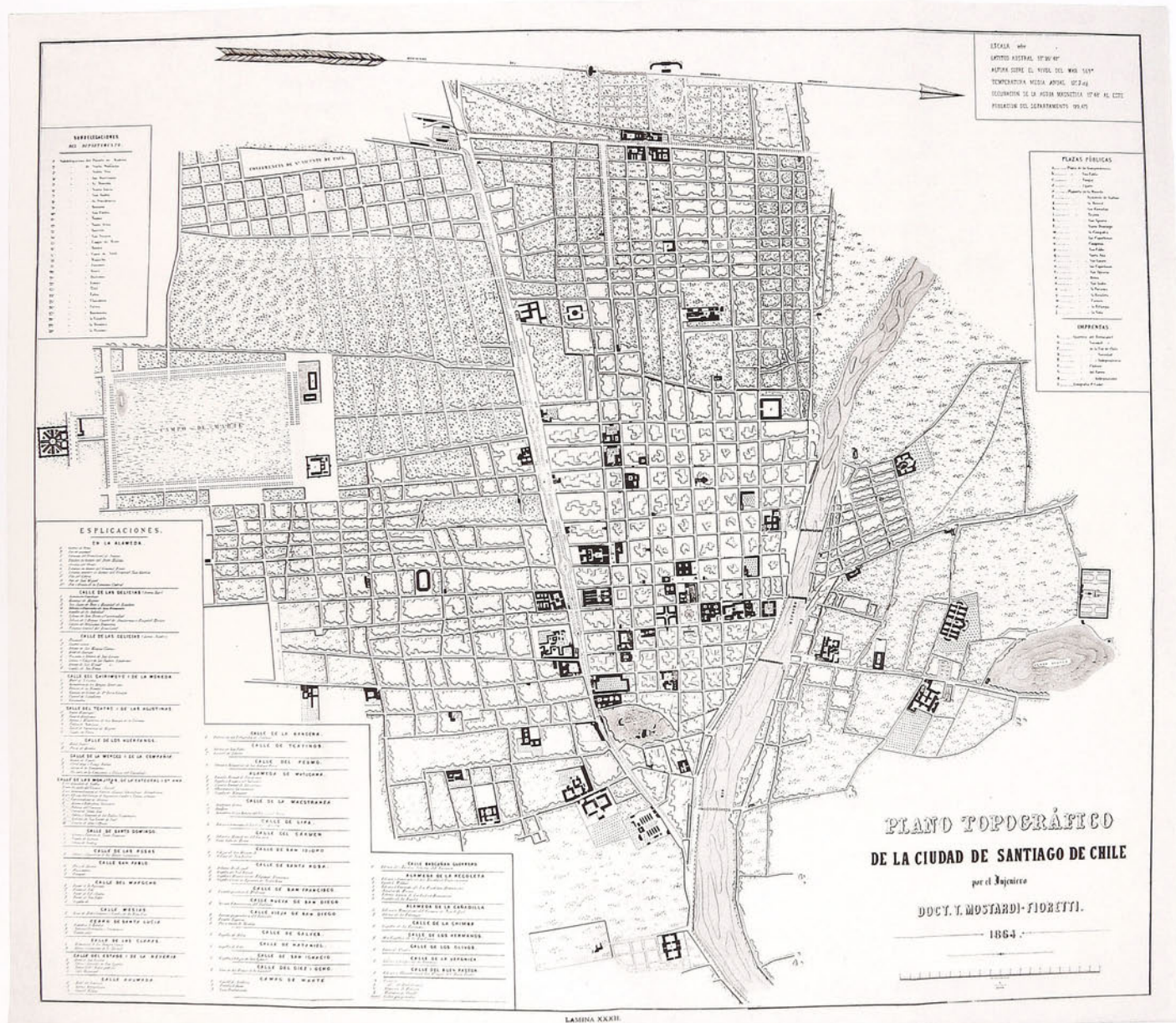
El ordenamiento normativo del desarrollo urbano de Santiago data del gobierno de Manuel Bulnes, quién el 4 de enero de 1844 decretó la primera Ordenanza de Construcción, y en 1847, en el Decreto sobre Derecho de Carnes Muertas, fijó los límites de la ciudad en los siguientes términos: "Art.1º: Los límites de la ciudad de Santiago... serán los siguientes: por el sur el Zanjón de la Aguada, desde el puente nuevamente construido en dicho zanjón, frente a las casas de don Bonifacio Correa, hasta donde concluye el callejón denominado del Traro. Por el oriente, el antedicho callejón hasta salir al camino de Ñuñoa, tomando después el callejón llamado de Asola, hasta el tajamar; i siguiendo en

línea recta desde la chacra de Herrera por las faldas del cerro San Cristóbal, hasta la casa de Pólvara, se completará el límite oriental. Por el norte, una línea tirada desde la casa de Pólvara hasta la conclusión del callejón o camino de las Hornillas. Por el poniente, este callejón hasta el Mapocho, i siguiendo sus aguas a enfrenar con el deslinde de la chacra de la Merced i la de Portales, hasta el callejón de Mata; de cuyo punto, siguiendo una línea hacia las casas de Chuchunco, i de aquí, hasta el puente arriba dicho, frente a las casas de don Bonifacio Correa, se completará el límite occidental." (Boletín de las Leyes, Ordenes i Decretos del Gobierno, Libro XV, Santiago, Imprenta de la Independencia, 1847).

A partir de ese momento el Estado fue tomando un rol cada vez más activo en el desarrollo de la ciudad. Junto con fijar los límites, se mejoraron los espacios públicos y se planificó el área urbana. En la década del 40, el Fisco compró extensos paños de terreno para equipamiento, con lo cual se hizo dueño de un porcentaje significativo de la superficie periférica, lo que determinó el sentido del crecimiento de la ciudad.

Primero en 1840, el Gobierno adquirió 31 cuadras al poniente de la Alameda de Matucana a la familia Portales, para la creación de la Quinta Normal de Agricultura. La compra de estos terrenos dejó extensos solares eriazos que dieron origen al Barrio Yungay.

Tres años después, ante la necesidad de



Plano topográfico de la ciudad de Santiago en 1864, realizado por el ingeniero T. Mostardi Fioretti, en el que se muestra el aspecto rural de Santiago al sur poniente de la Alameda. Fuente: Colección particular.

disponer de un campo para la instrucción militar y la construcción de edificios castrenses, el Estado compró un extenso terreno en el sector denominado “El Llano” o “La Pampilla”, ubicado entre lo que actualmente es la Avenida Blanco Encalada y el Zanjón de la Aguada. Allí se construyó la Escuela Militar, los Arsenales de Guerra y la Fábrica de Cartuchos, entre otros. Las 88 hectáreas restantes se destinaron al adiestramiento militar y se les denominó “Campo de Marte”.

De esta forma, extensos predios, conformados por chacras y quintas, quedaron incorporados al área urbana y al poco andar se lotearon, se trazaron vías y se levantaron poblaciones. En la década del 50, se abrieron nuevos accesos desde la Alameda para dar conexión a estos terrenos fiscales recién adquiridos. Nacieron así la calle Dieciocho, Lord Cochrane y San Ignacio.

Paralelamente, se abrió en las cercanías de la Estación Central, una amplia calle llamada Bascuñán Guerrero –en honor al Intendente que impulsó su creación– la que se pobló rápidamente. Luego se lotearon las chacras del sector oriente, entre las calles Carrera y Molina (Callejón del Portugués). Como entre estas áreas no existía vialidad transversal, se proyectó la trama de calles que aparece en el “Plano Topográfico de la Ciudad de Santiago de Chile”, de Mostardi-Fioretti (1864).

En éste, se aprecia con detalle el área poblada del sector sur poniente de la ciudad. En el

sentido norte sur comprendía San Ignacio, Dieciocho, Castro, Vergara y Almirante Latorre (Callejón de Padura). En el sentido oriente poniente las calles no aparecen con nombre y sólo se visualiza una continuidad urbana en el sector comprendido entre San Ignacio y Castro.

Más hacia el poniente, las construcciones sólo ocupaban las manzanas próximas a la Alameda. Esta, la principal avenida de la ciudad, tenía conformado el perfil urbano sólo en la acera norte, hasta la Alameda de Matucana. Por el margen sur presentaba edificación continua desde San Ignacio al oriente. Hacia el poniente, tenía un carácter rural y recuperaba cierta fisonomía urbana entre las calles Bascuñán Guerrero y la Estación Central. Este sector intermedio estaba conformado por quintas, entre las que destacaban por su superficie la de Enrique Meiggs, que ocupaba un extenso frente a la Alameda y la de Francisco de Paula Echaurren.

La transformación del sur poniente de Santiago

Desde mediados de la década de 1860, se comenzó a transformar esta fisonomía rural con la construcción de grandes residencias. Este proceso se inició en 1864 con la edificación de la casa de la Quinta Meiggs; en 1871; del Palacio Cousiño en la calle Dieciocho, y en 1872 del Palacio Errázuriz en la Alameda con Manuel Rodríguez. Estas



Vista de la Alameda a principios de la década de 1860, desde la primera casa de Enrique Meiggs en Santiago, ubicada en la esquina de esta avenida con Lord Cochrane. Fuente: Colección Fotográfica Digital del Museo Histórico Nacional.

mansiones dan una clara idea del lujo y la ostentación que primó en esa época y en este sector. Se contrataron arquitectos extranjeros, los muebles se trajeron en barco desde Europa, y se incorporaron adelantos técnicos únicos, como calefacción central y el primer ascensor que existió en la ciudad.

En forma paralela, se desarrolló la implementación urbana y la creación de espacios públicos entre los que destacan el Club Hípico (1869) y el Parque Cousiño (1873). Este último se emplazó en el antes mencionado Campo de Marte y —tomando como modelo los grandes parques europeos— fue el resultado del trabajo conjunto de la Intendencia y Luis Cousiño Squella. Este, combinó el trabajo del ingeniero Manuel Arana Borica con el paisajismo del francés Gustavo Renner, responsable del Parque Macul y Santa Rita, entre otros.

El efecto que produjo este parque, convertido en el principal paseo de la aristocracia santiaguina, se reflejó en la creación y mejoramiento de las vías de acceso y en la construcción en su vecindad de fastuosas mansiones. Esta tendencia se plasmó con la pavimentación en madera de la calle Dieciocho y la apertura de la Avenida Ejército Libertador.

Un año más tarde se loteó la Quinta Meiggs, con grandes sitios de excelente urbanización y se cedieron los terrenos para la formación de dos avenidas de gran importancia para el barrio. Las avenidas República y Capital, que

luego se llamó Avenida España. Años más tarde, se loteó la quinta de don Francisco de Paula Echaurren.

Plan de Transformación de Santiago

El crecimiento de la ciudad, determinado por las compras de terrenos fiscales, planteó la necesidad de realizar un reordenamiento planificado de la planta y su trazado. La respuesta a esta inquietud fue el “Plan de Transformación de Santiago” diseñado e impulsado por el Intendente de la ciudad, Benjamín Vicuña Mackenna.

Este proyecto se vio inspirado por los trabajos de renovación urbana realizados en París a mediados del siglo XIX por el prefecto del Sena, Barón Georges Haussmann. Sus resultados transformaron a esta ciudad europea en la más bella y monumental del continente, extendiendo su influencia sobre los proyectos urbanísticos de otras urbes, tanto de Europa como de América.

Pese a la enorme diferencia que separaba ambas ciudades, Vicuña Mackenna se proponía “transformar Santiago en el París de América”. No buscaba hacer una copia fiel, sino que tenerla como un referente de una metrópolis sofisticada y bella, considerando las limitaciones del país y el uso racional de los recursos. La idea central que rescataba es la que considera el tejido

urbano como un escenario de interacción social. El boulevard, las funciones de la ópera, el disfrute de los paseos por elegantes parques, son los que dan aire de modernidad y cultura a la ciudad.

Como hasta ese momento Santiago se extendía desordenadamente más allá de la traza fundacional, el plan comenzaba con una división de ésta en dos sectores: el sector urbano, considerado como lo civilizado, y los suburbios o la barbarie. De esta manera se formaría un núcleo urbano ordenado y compacto, lo que haría más fácil atender sus necesidades. Para separarlos, propuso la conformación de un "Camino de Cintura" que tendría, por su diseño y plantaciones, el carácter de cordón sanitario contra las "pestilencias de los arrabales" y de solución vial, para descargar el tráfico de los barrios centrales. De este camino, sólo se construyó el trazado sur, hoy Avenida Matta-Blanco Encalada y el oriente, actual Vicuña Mackenna.

Este programa de mejoramiento urbano abarcaba diferentes ámbitos. Si bien, no todos los puntos propuestos por el Intendente se realizaron durante su mandato, este listado de prioridades sirvió de base para el posterior desarrollo de importantes acciones urbanas, como la canalización del río Mapocho.

El plan incluía la modificación del plano y del trazado urbano, el establecimiento de servicios básicos como el suministro de agua potable y, por último, el saneamiento de los barrios populares. Según el propio Intendente,

estos lugares eran una verdadera "ciudad bárbara injertada en Santiago...una inmensa cloaca de infección y de vicio, de crimen y de peste, un verdadero potrero de la muerte".

Un factor novedoso y fundamental en este proceso fue la participación de los particulares, los que se fueron entusiasmando con la imagen del "París americano" y aportaron dinero, trabajo e ideas para que se llevara a cabo.

En el ámbito de este estudio, durante la Intendencia de Vicuña Mackenna, se logró dar una coherencia e infraestructura al sector sur poniente. Mediante una red vial, se generó un barrio ordenado y atractivo para quienes buscaban alejarse del centro tradicional y asumir un nuevo estilo de vida.

También el paseo de la Alameda de las Delicias recibió el aire modernizador. La que hasta entonces se extendía desde Apoquindo a Chuchunco, fue limitada por el Intendente a un marco de quince cuadras comprendidas entre Almirante Latorre (Callejón de Padura) y la Iglesia de San Francisco, con el objeto de dedicar recursos a su embellecimiento.

En el plano técnico, este Plan de Transformación de Santiago que reflejaba los sueños y aspiraciones de una sociedad en movimiento, contó con el invaluable aporte de los franceses Ernesto Ansart, ingeniero que en 1875 incorporó en un plano las obras propuestas y ejecutadas por la Intendencia,

y el arquitecto Paul Lathoud, quien había diseñado el Palacio Cousiño.

☉ Nuevas y viejas fortunas

Al consolidarse Santiago como capital del país, disipando las pretensiones de hegemonía de las ciudades de Concepción, La Serena y Valparaíso, pasó a representar un polo de desarrollo y una suerte de imán para la oligarquía chilena. Su crecimiento y modernización tuvo una directa relación con la conformación y consolidación de un nuevo referente social. Los grupos prósperos de las provincias, inmigrantes extranjeros y comerciantes exitosos se trasladaron a la capital y dejaron en ella una huella imborrable.

Durante la llamada República Conservadora de los gobiernos de José Joaquín Prieto, Manuel Bulnes y Manuel Montt, entre 1830 y 1860, se produjo un importante desarrollo económico de la mano de la exportación de materias primas provenientes de la minería (plata, cobre y carbón) y de la agricultura (trigo y harina).

Surgió entonces, un nuevo grupo de emprendedores que supo aprovechar las oportunidades, ya sea por el descubrimiento de minerales o por la demanda de trigo, durante la fiebre del oro en California y Australia. Esto permitió la acumulación de grandes fortunas y la aparición de magnates de la importancia de Matías Cousiño, en la minería del carbón; José Tomás Urmeneta,

en la del cobre; y Enrique Meiggs, en la construcción de vías férreas.

Esta emergente burguesía y las bases de su riqueza, aparecieron reflejadas en una lista de las principales fortunas chilenas publicada en *El Mercurio*, en 1882, por Benjamín Vicuña Mackenna. En ésta se muestra que cerca del 84% provenía del desarrollo de la minería, la industria, la banca y el comercio, y sólo un 15% del mundo agrícola, diferencia radical con respecto a lo que sucedía con la sociedad terrateniente de la Colonia.

En 1832 comenzó el auge de la minería de la plata con el descubrimiento de la mina de Chañarcillo por el cateador Juan Godoy. Luego siguió el yacimiento de Tres Puntas en 1848 y el mineral de Caracoles en 1870.

También fue fundamental en el proceso de modernización del país la minería del cobre, desarrollada desde mediados del siglo XIX, luego del descubrimiento del mineral de Tamaya (1852) por José Tomás Urmeneta, que llevó a Chile a ser uno de los principales productores de cobre a nivel mundial.

Consecuente con este progreso económico, a contar de 1855, se institucionalizó la actividad financiera con la autorización del funcionamiento del Banco de Valparaíso. Asimismo, durante este período de bonanza, iniciaron sus operaciones una cantidad importante de industrias.

Se produjo entonces, una situación muy especial en la que la tradicional aristocracia castellano-vasca, que fundaba su riqueza en

la tenencia de la tierra, se fue lentamente mezclando con este nuevo grupo de empresarios que hicieron sus fortunas en otros sectores. Este hecho generó dos efectos que modificaron el escenario económico del país: por una parte, la nueva burguesía en ascenso invirtió un porcentaje de sus riquezas en tierras, pero con una visión empresarial; y por otra, el grupo tradicional de terratenientes se sumó y enfrentó los nuevos desafíos modernizando sus sistemas de producción y diversificando sus inversiones. Pero estos cambios se vieron sujetos a fuertes vaivenes; los ciclos económicos presentaron enormes diferencias entre los puntos más altos y los años de crisis.

Con la República Liberal, que se extiende hasta 1891, los recursos captados por la administración central del Estado se destinaron a la construcción de obras públicas para el transporte, equipamientos urbanos y redes de infraestructura sanitaria.

En el marco de una ideología liberal con mayor intervención fiscal, el programa de Gobierno de Balmaceda postuló un aumento de la sustitución de importaciones y la aplicación de una política de inversiones reproductivas y protegidas. Esta propuesta, principalmente orientada a la industrialización, fue interrumpida por la Revolución de 1891.

Con el tiempo, la explotación salitrera reemplazó los ingresos de la exportación de minerales de plata y cereales, acrecentó las rentas públicas y las fortunas privadas de las clases dominantes, generando una

nueva prosperidad entre éstas. Pero la distribución de las nuevas riquezas estaba cada vez más concentrada, lo que se tradujo en un aumento desmedido de las diferencias sociales.

El abismo histórico en la estructura social chilena se había acentuado en vez de paliarse. Al lujo y la opulencia, al gasto desenfrenado y la ostentación de los grupos altos, se opone la miseria y abandono inverosímil de la gente humilde. Pero esta situación no pasó inadvertida para todos. La Iglesia Católica y un grupo importante de laicos, impulsados por la Encíclica *Rerum Novarum*, del Papa León XIII, generaron un movimiento que intentaba solucionar estas diferencias mediante la caridad y la filantropía, dando con ello origen a la llamada "cuestión social".

Entre 1903 y 1905 se produjeron innumerables huelgas a lo largo del país. Las más recordadas por lo violentas y sangrientas fueron la revuelta de la carne en Santiago, en 1906 y la matanza de la Escuela Santa María de Iquique, en 1907. Sin embargo, tanto en la teoría como en la práctica, la oligarquía gobernante generó una escasa legislación social.

Conformación de nuevos barrios

Hacia fines del siglo XIX, los entonces llamados barrios Dieciocho, Ejército y República, ya contaban con importantes



La calle Dieciocho ingresando hacia el sur por la Alameda, a principios del siglo XX. En el costado izquierdo se aprecia el Palacio Iturría y en el derecho la elegancia de las luminarias que adornaban sus veredas.

Fuente: Colección Fotográfica Digital del Museo Histórico Nacional.

adelantos. Calles asfaltadas, iluminación a gas, sistema de tranvías y destacadas viviendas daban al sector una sensación de progreso que lo hacía cada vez más atractivo.

La Avenida República se pobló de chalets, una fórmula novedosa de edificación que incluía ante jardín, dando una nueva fisonomía a la calle. El desarrollo hacia el sur, se vio potenciado por una urbanización desarrollada por Juana Ross Edwards. Al poco tiempo, este barrio era el predilecto de las legaciones diplomáticas. La Avenida España siguió una trayectoria semejante, pero opacada por su vecina.

Sin que haya existido una planificación concertada, se generó un patrón de ocupación de suelo particular. El barrio que se originó es de un carácter social mixto en donde las grandes avenidas —Alameda, Dieciocho, Ejército y República— fueron ocupadas por las casonas de las familias más ricas. Las calles aledañas a éstas, como San Ignacio, Vergara o España tuvieron un desarrollo menos ostentoso por su condición de accesos secundarios. Y las transversales, de menor tamaño e importancia fueron habitadas por familias de estrato social más bajo que correspondía a población de servicio y comercio artesanal a nivel de barrio, con viviendas para clase media y obreros. Con esto, se produjo un interesante ejemplo de interacción donde diferentes estratos convivían en un mismo espacio urbano.

Pero esta situación duró sólo unas pocas décadas, a partir de 1930, la clase alta

santiaguina comenzó a emigrar hacia las comunas al oriente de Santiago, atraída por la moda norteamericana de los barrios jardín. Adoptó un estilo de vida más sobrio y sencillo. En las nuevas urbanizaciones, las casas se ubicaron al interior de los terrenos, abandonando el sistema de fachada continua y ocultando a sus ocupantes detrás de murallas y rejas.

Durante la década de los 90 se originó un nuevo proceso de reutilización de las construcciones en torno a las universidades. El llamado “Barrio Universitario” acoge actualmente centros educacionales que han reacondicionado las antiguas casonas para acoger sus dependencias, y de paso han poblado sus calles de jóvenes que dan nueva vida al sector.

La arquitectura

Las nuevas tendencias y estilos arquitectónicos que llegaron al país en este periodo, también resultaron fundamentales para la transformación de la ciudad. Y en este sentido, nuevamente el Estado fue un protagonista fundamental, al contratar a diferentes arquitectos extranjeros, en general franceses e italianos, para desarrollar proyectos de gran envergadura en la ciudad. Tal es el caso de Juan Herbage, quien llegó a Chile en 1840 y realizó, entre otros, los proyectos para la Universidad de Chile, el Instituto Nacional y la Catedral de La Serena.

En 1848 llegó Claude Francois Brunet des

Baines, quien ejerció una gran influencia en la enseñanza de la arquitectura y en la estética de moda por la cantidad de construcciones que se le encomendaron. Inició la enseñanza de esta disciplina en la Universidad de Chile y participó en el diseño del primer Teatro Municipal, en conjunto con el ingeniero Augusto Charme. Además, realizó los edificios del Congreso Nacional, el Palacio Arzobispal, los pasajes Mac Clure y Bulnes, y las residencias de Melchor Concha y del General Bulnes.

En 1857 como sucesor de Brunet des Baines, llegó el arquitecto Lucien Ambrose Hanault, quien fue profesor y trabajó para el Gobierno en proyectos de carácter público. También es autor, entre otras obras, de las residencias de Manuel Blanco Encalada, Luis Pereira, Ignacio Larraín y Javier Ovalle.

La enseñanza que lideraron estos extranjeros y que se basaba en los métodos de la Ecole des Beaux Arts, dio como resultado un cambio sin retorno en la forma de entender la arquitectura. A fines del siglo XIX las nuevas construcciones pusieron fin a la sencillez de la época colonial.

La corriente europeizante definió las nuevas viviendas, las que se construyeron en los más variados estilos. El mejor ejemplo de esto es la casa de José Santos Ossa, el acaudalado minero que mandó copiar el Palacio de la Alhambra de la ciudad española de Granada, en la calle Compañía.

Entre los discípulos que continuaron la tradición de la arquitectura francesa en

Santiago están Manuel Aldunate y Fermín Vivaceta. Las universidades formaron a los primeros arquitectos chilenos, en un estilo totalmente clásico.

Por otra parte, jóvenes chilenos estudiaron en Europa, principalmente en Francia, y trajeron consigo las fórmulas de moda. Tal es el caso de Ricardo Larraín Bravo y Alberto Cruz Montt, quienes desarrollaron un ejercicio profesional muy exitoso, que se puede constatar en un número considerable de obras que aún existen en la capital.

Los sistemas constructivos también cambiaron. En una primera etapa se adoptaron estructuras metálicas y ladrillo y luego, se utilizó cemento y acero. En 1914, un artículo de la revista Zig-Zag denominaba a Santiago como "la ciudad de hierro". Estos cambios fueron el sustento para que muchas de las obras realizadas permanezcan hasta el día de hoy, pese al paso del tiempo y de los terremotos que sacudieron a la ciudad a lo largo del siglo XX.

Francia en cada detalle

La pérdida de autoridad de España como consecuencia de la Guerra de la Independencia tuvo como efecto el incremento de la influencia inglesa, francesa y norteamericana en la sociedad chilena. La más fuerte fue, sin duda, la francesa.

En parte, por el deslumbrante desarrollo de la cultura en los reinados de Luis Felipe y Napoleón III, París, se transformó durante

el siglo XIX en un modelo no sólo para Chile, sino para buena parte del mundo. El impacto que tuvo en las artes, las letras, la vida social, las ciencias y la arquitectura, se debió a la necesidad de adoptar un nuevo modelo de estructuración como estado independiente y forjar las nuevas bases del país.

Las clases acomodadas chilenas volcaron la vista hacia Francia para definir las estructuras sociales, las formas y lugares de encuentro, el vestuario y las costumbres, la decoración y el mobiliario e incluso la educación de los hijos. Todo esto facilitado por una comunidad donde el conocimiento de la lengua francesa era un atributo básico y excluyente.

De acuerdo a Sergio Villalobos, “el contacto con Francia y Europa, en general, no sólo fue de absorción de la cultura, sino una identificación con ella, que condujo a vínculos de amistad y de familia con altos sectores del viejo mundo”.

Una gran cantidad de chilenos vivieron en París o fueron visitantes por temporadas como los Cousiño, que personalmente buscaron el alhajamiento para su residencia en las principales tiendas de la capital europea; la familia de Maximiano Errázuriz y los Edwards, entre otros.

La influencia gala estaba en cada detalle, como lo comentan diferentes memorialistas de la época. La “ciudad luz” era un referente obligado; permanecer una temporada era lo mínimo exigible, y a lo menos, un miembro de la familia debía codearse con la nobleza.

Comentarios finales

En este libro, sólo se presentan las 19 construcciones residenciales más importantes que aún subsisten en el sector sur poniente de Santiago, y que dan cuenta de su antiguo esplendor. Sin embargo, hay que dejar en evidencia que una cantidad importante de edificaciones se demolieron o se perdieron por la falta de interés en su preservación, sin que exista siquiera un registro histórico que dé cuenta en forma adecuada de sus características.

El objetivo central de esta obra, es presentar el patrimonio que ha subsistido, de manera que aquilatando su calidad y carácter irrepetible, lleven a las autoridades a crear los mecanismos para permitir y facilitar su preservación.

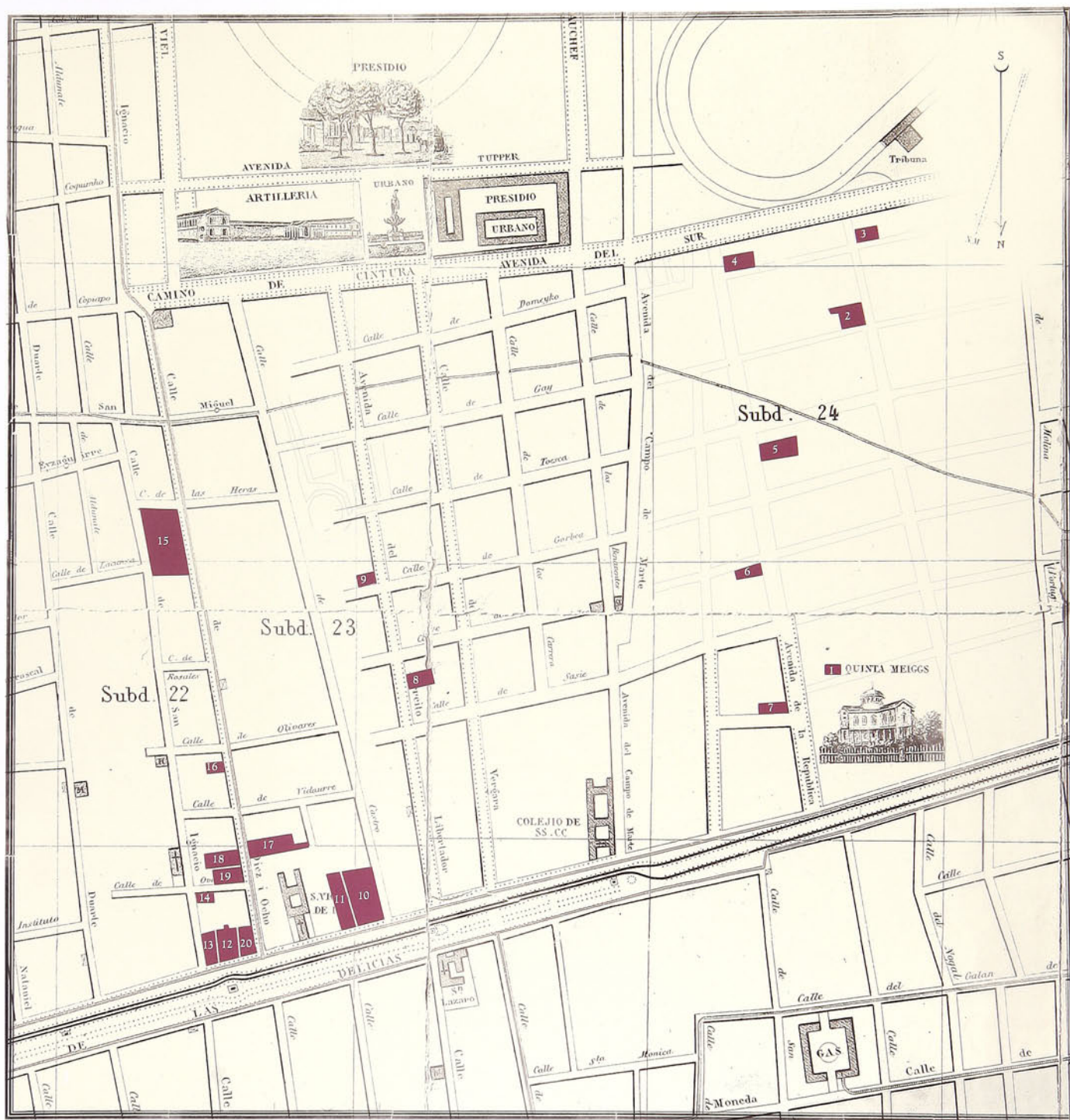
Las construcciones que aún se mantienen en pie deben en gran medida su estado actual a entidades particulares que, a través de un enorme esfuerzo han logrado restaurarlas o reacondicionarlas. De esta manera se ha mantenido viva una fracción de la memoria colectiva, pues ellas dan cuenta de un momento único en la historia de los barrios de Santiago sur poniente.

De las residencias presentes en este estudio sólo el Palacio Cousiño tiene el carácter de Monumento Nacional, los demás tienen la categoría de Inmuebles de Conservación Histórica y cuentan con la preocupación de la Municipalidad de Santiago para generar, a través de las llamadas Zonas Típicas, áreas de protección que permitan preservar su valor y reglamentar futuras intervenciones.

Plano Ubicación

- | | |
|-------------------------------------|--------------------------|
| 1. Casa Quinta Meiggs | 11. Palacio Ariztía |
| 2. Casa Anwandter | 12. Palacio Yrarrázaval |
| 3. Casa Avenida España | 13. Edificio Ochagavía |
| 4. Casa Arturo Alessandri Rodríguez | 14. Casa Valdés Vergara |
| 5. Casa Heiremans | 15. Palacio Cousiño |
| 6. Casa Herquíñigo Gómez | 16. Casa Dieciocho |
| 7. Casa de Lucía Subercaseaux | 17. Palacio Astoreca |
| 8. Casona Zenteno | 18. Casa Abdón Cifuentes |
| 9. Palacio Piwonka | 19. Palacio Eguiguren |
| 10. Palacio Errázuriz | 20. Palacio Iñiguez |

Ubicación actual de las casas, situadas sobre el plano de Santiago elaborado por Ernesto Ansart 1875.



Casa Quinta Meiggs

A mediados del siglo XIX el arquitecto norteamericano Jesse Wetmore proyectó, por encargo de Enrique Meiggs, esta casa que sorprendió a la sociedad santiaguina por su moderno diseño. En 1940 fue demolida para construir el conjunto Virginia Opazo.





Fuente: Colección Fotográfica Digital del Museo Histórico Nacional

En 1850 el costado sur de la Alameda de las Delicias quedaba segregado del casco urbano de Santiago por la presencia de la Quinta Meiggs, predio que se extendía entre la Alameda por el norte, Avenida República por el oriente, Conferencia por el poniente y la Quinta Echaurren por el sur.

En los terrenos que la conformaban, su propietario construyó una magnífica casa que rompió con todos los esquemas de la arquitectura tradicional de la época. Se emplazó aislada en medio de un parque; se apartó del estilo neoclásico francés en boga y utilizó materiales poco comunes como ladrillo y madera, a diferencia del adobe o tabiquería de adobe que se usaba habitualmente.

Aunque la propiedad fue loteada en 1873 y la casa demolida en 1940, es indispensable incluirla en este libro, por haber sido en su momento una de las más importantes construcciones de Santiago; por la interesante historia y perfil humano de su constructor y por el impacto que tuvo la posterior subdivisión de estas tierras para impulsar el desarrollo urbano del sector.

La venta y urbanización de este predio, incluyendo el curioso episodio de la “Rifa de la Quinta Meiggs”, permitió dotar al sector sur poniente de Santiago de continuidad urbana y de terrenos bien ubicados, para el desarrollo inmobiliario que demandaba la pujante sociedad de fines del siglo XIX y principios del XX.

Enrique Meiggs

Pese a sus fracasos económicos y las leyendas que rodean su nombre, Enrique Meiggs fue para la sociedad santiaguina un paradigma de la inteligencia, la generosidad, de la moda y el buen vivir, del emprendimiento y del éxito.

Nació en 1811, en la aldea neoyorkina de Castkill. Desde joven presentó una capacidad y aptitudes tales que su padre, constructor de muelles y obras marítimas, lo dejó a cargo de un astillero a la edad de 16 años. Sin embargo, pronto se trasladó a Nueva York donde se casó con Gertrude Burns en 1832, de quien enviudó en menos de dos años quedando con un hijo: William Wardwell. En 1837 contrajo nuevamente matrimonio con Caroline Doyle.

Posteriormente se dedicó al negocio de la madera, pero en 1837 cayó en bancarrota. Con gran sentido de la oportunidad y atraído por el mercado potencial que ofrecía la fiebre del oro en California,

alistó un barco, lo cargó de madera y zarpó a San Francisco, donde llegó en julio de 1849. Inmediatamente vendió la carga a un precio veinte veces mayor, obteniendo una utilidad de \$50.000 dólares de la época.

Continuó en la costa oeste y previó un acelerado crecimiento de la ciudad de San Francisco con la consiguiente demanda de madera. Organizó entonces, la California Lumber Company que tuvo el más grande y mejor aserradero de la época. Con este éxito y convertido en uno de los hombres más ricos de la ciudad, participó activamente en la vida cívica siendo elegido más de una vez miembro del Concejo Municipal.

No conforme con estos logros, decidió emprender un audaz negocio inmobiliario: la urbanización del sector de North Beach en San Francisco. Para esto compró una cantidad considerable de tierra, construyó un muelle y contrajo importantes deudas que esperó pagar con la venta de los terrenos urbanizados. Sin embargo, el desarrollo urbano no se produjo y en 1854 cayeron los precios de los inmuebles, con lo cual, pese a sus esfuerzos, Meiggs nuevamente quedó en bancarrota. Como por el momento sólo él lo sabía, lo ocultó por un tiempo pagando oportunamente los intereses de los préstamos que había contraído. Al no poder sostener esta situación y presionado por sus deudas, sustrajo los pagarés a la Municipalidad, aprovechando la falta de control que existía sobre los mismos.

Este desfalco fue descubierto y la consiguiente quiebra –de casi un millón de dólares de la época– causó una gran conmoción pública. Para no terminar en la cárcel, Meiggs huyó en medio de la noche, en una fuga con ribetes novelescos. Embarcado en la bahía de San Francisco, no había viento y la densa niebla le impedía maniobrar. Sus acreedores, armados de rifles y pistolas y dispuestos a lincharlo, intentaron alcanzarlo con un vaporcito, mientras Meiggs observaba desde cubierta cómo se acercaban. Pero a último momento comenzó a soplar viento y logró salvar su vida, la de su familia y una cantidad de oro suficiente que le permitiría comenzar en otro país.

En 1854, después de un largo viaje por el Pacífico, Meiggs llegó a Talcahuano junto a su esposa, tres hijos y su hermano John. Al saber su paradero, las autoridades californianas pidieron su extradición al Gobierno chileno. Era el primer caso de este tipo que se presentaba en el país y fue asumido por el entonces Ministro de Relaciones Exteriores Antonio Varas, durante el gobierno de Manuel Montt. La Corte Suprema acogió la solicitud de extradición y ordenó la detención de Meiggs. Sin embargo, no pudo ser habido. Extrañamente, en mayo de 1856, la persecución en su contra se suspendió por instrucción del Gobierno norteamericano, y don Enrique pudo continuar tranquilo en Chile.

En poco tiempo ya estaba trabajando y obtuvo contratos menores en la construcción del Ferrocarril del Sur, que ejecutó con eficiencia y seriedad. En 1858 se le encomendó tender el puente sobre el Río Maipo y ejecutar el tramo Maipo-San Fernando, con lo que alcanzó gran prestigio como contratista.

Convertido en el principal constructor de líneas férreas del país, estuvo en posición de negociar con el Gobierno el contrato para terminar la línea entre Valparaíso y Santiago, que por diversas razones no había logrado concluirse. Cumplió con tal eficiencia este encargo, que en un tiempo menor al estipulado, logró que una locomotora recorriera por primera vez el trayecto completo, en septiembre de 1863. Un aspecto destacable de este éxito, fue el buen trato que dio a sus obreros y el público reconocimiento que hizo de sus cualidades.

Una vez consolidados sus negocios, Enrique Meiggs se trasladó desde Chillán a Santiago. Habitó una gran residencia en la Alameda de las Delicias, esquina calle Ugarte (actual Lord Cochrane) y compró los terrenos que conformaron la Quinta Meiggs donde construyó esta magnífica casa.

Dado su prestigio, comenzó a recibir ofertas de los países vecinos para crear redes ferroviarias. En 1864, por ejemplo, negoció con el Presidente de Argentina Bartolomé Mitre, la creación de una línea entre Santiago y Buenos Aires. Esta gestión no fructificó, pero le dejó a su contraparte una clara opinión sobre su persona: "Un Yanqui típico, capaz de cualquier riesgo, cualquier generosidad en busca de trabajo y fortuna".

En 1866, Enrique Meiggs, ya era un ícono para la sociedad santiaguina. Su estilo de vida, su forma de disfrutar del lujo y la manera de conquistar amistades con una intensa vida social, le dieron un prestigio más allá de sus éxitos empresariales.

Ese año, por razones poco claras y que más abajo se analizan, obtuvo del Gobierno la autorización para realizar una rifa de la casa y los terrenos que conformaban la Quinta. Este evento muy publicitado, fue tema obligado para los santiaguinos, pero –como se verá– finalmente no se llevó a cabo, ya que no se vendió la cantidad necesaria de boletos para su realización.

En 1868, fue invitado por el Gobierno peruano para hacerse cargo, entre otras cosas, de la construcción del ferrocarril de Arequipa a la costa. Durante este tiempo, había procurado rebajar las deudas dejadas en San Francisco, sin embargo, éstas fueron la espada de Damocles que afectó permanentemente sus actividades.



H. Meiggs ante
 for El Oro
del Ecuador
San Francisco
April 6, 1854.

 Rec'd June 10th 1854 - Three
 Thousand, Seven Hundred and
 Fifty of the within -
 Rec'd Aug 29th 1854 - 700
 within - Five thousand
 dollars. (\$4000)
 Pay to Dana Ross order
 without receipt -
 Cash. Howard

San Francisco May 1, 1854. Received of
 H. Meiggs Five hundred and Sixty five
 Dollars being one month's interest on within
 note.
 \$565.00. H. F. Buchanan
 Attorney for C. H. Howard

 San Francisco May 31, 1854. Received of
 H. Meiggs Five hundred and Sixty five
 Dollars being one month's interest on within
 note.
 \$565.00. H. F. Buchanan
 Attorney for C. H. Howard

 San Francisco June 30, 1854. Received of
 H. Meiggs Five hundred and Sixty five
 Dollars being one month's interest on within
 note.
 \$565.00. H. F. Buchanan
 Attorney for C. H. Howard

 San Francisco July 31, 1854. Received of
 H. Meiggs Five hundred and Sixty five
 Dollars being one month's interest on within
 note.
 \$565.00. H. F. Buchanan
 Attorney for C. H. Howard

 San Francisco Aug 31, 1854. Received of
 H. Meiggs Five hundred and Sixty five
 Dollars being one month's interest on within
 note.
 \$565.00. H. F. Buchanan
 Attorney for C. H. Howard

 Pay to Dana Ross order without
 receipt. Cash. Howard

Izquierda: Fotografía de Enrique Meiggs, autografiada para Antonio Varas, Ministro del Gobierno de Manuel Montt, quien lo contrató para terminar el ferrocarril entre Valparaíso y Santiago.

Fuente: Archivo Fotográfico Biblioteca Nacional.

Derecha: Enrique Meiggs participó entre otras cosas en la conformación del primer Cuerpo de Bomberos de Santiago, tras el incendio de la Iglesia de la Compañía, en 1863.

Fuente: Archivo Fotográfico Biblioteca Nacional.

Abajo: Pagarés originales aceptados por Enrique Meiggs correspondientes a deudas adquiridas en Estados Unidos.

Fuente: Colección particular.

A mediados de la década de 1870, comenzaron también los problemas en Perú. Pagos no realizados, bonos depreciados y obras objetadas por su costo y poca utilidad, transformaron los últimos años de Meiggs en una extenuante lucha para impedir nuevamente la ruina.

El 30 de septiembre de 1877 falleció en Lima, tras setenta intensos años, en los que conoció el éxito y el fracaso; el prestigio y la persecución. Pese a todo, sus restos fueron despedidos con una gran ceremonia.

La casa de la Quinta Meiggs

La casa de la Quinta Meiggs, próxima a la Alameda, entre las actuales avenidas República y España, fue descrita por quienes la conocieron como un palacio y dio pie a múltiples leyendas. Una de ellas aseguraba que la base de la casa tenía rieles y un mecanismo que le permitía seguir el movimiento del sol.

Se estructuraba en torno a un recinto circular cerrado, coronado por un torreón vidriado a modo de mirador, que iluminaba toda la casa. A partir del vestíbulo central, la planta se distribuía en cuatro alas en forma de cruz. Todas las vistas se dirigían hacia el parque.

Para acceder era necesario pasar por dos puertas de caoba labrada, de 4 metros y medio de alto y 15 centímetros de espesor y luego, al final de un pasadizo muy corto, un segundo par de puertas, tras lo cual se llegaba al vestíbulo circular.

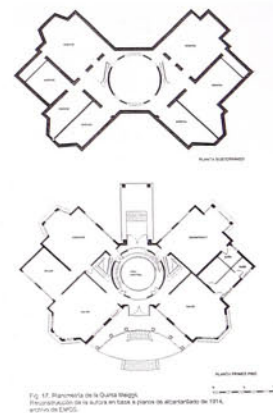
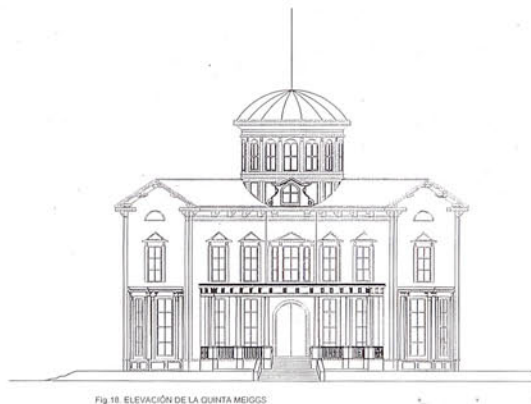
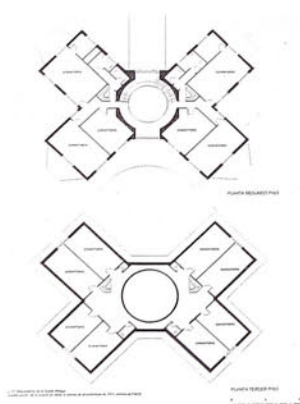
Esta habitación estaba decorada con mármoles de colores dispuestos en forma estrellada. Inmediatamente, la vista era atraída por la suntuosa escalera de caoba, rica y graciosamente tallada, que ascendía en forma de espiral, daba vuelta hacia la derecha y formaba arriba una media galería que permitía la comunicación entre las salas del segundo piso.

En el primer nivel estaban los salones y áreas de recepción. En el segundo, se encontraban las habitaciones, de unos 30 metros cuadrados cada una. En el tercer piso estaban las piezas de servicio y en el subterráneo, las cocinas y sus dependencias.

Una de las más notables características de la casa era que disponía de una planta de calefacción central de aire caliente, elemento tan innovador que incluso muy pocas casas en Estados Unidos contaban con semejante equipo en dicha época. Además, había una instalación de tubos para hablar y timbres de llamado, los que todavía funcionaban en 1937.



Casa y jardines de la Quinta Meiggs en 1926, vista desde la Alameda de las Delicias.
Fuente: Colección Fotográfica Digital Museo Histórico Nacional.



Plano y elevaciones de la Casa de la Quinta Meiggs
Fuente: Colección particular.

Los materiales empleados en la casa de Meiggs fueron casi todos importados de Estados Unidos y trasladados desde Valparaíso a Santiago para su ensamble, por antiguos empleados de Meiggs que trabajaron sin aceptar paga.

Este asombroso edificio puso de manifiesto, sin duda, una de las facetas del carácter de Meiggs. Rara vez acometió empresas en pequeña escala. Le gustaba despertar atención y admiración, y así lo consiguió entre los santiaguinos, que le otorgaron un puesto destacado por su éxito económico, su carácter amistoso y por las comidas y recepciones que ofrecía.

En 1940, luego de la demolición de la casa, el arquitecto Luciano Kulczewski proyectó en el sitio el conjunto de viviendas Virginia Opazo para oficiales de la Caja de las Fuerzas Armadas.

La rifa de la Quinta Meiggs

El sorteo que el señor Meiggs trató de realizar muy publicitadamente en 1866 fue autorizado por la Intendencia. Los bienes estaban tasados por el perito Agrimensor General Fernando Márquez de la Plata en \$700.000 e incluían los terrenos y la casa de la Quinta. La idea era vender 700.000 billetes de un peso cada uno y un porcentaje de lo obtenido sería entregado a instituciones de beneficencia.

Pero toda esta operación, deja abierta una serie de interrogantes. ¿Por qué Enrique Meiggs quiso liquidar de esta manera sus activos en Chile? ¿Por qué la Intendencia otorgó la autorización de realizar esta rifa?

Respecto de la primera pregunta, es probable que se viera presionado por algunos acreedores desde San Francisco o, que informado de las oportunidades que presentaba Perú, hubiera decidido hacer caja para trasladarse a ese país.

Respecto de por qué se concedió la autorización, hay que tener presente que Meiggs tenía un gran prestigio y era mirado con simpatía por altos personeros del Gobierno. Por otra parte, el carácter filantrópico que le dio al evento y la cesión de sus terrenos para dotar al sector de una adecuada vialidad, facilitaron su aprobación.

El decreto de la Intendencia del 14 de marzo de 1866 detalla las formalidades de la rifa y la lista de los 400 lotes, con la siguiente descripción del lote N° 400 que corresponde a la Casa Quinta:

“Una casa quinta, ubicada en calle de las Delicias, cuyos límites son: al norte dicha calle de las Delicias, al sur la nueva calle del Uno, al este la Avenida de la República i al Oeste la Avenida de la

Capital marcado en el plano con el N° 65. Comprende este lote una casa habitación, la primera de Sud-américa en lujo i construcción; con cañerías para agua i gas en servicio, magníficas lámparas en todos los departamentos, alfombras de una pieza para los cuatro salones principales i las cortinas correspondientes a piso principal; una casa para caballeriza i cochera, que por su lujo i bella ornamentación compite con las más espléndidas casas de la capital; un conservatorio para flores i aprovisionado de ellas; magníficos jardines, árboles frutales y plantas exóticas etc”.

El Decreto citado establece que el resultante de la rifa será convertido en bonos municipales con los cuales se le cancelará a Meiggs la suma que le corresponda.

La Gran Rifa de la Quinta Meiggs fue publicitada a través de los diarios de la época, provocando diferentes reacciones a favor o en contra.

El 17 de marzo de 1866 en El Ferrocarril se presentó el “plano de los terrenos de la Quinta y los sitios que forman parte de la Gran Rifa Popular de la Propiedades de Don Enrique Meiggs” y el texto completo del Decreto de la Intendencia de Santiago del 14 de marzo de 1866 que la autorizó. El 20 del mismo mes apareció la nómina de los agentes facultados para la venta de los billetes.

Tras un lento y poco exitoso proceso de más de cuatro meses, en septiembre de 1866 apareció en el mismo periódico una carta del propio Meiggs, en la que indicaba “que si bien no puede asegurar exactamente el número de billetes de la rifa que se han vendido, por los datos que se tienen, puede creerse que no exceden de doscientos setenta mil”. Por ello, decidía aumentar la cantidad de billetes de la rifa que se destinarían a obras de beneficencia.

Un mes más tarde, un lector se quejaba de la indiferencia, “que raya en idiotismo”, con que las clases de la sociedad habían acogido la oferta de Meiggs de participar en la rifa y de paso, favorecer a diversas instituciones de beneficencia, ayudando así a los desvalidos.

Benjamín Vicuña Mackenna se hace eco de esta situación en un artículo llamado “El Baile Improvisado en la Quinta Meiggs”, escrito luego de una gran fiesta ofrecida el 7 de diciembre de 1866. “...el baile de Mr. Meiggs era la fiesta más bella de vuestra vida, y ese hombre tan modesto, tan popular, tan digno de ser amado, era acreedor a una corona en la que cada uno de sus integrantes debía contribuir con una guirnalda a la corona de la gratitud social”.

Pese a lo anterior, los billetes de la rifa seguían sin venderse y apareció un nuevo actor que cambió el escenario. Ya en 1865 George H. Howard de San Francisco, había conferido poder a David Ross para que iniciara la cobranza de pagarés firmados por Henry Meiggs en 1854, a los cuales sólo le había abonado el pago de los intereses iniciales.

Con los poderes en la mano, se notificó la cobranza y se solicitaron medidas precautorias sobre los siguientes bienes de Meiggs: “casa ubicada en calle Ugarte y sobre una Quinta y terrenos ubicados en la Alameda abajo”. La solicitud se acogió en forma parcial, por lo que sólo la Casa Quinta quedó sujeta a la prohibición de enajenar por la deuda al señor Howard.

El 21 de marzo de 1867, G.H. Howard pidió la retención de los bonos que la Municipalidad debía entregar a Meiggs por la rifa de sus propiedades, petición que fue concedida y notificada. Pero dos días después, el Intendente de Santiago Vicente Izquierdo, informó al juez letrado, Gregorio Víctor Amunátegui, lo siguiente:

“Esta Intendencia ha recaudado sólo hasta la fecha cuarenta y ocho mil setecientos pesos por valor de la venta de boletos de la rifa Meiggs. Con estos fondos hai que atender el pago de dos libranzas jiradas por Meiggs ... a favor del Señor Domingo Matte por veinticinco mil pesos y de José Rafael Echeverría la otra, por igual cantidad.

Prevengo a usted que estas cantidades grababan antes con hipotecas las propiedades de Meiggs i que para efectuar la rifa hubo necesidad de cancelar esas deudas hipotecarias, conformándose los acreedores con los jiros que Meiggs hizo contra esta Intendencia y que fueron aceptados.

Estas explicaciones bastarán a US. para comprender que no es posible hacer efectiva la retención que US. solicitó por su nota fecha de ayer. Sin embargo, se dará cumplimiento al decreto de ese Juzgado si es que ingresan algunos fondos provenientes de aquella rifa, después de haber llenado los compromisos a que he aludido”.

El 23 de abril de 1867, el notario público certificó que: “Registrados los libros de toma de razón de créditos hipotecarios desde el año 1862 hasta la fecha por el nombre y apellido de Enrique Meiggs resulta que en la casa quinta que posee en la Alameda debajo de esta ciudad no he encontrado que tenga más gravámenes que una prohibición impuesta por G. H. Howard”.

La rifa nunca se realizó. Se desconoce cómo se devolvió el valor de los billetes vendidos y se puede suponer que la deuda del señor Howard fue cancelada, ya que los pagarés correspondientes obran en poder de los autores. Finalmente, en 1873 las propiedades del señor Meiggs fueron loteadas y enajenadas con lo cual se inició el desarrollo de los barrios de Avenida República y Avenida España.



Afiche promocional de la Gran Rifa de la Quinta Meiggs. Fuente: Colección particular.





Palacio Errázuriz

El arquitecto italiano Eusebio Chelli proyectó esta casa por encargo de Matías Errázuriz Valdivieso en 1872. Es la más antigua de las grandes casonas que aún se conserva en buen estado en este sector.

Juventud, amor, riqueza, tragedia, dolor y fe, son los ingredientes que se combinaron para dar vida a la historia de uno de los grandes empresarios de la segunda mitad del siglo XIX, Maximiano Errázuriz Valdivieso. Un hombre que, luego de atesorar una enorme fortuna, formar una familia y alcanzar importantes logros, a los 48 años decidió alejarse de todo para dedicarse a la oración y a ayudar a los más pobres.

Con una personalidad fuerte, supo armonizar su origen aristocrático y conservador con el espíritu emprendedor de la nueva burguesía emergente. Junto a otros destacados personajes de la época, modificó el escenario económico del país de mediados del siglo XIX.

Nacido en 1832 del matrimonio de Francisco Javier Errázuriz y Aldunate y Rosario Valdivieso y Zañartu, se formó en el seno de una de las familias más tradicionales de la sociedad chilena. Se cuentan entre sus parientes cuatro Presidentes de la República, dos Arzobispos de Santiago, además de diplomáticos, empresarios y escritores.

Terminados sus estudios en Santiago, se radicó en Valparaíso, donde conoció a quien sería su mujer, Amalia Urmeneta. Ella era hija de otro gran personaje de la época, José Tomás Urmeneta, conocido en un principio como el "loco del burro", ya que en su obsesión por encontrar una rica veta de mineral recorrió durante dieciocho años el desierto nortino en las más precarias condiciones, llevando con él a su señora e hijas. Su esfuerzo y tenacidad, que para todos rayaba en la locura, se vieron recompensados al encontrar el mineral de cobre de Tamaya que lo convirtió en uno de los hombres más ricos de Chile.

A don Maximiano no le fue fácil acercarse a Amalia, por temor a ser tildado de oportunista. Finalmente, en 1855 se casaron, ella con 18 años y él con 22. En forma muy inusual, la iniciativa la tomó doña Amalia, quien brindó públicamente por su futuro novio antes que éste pudiera pronunciarse.

Al poco tiempo, negocio y familia prosperaron. Don Maximiano se asoció con su suegro y formaron la sociedad Urmeneta y Errázuriz, dedicada a la minería y fundición de cobre, la cual llegó a representar un tercio de la producción de este mineral en el mundo.

El hall central de doble altura representó una suerte de modelo para las futuras casas que se construyeron en Santiago a fines del siglo XIX.





Amalia Urmeneta, primera mujer de Maximiano Errázuriz. Oleo sobre tela de Abdulio Miralles 1848-1901.

Fuente: Imagen Femenina en las Artes Visuales en Chile.



Maximiano Errázuriz Valdivieso.

Fuente: Departamento de Historia, Facultad de Arquitectura y Urbanismo, Universidad de Chile.



Hall Central Palacio Errázuriz con su antigua decoración y detalles ornamentales.

Fuente: Departamento de Historia, Facultad de Arquitectura y Urbanismo, Universidad de Chile.



El piso aún conserva la policromía de diseño italiano de mosaicos de mármol.

Juntos crearon en 1856 la Compañía de Gas de Santiago y se convirtieron así en impulsores de uno de los mayores adelantos para el Santiago de la época: el alumbrado público. El 17 de septiembre de 1857, debutaron con la iluminación interior y exterior del Teatro Municipal y de la calle San Antonio, poniendo a la ciudad a la altura de las grandes capitales europeas. Ese día, los conspicuos asistentes a la ópera Ernani pudieron caminar por primera vez por las calles iluminadas hasta la Plaza de Armas.

Don Maximiano participó también activamente de la vida política. Fue diputado por primera vez a los 25 años, cargo que ejerció por tres periodos antes de ser elegido senador por 9 años más.

A pesar de su prosperidad económica, a inicios de la década de 1860, Errázuriz debió sobrellevar el primer gran dolor de su vida, la muerte de su mujer Amalia, a los 24 años, tras el nacimiento de su hijo Rafael.

En 1870, siguiendo su olfato emprendedor inició la plantación de 300 hectáreas de viñas en Panquehue, en el valle del Aconcagua, dando origen a la reconocida Viña Errázuriz. Construyó ahí una gran casa patronal que finalmente nunca llegó a habitar.

Un año más tarde contrajo nuevamente matrimonio, esta vez con Carmen Valdés, hija del Intendente de Valparaíso. En 1871 las elecciones presidenciales enfrentaron a su hermanastro Federico Errázuriz Zañartu con su ex suegro José Tomás Urmeneta, por lo que don Maximiano decidió alejarse del conflicto e inició junto a su familia un largo viaje a París.

Pero la tragedia golpearía nuevamente su vida, cuando en el viaje de regreso doña Carmen contrajo fiebre amarilla y murió al llegar a Chile. Don Maximiano, como una excusa para alejarse de sus dolorosos recuerdos, decidió construir entonces una nueva casa y en 1872 inició las obras del Palacio Errázuriz.

En 1883, con sus hijos ya casados, dejó Santiago y se trasladó a su viña. Allí habilitó la casa de la administración y dio un vuelco a su estilo de vida. A los 48 años abandonó los negocios, los viajes y las comodidades para vivir austeramente, dedicado a la oración y a ayudar a los más pobres. Se cuenta que salía por las noches con farol y botiquín a cuidar a los enfermos. Construyó casas para los trabajadores, una escuela y una Iglesia. Siete años más tarde, alejado de todo, murió en su viña en 1890.

Las molduras de las paredes, el parquet y la pintura del cielo, son los únicos elementos originales que se conservan en este salón.





La galería, que da a la terraza de la Alameda de las Delicias, posee reminiscencias de los corredores coloniales.



Todavía se conserva el jardín original hacia el sur, que imprime un sello único a esta casa.



El Palacio Errázuriz es la única residencia particular proyectada por el arquitecto italiano Eusebio Chelli, autor de destacadas Iglesias y edificios públicos, quien había llegado a Santiago a mediados de la década de 1850.

Esta mansión, considerada como una obra distintiva del periodo neoclásico, está ornamentada con columnas, cornisas y balaustradas, en un orden jónico y corintio, con lo que se obtiene un resultado sobrio, sereno y elegante.

Levantada sobre un importante zócalo, la casa está conformada por un volumen central de dos plantas, resguardado en ambos extremos por cuerpos laterales de menor altura que se adelantan formando una extensa terraza que enfrenta a la Alameda de las Delicias.

Se accede por el costado oriente, por un patio empedrado de forma circular y una breve escalinata conduce al interior, a través de una loggia abalaustrada.

El hall central es un gran espacio cuadrado de dos niveles, con accesos en el cruce de sus ejes ortogonales, que se manifiestan en sus dos pisos. Las salas se ordenan en torno a este espacio cubierto e iluminado por un gran lucernario, cuyos vitraux se destruyeron en el terremoto de 1985. El suelo conserva la policromía de mosaicos italianos de mármol.

En el primer piso se encuentran los salones, el escritorio, el comedor, la antigua sala de música, hoy convertida en salón, y las cocinas. La galería que comunica estos espacios con la terraza que da a la Alameda, a través de una sucesión de puertas-ventanas con arco de medio punto, produce una atractiva integración interior-exterior. Una elegante escalera, separada del hall central, conduce a los dormitorios del segundo nivel.

Luego de Maximiano Errázuriz, este palacio tuvo tres propietarios: en 1883 la habitó Ramón Cruz Moreno, comerciante en arte y padre del arquitecto Alberto Cruz Montt; en 1907 la adquirió Aurelio Valdés Morel y en 1925, Agustín Edwards Mc Clure. Actualmente pertenece a la Embajada de Brasil, como residencia de su embajador.

Con el trazado de la carretera Norte-Sur, se perdió gran parte del jardín que daba a la fachada poniente. Sólo sobrevivió el sector sur, en cuyo lugar se construyó, conservando el estilo, un edificio para la Cancillería. La utilización por parte de la Embajada, es ejemplo de un adecuado esfuerzo de conservación de nuestro patrimonio arquitectónico.



Este espacio, que originalmente era el salón de música, estaba profusamente decorado y rodeado de grandes espejos que magnificaban sus dimensiones.





Un patio en semi círculo conduce por el costado oriente al acceso principal de la casa.

La rigurosidad del neoclasicismo del siglo XIX se muestra en el juego de planos y detalles.

Palacio Cousiño

Por encargo de Luis Cousiño Squella y su mujer Isidora Goyenechea Gallo,
el arquitecto francés Paul Lathoud proyectó este palacio en 1871.
La construcción demoró ocho años y don Luis no alcanzó a habitarlo.





Este señorial palacio, construido por Luis Cousiño Squella y su mujer Isidora Goyenechea Gallo, en 1871, llega hasta nuestros días convertido en un manifiesto de su época, que da cuenta de la fortuna, buen gusto y elegancia de sus dueños.

La riqueza de la familia Cousiño proviene del esfuerzo y del emprendimiento de Matías Cousiño Jorquera, quien se inició en los negocios sin recursos propios, viudo y a cargo de un hijo recién nacido y que terminó convertido en uno de los pioneros e impulsores del progreso económico del país en el siglo XIX.

Luego que su familia perdiera la fortuna en la Guerra de la Independencia, Matías Cousiño, de espíritu inquieto y emprendedor, tras un corto tiempo trabajando en la Oficina de Correos de Valparaíso, decidió probar suerte en otras actividades. En 1828 se casó con Loreto Squella y Lopetegui, quien falleció al nacer su primer hijo, Luis, en 1835.

Primero se aventuró en el corretaje de animales, negocio que no prosperó. Tal como rememora Vicente Pérez Rosales en "Recuerdos del Pasado", en esa época recibió a un pobre "huaso", acompañado de un niño, que llegó a ofrecerle animales. Compadecido, don Vicente no sólo le compró los animales, sino que le dio almuerzo y le regaló un par de pantalones usados. Matías Cousiño nunca olvidó ese generoso gesto y, cuando ya se había convertido en uno de los hombres más poderosos del país, visitó a su antiguo benefactor. Pérez Rosales se sorprendió, pues no sospechaba que el connotado magnate era el mismo "huaso" a quien había asistido treinta años atrás, junto a su hijo Luis.

En busca de nuevos horizontes, Cousiño llegó a Copiapó y comenzó a trabajar como mayordomo en la mina de plata Chañarcillo, descubierta en 1832. Esta pertenecía en ese momento a una sociedad formada por Ramón Ignacio Goyenechea y Miguel Gallo, quienes en conjunto controlaban gran parte de la actividad minera de la zona.

En este medio, Matías Cousiño destacó rápidamente por su dedicación, constancia y dotes empresariales, tanto que al morir Ramón Goyenechea asumió la dirección de la empresa. Al poco tiempo se casó con su viuda, Luz Gallo Zabala –una de las mujeres más ricas de Chile–, madre de Emeterio e Isidora Goyenechea Gallo, con quienes se crió y educó su único hijo, Luis.

La escalera imperial que nace en el hall central combina gradas con mármoles de diferentes tonalidades y murales de gran colorido.





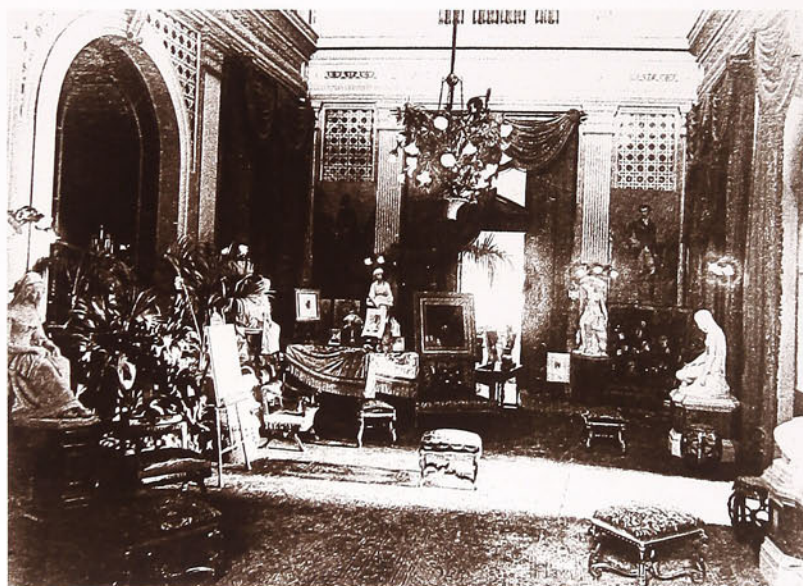
Isidora Goyenechea Gallo con dos de sus hijas.

Fuente: Colección particular.



Retrato de Luis Cousiño Squella.

Fuente: Colección particular.



Hall central del Palacio Cousiño. Al centro se aprecia la lámpara que actualmente se ubica en el jardín de invierno. Fuente: Colección particular.

Fotografía desde la escalera hacia el hall central. Al fondo se ven las réplicas de los retratos de Luis Cousiño e Isidora Goyenechea; los originales están en poder de la familia.



En pocos años, Matías Cousiño logró formar un verdadero imperio económico. A las actividades en la minería de la plata, sumó la formación de la industria chilena del carbón, la creación de una flota naviera y realizó cuantiosas inversiones en ferrocarriles, molinos y la explotación de campos agrícolas y forestales. Como era habitual en la época, incursionó en política como diputado y senador. Murió en Santiago en 1865.

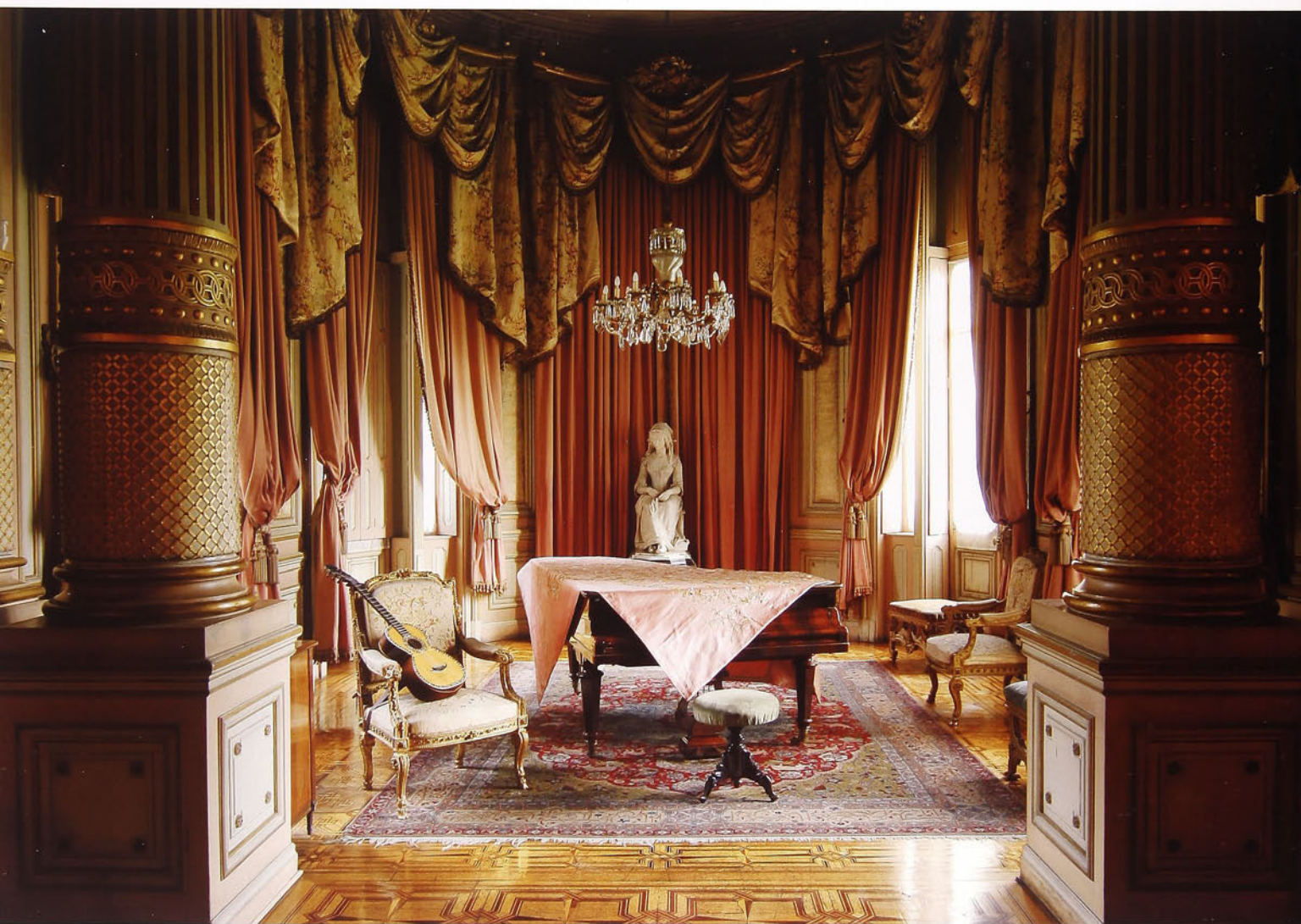
Tras la muerte de su padre, Luis Cousiño Squella –quien en 1855 se había casado con su hermanastra Isidora Goyenechea– tomó el control de los negocios. Inquieto y emprendedor como su padre, logró aumentar y diversificar sus empresas. Incursionó con éxito en vitivinicultura y fue uno de los primeros visionarios que acometieron la reforestación en el país. En 1871 comenzó la construcción del Palacio Cousiño.

De gran cultura y vocación cívica aceptó, además, el encargo de su amigo e Intendente de Santiago, Benjamín Vicuña Mackenna, para transformar el Campo de Marte en un gran parque urbano al estilo del Bois de Boulogne de París. Su única condición fue no recibir honorario alguno por esta gestión. Sin embargo, Luis Cousiño no alcanzó a ver sus obras terminadas, pues falleció a los 38 años en 1873 en Perú, sólo seis días después de que en sesión municipal se bautizara el Parque Cousiño en su honor, –nombre que conservó hasta 1972, cuando pasó a llamarse Parque O'Higgins–.

Tampoco llegó a conocer el palacio terminado, y a partir de su muerte, su viuda Isidora Goyenechea Gallo, quedó a cargo de sus siete hijos y de los negocios de la familia. Con fuerza e inteligencia logró no sólo mantener, sino incrementar aún más su fortuna y hacer importantes aportes al país. Encabezó el desarrollo de la minería del carbón en Lota con mejoras tales como la instalación de la primera central hidroeléctrica de Sudamérica.

Durante la Guerra del Pacífico apoyó el esfuerzo bélico chileno asegurando el abastecimiento de carbón de la flota y facilitando a las fuerzas navales de Gobierno su más importante buque, el vapor “Matías Cousiño”.

Doña Isidora murió en París en 1897 y sus restos fueron trasladados a Chile. Correspondió a su hijo Carlos Cousiño continuar a cargo de las empresas familiares.



El salón de música, con capacidad para doce intérpretes, fue diseñado con forma semi curva para privilegiar la acústica.





El monograma de la familia es utilizado en diferentes ámbitos de la decoración.

El Salón Dorado recibe su nombre porque los marcos de los espejos, el artesanado de los muros y el cielo están revestidos con láminas de oro.

Como las principales obras arquitectónicas de esa época, la construcción de este palacio fue encargada al renombrado arquitecto francés Paul Lathoud. La calle Dieciocho fue el lugar elegido, alejada del centro, pero en un barrio emergente que llegaría con el tiempo a ser uno de los sectores más elegantes de la ciudad. En 1871 comenzó su construcción que tardaría ocho años.

Es una edificación aislada, rodeada de jardines diseñados por el paisajista español Manuel Arana Bórica, con cuatro fachadas muy simétricas al estilo del Segundo Imperio. Construida en torno a un enorme hall central de magnífica doble altura, sus dos pisos tienen expresiones propias hacia cada lado por el exterior. Por el poniente está el acceso principal, por el oriente se encuentra el jardín de invierno; hacia el sur se abre el salón semicircular de la música, y por el norte, un cuerpo de un nivel ordena la fachada de la gran escalera de mármol.

Sus grandes salas y salones están alhajados con refinado gusto y calidad y se caracterizan por un juego de visuales producidas con espejos y ventanales de gran tamaño. En el primer piso están los salones, comedor, sala de música, biblioteca-pinacoteca y las dependencias. En el segundo, los dormitorios y sus servicios en torno al gran hall central.

Esta casa deslumbró a los santiaguinos con adelantos únicos para su época, como el primer ascensor, que era unipersonal con un cómodo asiento; un sistema de calefacción central e iluminación a gas. Los muebles, las felpas de seda de las paredes, los azulejos italianos pintados a mano y el parquet, conformado a base de ébano, roble, haya alemana, caoba y nogal nicaragüense, fueron elegidos y traídos de Europa. Incluso los cuadros que adornan las paredes fueron confiados a pintores europeos.

En 1941 el palacio fue traspasado a la Municipalidad de Santiago, para servir de residencia a los huéspedes ilustres de la ciudad. Un incendio en 1968 destruyó totalmente el segundo piso, el que más tarde fue restaurado por el arquitecto Rodrigo Márquez de la Plata. En 1981 fue declarado Monumento Nacional y actualmente está habilitado como museo, además de mantener el título de residencia oficial del Alcalde de Santiago.

La transparencia entre el hall central y el comedor sirve para iluminar ambos espacios y para dar sensación de amplitud.







Jardín de invierno de estructura metálica con calefacción, precursor de este tipo de espacios en la arquitectura chilena.

Detalle de las tulipas de la lámpara estilo Art Nouveau, que hoy decora el jardín de invierno.





*La profusa decoración exterior da cuenta de la calidad de esta obra,
única por la riqueza de sus detalles.*

Elaborado trabajo de fierro forjado con vidrios azul cobalto.

Casona Zenteno

Desde de su apertura en 1872, la Avenida Ejército Libertador fue diseñada como un elegante boulevard y en poco tiempo sus veredas se engalanaron con refinadas residencias. Esta casa muestra un estilo definido por la influencia francesa.





En 1872 se abrió desde la Alameda hacia el sur un callejón angosto con el nombre de "Freire". El Intendente de Santiago, Benjamín Vicuña Mackenna, preocupado de llevar adelante su "Plan de Transformación de Santiago", logró que los vecinos de ese lugar cedieran una faja del terreno al poniente para su ensanche, dando origen a la Avenida del Ejército Libertador. En pocos meses, las dos primeras cuadras inmediatas a la Alameda se poblaron con hermosas casas y más tarde, se consiguió conectarla con el Parque Cousiño.

El primer registro que existe sobre esta propiedad data de 1864, cuando Rosario Rencoret vendió a su hijo Ruperto Vergara este terreno eriazos que daba a la calle Nueva de Vergara. "El sitio distante tres cuadras más o menos de la Alameda, tenía treinta varas de norte a sur y 105 varas de oriente a poniente" y, como aparece en las escrituras, contaba con una acequia de agua corriente.

Ocho años más tarde, por primera vez aparece una casa en los títulos de propiedad. Su acceso era por calle Vergara, fecha que coincide con el ensanche realizado por Vicuña Mackenna a esa vía.

Posteriormente y acorde al desarrollo urbano del sector, dicha casa fue reemplazada y se le dio acceso por la nueva y elegante Avenida Ejército. La propiedad fue adquirida por Manuel Portales Palazuelo, hermano del Ministro Diego Portales, y luego de su muerte, la sucesión decidió rematarla. La nueva propietaria fue Mercedes Herreros de Herquínigo, quien más tarde la heredaría a su nieto, Alejandro Herquínigo Gómez.

En su larga historia, este inmueble no sólo tuvo diferentes dueños, sino que sufrió una serie de modificaciones que hacen difícil imaginar cómo era en sus orígenes. En 1968, finalmente la casa fue adquirida por el Fisco y actualmente es utilizada como Centro de Eventos de la Dirección General de Movilización Nacional.

En 1984 y gracias a la gestión personal del General de Ejército Claudio López Silva, por esos años a cargo de la Institución, se asignaron los fondos y se concedieron los permisos para devolver esta vivienda a su estado de finales del siglo XIX.

A través de remates y una extensa búsqueda, sus actuales dueños lograron dar con el mobiliario para devolver a esta casa su carácter original.







El salón principal, que enfrenta a la Avenida Ejército, sorprende por su decoración de época y los elaborados detalles de muros, cornisas y cielos.

Fue restaurada y alhajada con muebles de época adquiridos en remates y en compra directa en las casas del sector, las que paulatinamente se fueron vendiendo o demoliendo. La dedicada labor del General de Ejército López permitió dar con el mobiliario adecuado y redecorar al menos el primer piso, salvando incluso los cielos originales pintados.

Junto con el proceso de recuperación y amoblado de la casa, se la bautizó como Casona Ministro José Ignacio Zenteno, en memoria del Ministro de Guerra del Gobierno de Bernardo O'Higgins.



La construcción presenta una imponente fachada, formada por cinco paños verticales de dos pisos de altura sobre el nivel del zócalo. El primer nivel tiene elementos de orden jónico y cuatro balcones con base de mármol con barandas metálicas ornamentales. El segundo, de estilo corintio, presenta frontones triangulares y curvos sobre sus vanos, conformando la tradicional fachada neoclásica.

Se accede al zaguán del nivel principal tras subir cinco gradas de mármol y cruzar dos puertas de madera de caoba, enmarcadas por dos columnas neoclásicas lisas y con capitel jónico.

El interior del primer piso, en que se destaca un claro eje de simetría a partir del acceso, se encuentra totalmente recuperado, destacando el gran comedor, el salón principal o Zenteno y la sala de música. El corredor comunica el acceso a través del zaguán con los diferentes recintos, para rematar en una galería curva con vidrios esmerilados que mira al jardín interior.

La afrancesada ornamentación interior, refleja su carácter a través de elaborados detalles. El salón principal tiene un zócalo a la altura de un metro y una gran cornisa con motivos vegetales que, al igual que los muros y los cielos, están enriquecidos con panneaux decorados con elementos florales. Los dinteles se encuentran pintados con diferentes motivos enmarcados por sobre relieves de buena factura.

Los salones menores tienen los cielos pintados directamente sobre el entablado de madera con coloridos diseños estilo imperio. Estos fueron protegidos del paso del tiempo gracias a que durante muchos años el primer piso tuvo un cielo falso.

En el segundo nivel estaban los dormitorios, que aún no han sido restaurados. Los principales, daban a la calle hacia un balcón de forja y fundición que cruza casi ininterrumpidamente la fachada.

Los pisos de mármol y parquet, así como las puertas y ventanas dan cuenta también de la calidad que tuvo esta casa en sus orígenes.



Luminosa galería ovalada que mira hacia un jardín interior techado, en el que remata el hall de acceso.



Un largo pasillo con piso de mármol que va desde el acceso principal a la galería, articula el eje de simetría de la casa.



Elaborada marquesina que enmarca y protege el acceso, la cual tiene el mismo diseño que los elementos metálicos exteriores.

Casa Anwandter

A fines del siglo XIX, Ernesto Anwandter Köhler encargó a Otto Anwandter, arquitecto de la Fábrica Hucke en Valparaíso, proyectar su casa en un terreno en la esquina de Avenida España con Gay.





Ernesto Anwandter Köhler encargó la construcción de esta casa en la década de 1890. Era descendiente de Carlos Anwandter, quien a mediados del siglo XIX llegó a Valdivia desde Prusia, con los primeros inmigrantes alemanes. Muy pronto se constituyó en una importante personalidad de la zona, por su gran aporte a la cultura y al desarrollo regional, en las más diversas áreas. Entre sus obras destacan la fundación del Colegio Alemán de Valdivia, la Estación Meteorológica, la Primera Compañía Fluvial de Bomberos, y una pujante industria cervecera. Trajo consigo su fortuna personal, una considerable biblioteca y, lo más importante, su gran iniciativa empresarial.

Su nieto, Ernesto Anwandter, heredó la tradición familiar emprendedora y la volcó en su vida. Nació en Valdivia y tras doctorarse en Química y Filosofía en la universidad alemana, de Erlangen, se radicó en Santiago, donde pronto llegó a tener la fábrica más importante de jabones y aceites del país. Figura en los anales de la Sociedad de Fomento Fabril como una de las empresas pioneras del desarrollo industrial de Chile del siglo XIX.

A la edad de 40 años, viudo, con un hijo, pero con una situación económica consolidada, se casó con Ana Schmidt con la cual tuvo 5 hijos.

Alrededor de 1890 había creado la fábrica de químicos para la elaboración de abonos industriales, que luego se llamó Compañía Industrial y que más tarde dio origen a Indus Lever. Esta empresa enfrentó una dura crisis después de la Primera Guerra Mundial, debido al desabastecimiento de los productos químicos que importaban de Alemania. Posteriormente, el grupo Edwards compró acciones de la compañía y Ernesto Anwandter pasó a ser director de la misma hasta su muerte en 1934.

Hombre de gran esfuerzo y tesón, cuentan sus descendientes que a veces partía en las noches a la fábrica sólo para comprobar que las calderas no perdieran presión. Cada dos años realizaba un largo y agotador viaje de negocios a Alemania para ponerse al día sobre los insumos y nuevas tecnologías, partiendo desde la Estación Mapocho hasta Mendoza, luego Buenos Aires y finalmente en barco en dirección a Hamburgo y lo mismo de regreso.

Cuentan que en una oportunidad don Ernesto se encontró en París con su gran amigo Federico Santa María y éste le consultó qué tipo de escuelas y educación debería implementarse en el país. Su respuesta fue clara: "Muchos y buenos técnicos... eso es lo que necesita Chile". Nació así la semilla para la fundación de la Escuela de Artes y Oficios, que posteriormente pasó a llamarse Universidad Federico Santa María.

La mezcla de estilos, tan usual por esos años, se puede apreciar en el contraste entre las puertas de madera estilo Jügenstill y las molduras francesadas del cielo.







*Puerta de acceso con vidrio esmerilado de fino diseño,
común en las casas de esta época.*

*La presencia de maderas nobles en esta casa se destaca especialmente en las
puertas, artesonados y zócalos.*

*El salón principal, amoblado con finos muebles
traídos de la casa Schindler, servía además, como hall
de distribución hacia otros recintos del primer piso.*





Ernesto Anwandter Köhler, a fines del siglo XIX, encargó el proyecto de su casa a su tío Otto Anwandter, ingeniero y arquitecto, conocido por obras como la Fábrica Hucke y otros destacados edificios cercanos a la Aduana en Valparaíso.

La casa se emplaza en la esquina nor-oriental de Avenida España con Gay. Tiene 850 metros cuadrados construidos en tres plantas con una torre estilo veneciano. En su momento, estaba rodeada de importantes residencias de las que ya no queda más que el recuerdo.

La concepción espacial del inmueble es diferente a lo común de la época: de planta muy concentrada, casi sin pasillos interiores, con los espacios conectados entre sí a través de un hall central.

En el primer nivel, orientados a la calle, están el salón principal, el francés y la sala de música; hacia el interior, el comedor, el escritorio y al fondo la cocina y las dependencias.

El salón principal estaba amoblado con majestuosos y finos muebles traídos de la Casa Schindler de Berlín. Poco queda de este espacio; intervenciones posteriores eliminaron la cornisa del cielo y la escalera de roble que conducía al segundo piso.

La sala de música con su piano de palo de rosa Bechstein fue escenario para grandes intérpretes de nivel mundial como Claudio Arrau, Wilhelm Backhaus y Walter Gieseking, entre otros. Decorada con cortinajes de terciopelo verde oscuro y vitrinas con porcelanas, sus muros estaban cubiertos de género del mismo color. Conserva un zócalo alto de madera con fondo de raíz de nogal y el cielo tiene una gran cornisa curva estilo francés. Las puertas son de madera tipo Jügestill. En la pared del fondo se conserva una chimenea de hierro fundido, con un friso de finas porcelanas diseñadas con flores rosadas y hojas verdes sobre un respaldo de mármol negro. A continuación estaba el salón francés, con una escultura romana del Emperador Claudio.

Sin duda, el comedor es el lugar que mejor se conserva y donde destaca el elaborado cielo de madera. Originalmente los muebles eran en laca negra, había un biombo de concha perla y un enorme gobelino de pájaros bordados del siglo XVIII que colgaba de uno de sus muros. Al costado, una pequeña salita para tomar el té.

En el segundo nivel estaban los dormitorios y en el subterráneo las salas de calderas y depósito de carbón, más tarde utilizadas como bodegas de vino. Fue la primera casa del barrio con calefacción central.

En años posteriores, la casa se arrendó y subarrendó, hasta quedar prácticamente en ruinas. Actualmente, uno de sus dueños, Klaus Anwandter, la está restaurando para darle un nuevo uso, sin perder su concepción arquitectónica original. Esta obra, hoy en ejecución, no cuenta con ningún sistema de financiamiento pro-patrimonio cultural.

*Detalle del trabajo de las rejas y ventanas
que dan al jardín.*







Casa Abdón Cifuentes

Abdón Cifuentes Espinoza encomendó en 1905 a su hijo, el arquitecto Manuel Cifuentes Gómez, autor de la Casa Central de la Universidad Católica, el proyecto de su residencia particular en la calle Dieciocho.

Protagonista de un siglo de grandes transformaciones, Abdón Cifuentes Espinoza dejó su marca en la historia del país. Desde el sector más conservador de la sociedad, hizo aportes en diferentes áreas que trascendieron su color político y que fueron reconocidos, incluso, por sus adversarios.

Inteligente, hábil orador y buen polemista, Abdón Cifuentes utilizó las diferentes tribunas a las que tuvo acceso para dar a conocer sus ideales. El Parlamento, la cátedra y la prensa sirvieron a sus propósitos.

Hijo de José María Cifuentes Olivares y Pabla Espinoza Pinto, nació en San Felipe el 16 de mayo de 1836. Realizó sus primeros estudios en esa ciudad y luego se trasladó al Instituto Nacional en Santiago. Su formación continuó en la Escuela de Derecho de la Universidad de Chile, de la que se graduó como abogado en 1861.

Se casó con Luz Gómez, con quien tuvo 13 hijos, tres de los cuales murieron tempranamente. Sacerdotes, abogados, arquitectos, cada uno destacó en lo suyo enorgullecendo a sus padres.

Conservador y católico, comenzó su actuación pública como periodista político y tuvo un rol fundacional en diferentes instituciones. En 1864, junto a Manuel José Yrarrázaval Larraín y Zorobabel Rodríguez, próceres del Partido Conservador, fundó el diario “El Independiente”, creado para reflejar el pensamiento católico en la esfera pública. En 1867, contribuyó a formar la “Sociedad Amigos del País” y posteriormente, la “Unión Católica de Chile”. Destacó, también, como profesor en el Instituto Nacional y en la Facultad de Derecho y Ciencias Políticas de la Universidad de Chile.

En 1869 fue designado Ministro de Justicia, Culto e Instrucción por el Presidente Federico Errázuriz Zañartu. Desde este cargo abrió la discusión referente al Estado Docente, anticipándose con sus principios en más de medio siglo a sus contemporáneos.

Postuló la libertad de enseñanza, proponiendo que los colegios particulares quedaran eximidos de la evaluación externa, que en esa época estaba en manos del Instituto Nacional. Su postura enardeció a tal nivel los ánimos en dicha institución, que incluso una turba armada realizó un violento ataque a su residencia. Este episodio terminó con la intervención de un destacamento de caballería. Pero la discusión ya estaba planteada y los conceptos aportados por Abdón Cifuentes fueron finalmente incorporados en legislaciones posteriores.



Biblioteca con sus estanterías y chimenea originales, hoy utilizada por los alumnos del Liceo Abdón Cifuentes.







El diseño simple pero cuidado de los vitraux de las claraboyas, permite iluminar el salón a través del predominio de colores claros y cálidos.

El gran salón se ilumina cenitalmente por tres claraboyas de igual diseño y dimensiones, que dan equilibrio al espacio.

Fue también uno de los primeros en exponer públicamente la precaria situación de la salud pública. Su preocupación, unida a las donaciones obtenidas de particulares que lo apoyaron, permitió iniciar la construcción de los hospitales San Vicente de Paul y El Salvador. Participó activamente en la creación de la Pontificia Universidad Católica. Sus méritos personales y públicos fueron bendecidos por el Vaticano con la Gran Cruz de San Gregorio Magno, en 1919.

En sus últimos años vivió recluido en esta casa y cuando salía, generalmente lo hacía acompañado de una de sus hijas. Murió en 1928 a los 92 años.



La casa de calle Dieciocho N°116 fue construida entre 1905 y 1907, de acuerdo al proyecto del arquitecto Manuel Cifuentes Gómez, hijo de don Abdón y constituye otro ejemplo del afrancesamiento decimonónico de este barrio.

Con una composición simétrica neoclásica, el hundimiento central de la fachada acentúa el acceso a la vivienda principal, conformando una amplia loggia en el primer nivel y una terraza en el segundo, para rematar ambos costados, con los accesos a los departamentos de los pisos altos. Cornisas, balcones abalaustrados, frontones y guirnalda, arcos de medio punto y dinteles horizontales completan el cuadro del neoclasicismo imperante.

La fachada se desarrolla sobre un alto zócalo de piedra sillar. A la vivienda principal se llegaba a través de una escalera de mármol que, pasando por un zaguán, subía hasta un hall circular. Este tenía a su derecha el escritorio y la biblioteca, que hasta hoy se conserva con sus estanterías y chimenea; a la izquierda, el dormitorio, y al frente, un salón de grandes dimensiones iluminado cenitalmente por tres claraboyas circulares. A ambos lados de este espacio se ubicaban salas menores, comedor, habitaciones, baños y demás dependencias de la casa, para rematar finalmente con un ventanal y una pérgola que daban acceso al jardín posterior.

Los departamentos superiores son dos viviendas casi simétricas con entradas independientes. Los accesos a éstos tenían un zaguán a nivel de la calle desde donde nacían las escaleras al segundo piso. Este constituía la planta noble, donde había un hall de distribución al que daban el salón, el comedor y las dependencias de servicio, además de la comunicación con el tercer piso, donde se ubicaban las habitaciones.

En la actualidad la casa es ocupada por el Liceo Profesional Abdón Cifuentes, perteneciente a la Corporación Metropolitana de Educación.

El acceso principal se desarrolla entre la loggia y el hall de distribución circular, a través de un zaguán con piso de mármol.



Edificio Ochagavía

El empresario vitivinícola Silvestre Ochagavía Echaurren, encargó en 1905 a los arquitectos Ricardo Larraín Bravo y el francés Eugenio Joannon, el proyecto de esta mansión ubicada en la esquina de la Alameda con calle San Ignacio.





La historia de la familia Ochagavía se enlaza con el desarrollo de la vitivinicultura en el país. Aunque aún se discute quién fue el pionero en la introducción de las cepas francesas en Chile, generalmente se menciona a Silvestre Ochagavía Errázuriz como el autor de esa iniciativa y precursor de esta industria.

Si bien las primeras vides fueron traídas por los conquistadores españoles para elaborar el vino con que se celebraba la Misa, sólo en 1851, cuando don Silvestre trajo nuevas cepas, comenzó a desarrollarse una producción de calidad. Esta decisión fue rápidamente imitada por empresarios como Luis Cousiño, Ramón Subercaseaux y José Tomás Urmeneta. Así se produjo el nexo entre las grandes fortunas forjadas en la minería de la época y las nuevas viñas, que recibieron el nombre de sus creadores.

Estas cepas francesas plantadas en terrenos del Valle del Maipo, junto a la contratación de enólogos extranjeros, la utilización de nuevas tecnologías y la construcción de bodegas de vinificación adecuadas, dieron como resultado un vino de primera calidad, que ya en 1870 podía competir en los mercados internacionales.

Esta tendencia fue reforzada en 1863, cuando el ataque de la filoxera devastó los viñedos de Europa y Estados Unidos. Chile, gracias a su aislamiento geográfico, se convirtió en el único país del mundo que no sufrió esta plaga, lo que permitió el desarrollo y progreso de esta industria.

Silvestre Ochagavía Errázuriz se casó con Concepción Echaurren García-Huidobro, mujer profundamente católica y heredera de una gran fortuna. Fue uno de sus hijos, Silvestre Ochagavía Echaurren, quien construyó este edificio ubicado en la Alameda de las Delicias esquina de San Ignacio.

Nació en 1862 en la periferia de Santiago, en la Chacra Ochagavía, predio agrícola familiar muy próximo a la capital. Se tituló de abogado en la Universidad de Chile en 1883, aunque nunca ejerció como tal, ya que la Viña Ochagavía, creada por su padre, representaba un enorme desafío.

Se casó primero con Isabel Hurtado Larraín y tras enviudar, con Carmen Echeverría. De estos matrimonios nacieron ocho hijos.

Hall central ubicado en el segundo piso, con muros y cornisas bien trabajados e iluminados por una claraboya de colores.



Miembro del Partido Conservador, fue cuatro veces diputado y tres veces senador. Además, tuvo participación en la propiedad del "Diario Ilustrado", de gran importancia en la prensa nacional, y del diario "La Unión", del que además fue director.

Don Silvestre, dueño de un carácter sereno, destacaba por sus juicios certeros y equitativos. Con su primera esposa colaboraron en la obra de su sobrino, el Padre Alberto Hurtado, quien hace algunos años fue proclamado Santo.



La casa ubicada en la esquina de la Alameda con la calle San Ignacio se construyó en 1905, de acuerdo a un proyecto de los arquitectos Ricardo Larraín Bravo y el francés Eugenio Joannon.

Este edificio es uno de los remates de la gran manzana entre las calles San Ignacio y Dieciocho que, por la Alameda Bernardo O'Higgins, mantiene intactos los frontis de las edificaciones de principios del siglo XX, permitiendo una visión urbana y arquitectónica del Santiago de esa época.

La casa es de un riguroso neoclásico. Destaca por su acompasada y serena fachada, por la horizontalidad de la balaustrada de la techumbre, recogida en la esquina por un balcón con concha y remate de tímpano curvo, coronado por una suerte de doble frontón manierista.

El primer nivel estaba destinado al comercio, con gran cantidad de locales entre los que resaltaban una botica y un puesto de "camotillos", todos con vitrina a la calle y un baño en el interior. En el segundo piso vivía la familia.

El acceso principal era por la Alameda, en tanto la entrada para coches con caballos y automóviles estaba por calle San Ignacio. Al segundo piso se llegaba por una amplia escalera, que unía el zaguán con un luminoso hall. Luego se pasaba a un espacio central, con muros y cornisas bien trabajados, iluminado por una claraboya de colores al que daban salones menores, el comedor y un pasillo que comunicaba con los dormitorios y baños que requería la numerosa familia.

Su innovadora distribución interior y la orientación oriente, permitía que todos los dormitorios tuvieran una iluminación natural con vista a la calle San Ignacio.

A la muerte de Silvestre Ochagavía Echaurren, ocurrida en 1934, la casa se vendió. Actualmente acoge dependencias del Círculo Español.



Detalle de cornisa y claraboya del hall central.



El acceso a la residencia es a través de una escalera que nace en un zaguán ubicado en el costado que da a la Alameda.





Acompasada y serena fachada hacia la calle San Ignacio, donde se encontraban los accesos de servicio y cocheras. El primer piso fue diseñado para albergar locales comerciales.

La horizontalidad y simpleza de la fachada contrasta con el balcón curvo que centra el eje en la esquina.

Casa Valdés Vergara

Esta casa fue encomendada al arquitecto Ricardo Larraín Bravo en 1906, por Carlos Matte Eyzaguirre. Tres años más tarde fue adquirida por Francisco Valdés Vergara, cuyos descendientes la habitaron hasta 1951.





“De pronto se alzó el telón. Con una prolongada salva de aplausos, se saludó al ilustre conferenciante. Vestido de negro, con expresión adusta, con su figura arrogante realzada con su gran barba rubia en un tiempo, pero convertida entonces en un penacho blanco, que caracterizaba la acción destructora de los años y de crueles dolores. Avanzó majestuoso, magnífico... inició su conferencia con voz débil velada por la emoción...”

(Carlos Merino Carvallo, “Recuerdos de un cruzado de la fe cristiana”, artículo de prensa)

Para sorpresa del público, el conferenciante era Francisco Valdés Vergara, el menos ortodoxo de los liberales y gran defensor de ideas de avanzada. Besando el suelo en señal de humildad, abjuró de lo que llamó sus errores y comunicó su conversión a la fe católica. El antes agnóstico y librepensador, cambió su forma de ver la vida, tras la temprana muerte de su hija Ema.

Diplomático, diputado, banquero, empresario, periodista y escritor, fue reconocido como un divulgador de las ideas liberales que ayudaron a modernizar el país. Más tarde, sería recordado por este teatral episodio y los efectos que provocó en su entorno.

Creció en una familia dedicada al servicio público. Hijo de Francisco Javier Valdés y Aldunate y de la que fue su segunda esposa, Antonia Vergara y Echevers, nació en Santiago en 1854. Hermano del recordado alcalde Ismael Valdés Vergara, estudió Derecho, aunque su afición por la educación lo condujo por otros caminos. Fue profesor, director y presidente de la escuela nocturna Benjamín Franklin. Desde este lugar, siendo aún muy joven, fue ganando el reconocimiento de sus pares. A poco andar, ingresó a la carrera diplomática en 1887.

Primero fue Bolivia, donde como Secretario de la Legación, conoció a su mujer Angela Bustamante Zavalla, con quien tuvo cuatro hijos. En 1879, se le confió el Consulado de Panamá, desde donde tuvo la misión de impedir el envío de armas de Estados Unidos a Perú, en plena Guerra del Pacífico.

Detalles que caracterizan una arquitectura historicista y ecléctica.





Francisco Valdés Vergara. Fuente: Colección particular.



Hermanos Valdés Bustamante. Al centro Ema, la única mujer, rodeada de sus hermanos. Fuente: Colección particular.

En cada detalle se refleja la fuerte influencia del estilo neogótico.



Más tarde partió como Encargado de Negocios a Colombia y a su regreso, en 1882, fue nombrado Jefe Político de la provincia peruana de Tarapacá, que por esa fecha estaba ocupada por el ejército chileno hasta el Tratado de Ancón. Al retornar fue nombrado Superintendente de Aduanas y luego se le ofreció el cargo de Ministro de Hacienda, pero no aceptó la oferta. Tenía entonces 30 años.

Retirado del servicio público, fue designado gerente del Banco de Valparaíso en 1887, y luego asumió el cargo de gerente y presidente de la oficina de La Sociedad Tierra del Fuego, también en Valparaíso. En 1889, tras la muerte de su tío José Francisco Vergara, creó la población Vergara de dicho puerto. Fue, además, un reconocido periodista, redactor y director de los periódicos "El Comercio" y "La Epoca".

Después de la derrota balmacedista en la Guerra Civil de 1891, debió exiliarse con su familia en la ciudad de Buenos Aires, donde colaboró en "La Prensa" realizando estudios políticos y económicos sobre Chile. A su regreso de Argentina, colaboró en "El Herald" de Valparaíso, fundado por su hermano Enrique Valdés Vergara y al poco tiempo asumió el cargo de Ministro de Hacienda.

Pero en 1907, esta trayectoria marcada por grandes éxitos experimentó un profundo quiebre. Primero, su única hija Ema murió quemada en un incendio y un año más tarde, falleció su hijo menor, Salvador. Estos trágicos sucesos lo afectaron en forma tan radical que su vida se transformó completamente. Manifestó públicamente, ante una concurrida y sorprendida audiencia, su conversión a la fe católica y se dedicó a escribir libros de carácter religioso y a difundir sus creencias.

Cinco años más tarde, y por acuerdo de todos los partidos políticos, fue elegido senador por Santiago. Murió en 1916 antes de completar su período. Su última voluntad fue que se le enterrara de la forma más sencilla posible, vistiendo el hábito franciscano que guardaba en su ropero.



Aquí destaca el trabajo en madera del conjunto formado por el bow window y las ventanas.

La casa ubicada en la esquina de las calles San Ignacio y Alonso de Ovalle, fue construida en 1906 por Carlos Matte Eyzaguirre, de acuerdo a un proyecto del arquitecto Ricardo Larraín Bravo.

En 1909, Francisco Valdés Vergara compró esta propiedad con intenciones de radicarse en Santiago. Posteriormente la vendió a uno de sus hijos, Ricardo Valdés Bustamante, cuyos descendientes la habitaron hasta 1951. La casa Valdés Vergara se emplaza en la esquina encontrada con la Iglesia de los Jesuitas de calle Alonso de Ovalle. De notable prestancia, está pareada por ambos costados con aproximadamente 10 metros de frente por San Ignacio y 20 metros por Alonso de Ovalle. En la actualidad muestra su fachada totalmente restaurada. Esta es fiel reflejo del neogótico, estilo arquitectónico que se desarrollaba en paralelo a otros estilos en boga.

Siguiendo la tendencia de principios del siglo XX de imitar los estilos arquitectónicos europeos, se dice que esta casa fue construida tomando como modelo el palacio de los Príncipes de Lieja en Bélgica.

El ingreso era por calle San Ignacio y tras cruzar el zaguán, se llegaba a un amplio hall de distribución de doble altura, del que nacía la escalera al segundo piso, todo esto iluminado desde el techo por una colorida claraboya.

En el primer nivel estaban el salón, el escritorio, el comedor principal y de diario, más la cocina y su patio de luz. En el segundo piso se encontraban los dormitorios de la familia con dos amplios baños. Por una escalera posterior, se accedía al tercer nivel, donde se ubicaban las dependencias del personal de servicio.

El trabajo de restauración de la fachada, realizado por su actual dueña, la arquitecta Mabel Briceño, obtuvo una distinción del Premio Iberoamericano 2006 por su intervención en obras que involucren el patrimonio edificado. El interior se encuentra en muy mal estado, pero se continúan los trabajos para la total recuperación del inmueble.

Una angosta puerta de dos hojas, bajo un pequeño arco apuntado, sirve de acceso principal por la calle San Ignacio.







Palacio Yrarrázaval

Fernando Yrarrázaval Mackenna encargó en 1906 al arquitecto Alberto Cruz Montt, la construcción de esta residencia emplazada en la Alameda entre los palacios Ochagavía e Iñiguez.

Ubicado en la Alameda de las Delicias, esta mansión perteneció a Fernando Yrarrázaval Mackenna. Hijo primogénito de Manuel José Yrarrázaval Larraín, heredero del Marquesado de La Pica y de Julia Mackenna.

Nació en Santiago en 1862 y realizó sus estudios en Cambridge, Inglaterra, para luego doctorarse en derecho en la Universidad de Lovaina, en Bélgica. En 1891 se casó con Mercedes Fernández Bascañán, hija del acaudalado filántropo Domingo Fernández Concha, con quien tuvo diez hijos.

Fernando Yrarrázaval Mackenna heredó de su padre una gran fortuna y una enorme vocación social. Fue una voz activa frente a los problemas que afectaban a los habitantes más desposeídos de Santiago a fines del siglo XIX y principios del XX. La encíclica *Rerum Novarum*, promulgada en 1891, dio el marco de acción para enfrentar la llamada “cuestión social”, que movilizó a laicos católicos ricos a promover y dirigir el cuidado y bienestar, tanto material como espiritual, de los más pobres a través de la educación, la beneficencia, el socorro y la justicia.

En 1904 fundó –junto con el futuro Arzobispo de Santiago, Juan Ignacio González, Juan Francisco Fresno y José Horacio Campillo– La Sociedad de Instrucción y Habitaciones para Obreros, una institución cuyo propósito era crear y mantener escuelas gratuitas, colegios y patronatos cristianos, así como promover el establecimiento de habitaciones higiénicas y baratas para obreros.

Dos años más tarde, comenzó la construcción de este palacio en la Alameda de las Delicias para vivir con sus hijos. De hecho, después que éstos se casaron, continuaron viviendo con él, pues cada familia contaba con un sector para su uso exclusivo, mientras don Fernando conservaba un espacio independiente: su salón, su salita, su escritorio y su dormitorio.

Pero esta vida familiar tuvo un vuelco cuando, en 1919, sufrió la temprana muerte de sus hijos Domingo y Manuel José, quienes llevaban los nombres de sus abuelos, y en 1927, la de su mujer. Cuentan sus nietas que después de la pérdida de su esposa, sólo en contadas oportunidades bajó al primer nivel y que la única fiesta que dio, fue un gran baile para dos de ellas, del cual tampoco participó, aunque sí observó desde el segundo piso. Almorzaba siempre solo en su escritorio, aunque su familia estuviera en el comedor.

En 1940, el Círculo Español bajo la dirección de Miguel Lacámara, adquirió el Palacio Yrarrázaval para acoger sus dependencias.





Fernando Yarrázaval Mackenna y Mercedes Fernández Bascuñán.

Fuente: Colección particular.



Vista del salón principal con su mobiliario y decoración original.

Fuente: Colección particular.



Salón principal de doble altura iluminado por una gran claraboya. Este espacio era el lugar de encuentro para los habitantes de esta casa.

Como reconocimiento a sus obras de caridad fue condecorado por el Papa Pío XI con la Cruz de la Orden de San Gregorio el Grande, en 1930. A su intensa labor social se agrega su participación política como miembro del Partido Conservador y es reconocido, también, por ser uno de los fundadores del balneario de Papudo, V Región, en la costa de su Hacienda Pullally.



La palaciega casa de la Alameda fue encargada al arquitecto Alberto Cruz Montt, autor de gran cantidad de construcciones de estilo neoclásico francés, y es considerada por muchos como su mejor obra.

Se inserta entre la casa de Silvestre Ochagavía por el oriente, construida en 1905, y la de los Ñíñez, por el poniente. Su amplia fachada se extiende sobre la vereda sur del que fuera el Paseo de las Delicias. Es una edificación de dos niveles, más un gran techo tipo mansarda. No obstante su asimétrica composición mantiene en su frontis un gran equilibrio arquitectónico, de notable armonía y proporción.

En el primer piso se encuentra el hall central, una sala de billar que miraba a la Alameda, un escritorio, dos salones menores, el comedor y servicios. En el hall central, existe una gran escalera desde donde se observaban las fiestas. Este espacio está coronado por una enorme claraboya con vitraux de un bellissimo y sofisticado diseño de plantas y flores, que ilumina y decora toda la gran estancia en ambos niveles. Los otros salones han conservado su decoración, la biblioteca y comedor mantienen los muros, cielos y pisos que hacen tan destacada esta casa.

En el segundo piso, rodeando el espacio central y protegido por una baranda de intrincado trabajo de forja y fundición, estaban los dormitorios y las dependencias particulares de don Fernando. Cada familia tenía su sector y se congregaban en el amplio pasillo del hall central. Existía también una capilla donde se celebraba la Misa diaria; y las nietas se ocupaban de los ornamentos religiosos. El jardín era muy grande, con árboles centenarios y una gran laguna. En un sector independiente se ubicaban las dependencias del chofer y del personal de servicio.

En la actualidad, la casa es la sede del Círculo Español, institución que ha sabido conservarla y reutilizarla, resguardando el carácter y calidad de sus espacios, adecuándola a su nueva función.



El Salón Rojo se destaca por conservar la decoración, ornamentación y mobiliario original.



El juego de espejos, un recurso barroco, acentúa la importancia del arte integrado.



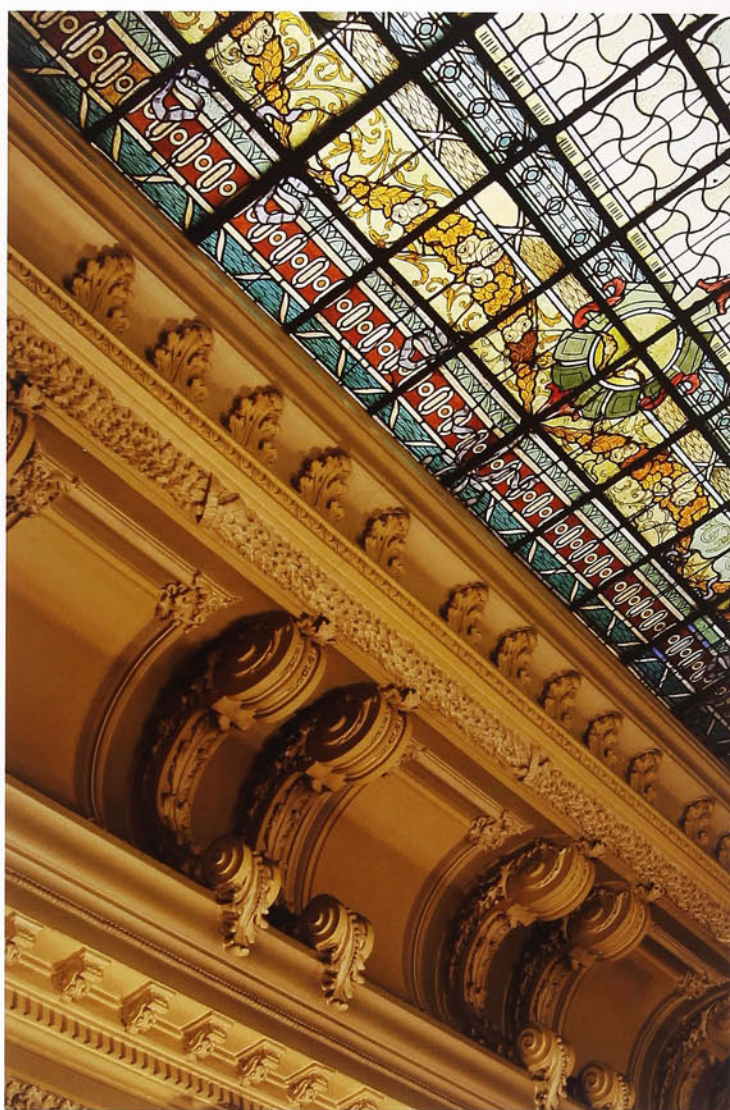
El cielo del comedor se enriquece por canecillos, pinjantes, recuadros y molduras, acompañado por un fino trabajo de pintura sobre madera.

Comedor ubicado en el primer piso cuyos detalles decorativos en madera se repiten en el zócalo alto y en el cielo.





Este salón del primer piso enfrenta la Avenida Alameda Bernardo O'Higgins. La gran armonía en la ornamentación es una característica que se repite en todos los espacios.



Conjunción de finos detalles en el cielo avitrulado.

El corredor del segundo piso, rodeado por una notable baranda metálica, se ilumina mediante la gran claraboya enmarcada con magníficas cornisas.





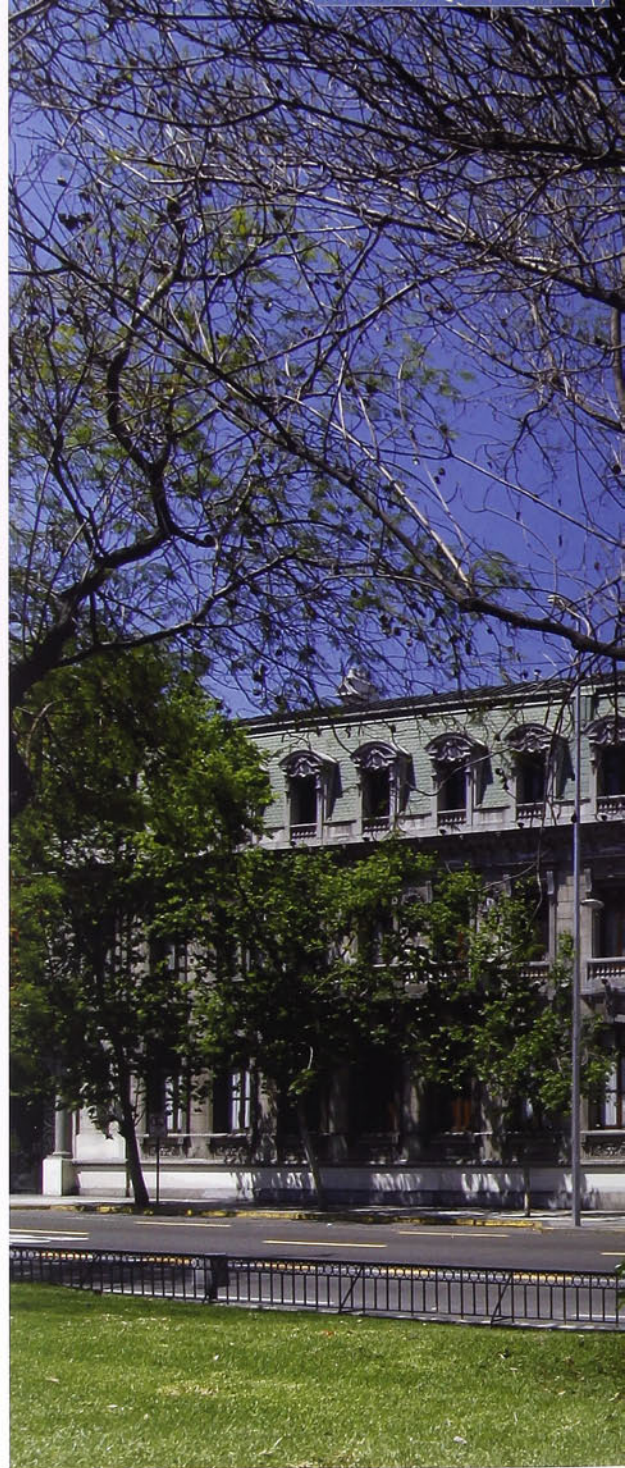


*Acceso desde la calle a través de un portón de forja y fundición,
enmarcado por un gran arco de medio punto, flanqueado por dos magníficas lámparas.*

*Loggia de acceso a la cual se llega a través de un patio empedrado
y rodeado de vegetación.*

Palacio Iñiguez

En 1908, los arquitectos Alberto Cruz Montt y Ricardo Larraín Bravo, proyectaron este edificio, ubicado en la esquina de la Alameda de las Delicias con calle Dieciocho, por encargo de Antonio Iñiguez Vicuña.





Pedro Felipe Iñiguez y Landa, padre de quien construyó este edificio, era comerciante, agricultor y político. Formó su fortuna en Valparaíso y se trasladó a Santiago, donde rápidamente se insertó en la sociedad capitalina. Se casó con Mercedes Ignacia Vicuña y Aguirre con quien tuvo seis hijas y un hijo.

Una de ellas, Loreto Iñiguez Vicuña, es recordada por su hermosura. En 1873, el Intendente de Santiago, Benjamín Vicuña Mackenna, organizó un concurso de belleza para bautizar un nuevo puente sobre el río Mapocho y la calle que de él nació. Doña Loreto ganó este certamen y desde entonces, éstos reciben el nombre de “Puente y Calle Loreto”. Fue retratada por el entonces director del Museo de Bellas Artes, Giovanni Mocchi. Por su parte, su hermana Carolina, se casó con Luis Pereira Cotapos, destacado vitivinicultor quien bautizó su viña como “Santa Carolina”.

Pero fue su único hijo Antonio, quien construyó en los albores del siglo XX este edificio en la Alameda. Nacido en 1848, fue un activo comerciante y político, miembro del Partido Conservador. Se casó con Mercedes Larraín Alcalde y tuvo siete hijos. En una segunda etapa de su vida, pudo dedicarse a lo que realmente le apasionaba: la literatura, la poesía y la historia, lo que le trajo grandes satisfacciones. Murió a los 60 años, recién terminada la construcción de la casa, que no alcanzó a disfrutar.

Finalmente fue su hijo Pedro Felipe Iñiguez Larraín y su familia quienes ocuparon la mansión, aunque en forma intermitente dada su condición de diplomático. Este nació en 1873 en Santiago y a los 23 años comenzó una carrera periodística, siguiendo las preferencias paternas, como parte de la redacción del diario “La Tarde”.

En 1898 se inició como diplomático y tres años más tarde se casó con Rebeca Matte Bello, bisnieta de Andrés Bello. Ella es reconocida como la primera escultora del país, con importantes obras como “Icaro y Dédalo”, hoy emplazada frente al Museo Nacional de Bellas Artes y el monumento a los “Héroes de la Concepción”.

Recién casado partió como Encargado de Negocios a París. En esos años, los Iñiguez Matte se movían entre Francia, Italia y Chile. En 1915 don Pedro Felipe fue nombrado Ministro de Obras Públicas, y en 1916, Ministro de Justicia e Instrucción bajo el gobierno de Juan Luis Sanfuentes. Fue responsable de firmar el Decreto Supremo que ordenó la construcción del Palacio de la Biblioteca Nacional y logró crear importantes escuelas en Santiago, La Serena y Viña del Mar.

De vuelta en Europa, Rebeca Matte recibió el honor de ser la primera mujer extranjera aceptada como profesora honoraria de la Academia de Bellas Artes de Florencia, Italia. Al poco tiempo, su única hija Eleonora –a quien llamaban “Lily”– enfermó de tuberculosis y murió tras seis dolorosos años. Doña Rebeca nunca se recuperó, había dedicado todo el tiempo a su cuidado, abandonando incluso la creación artística. En mayo de 1929, doña Rebeca falleció y fue enterrada junto a su querida Lily. Don Pedro Felipe siguió la voluntad de su mujer y creó, en honor a su hija, una fundación para ayudar a niños desamparados.

Detalle de la ornamentación del hall central de la casa principal.





Antonio Iñiguez Viciña.

Fuente: Colección particular.



Mercedes Larraín Alcalde.

Fuente: Colección particular.



Este edificio se emplaza en la que fuera una de las esquinas más elegantes del 1900 formada por Dieciocho y la Alameda. Desde su construcción alberga la reconocida Confitería Torres. Fuente: Colección Fotográfica Digital del Museo Histórico Nacional.

Cenefa incorporada al muro de una habitación. Pocos detalles como éste quedan al interior del edificio.



El Palacio Iñiguez, proyectado en 1908 por los arquitectos Alberto Cruz Montt y Ricardo Larraín Bravo, está ubicado en una de las esquinas más elegantes del Santiago de 1900, Alameda con Dieciocho. Este edificio refleja, con toda su pompa, la recargada arquitectura neoclásica francesa, incorporando en su ornamentación estatuas, guirnaldas, medallones y forjas.

Su fachada presenta accesos residenciales por ambas calles, lo que muestra que se concibió desde su construcción como un edificio de rentas, dejando una parte para habitación de la familia, y el primer piso, como planta libre comercial con pórticos conformados por vigas y pilares metálicos.

En la planta del segundo piso, se distinguen viviendas de dos niveles cada una, con sus correspondientes escaleras de acceso y salones centrales de doble altura iluminados por grandes vitraux en el cielo.

En la actualidad, los pisos superiores son utilizados por un preuniversitario y por habitaciones con elevados niveles de deterioro y hacinamiento. Al subir por los accesos de la Alameda Bernardo O'Higgins, se llega a un alto hall, antiguamente iluminado por una claraboya avitralada, recurso muy común en la época. En torno a éste, se aprecian las distintas salas, probablemente salones, comedor y dependencias del servicio.

Pero sin duda, lo que actualmente hace más reconocible al Palacio Iñiguez, es que en su primera planta ha albergado desde 1910 a la tradicional y hoy renovada Confitería Torres, que en sus inicios en 1879, se ubicó en la esquina de las calles Ahumada y Huérfanos.

En 1910 este café fue el lugar elegido para celebrar el Centenario de la República con un gran banquete al cuerpo diplomático. Su restauración actual volvió a evocar las charlas y tertulias de poetas como Vicente Huidobro, políticos como Arturo Alessandri Palma y cronistas como Joaquín Edwards Bello, célebres personalidades que forjaron parte de la historia y la cultura del país entre sus mesas.



Chimenea de mármol de uno de los salones.



*Detalle de la chimenea que destaca por tener incrustaciones de
variados tipos de mármol.*





Balcón con ménsulas y cerrajerías muy decoradas que están presentes en toda la fachada.

Los elementos de esquina, enmarcados por dos estatuas, medallones y guirnaldas, destacan el eje de simetría en la fachada de la casa.





Palacio Astoreca

El arquitecto Alberto Cruz Montt fue contratado en 1902 por el empresario salitrero Juan Higinio Astoreca para diseñar el Palacio Astoreca, en Iquique.

Ocho años más tarde, su hijo Matías Astoreca Granja, le encomendó la construcción de este palacio en la calle Dieciocho.

La familia Astoreca proviene de Bermeo, pequeño puerto del país vasco español, cuna de Alonso de Ercilla, autor de *La Araucana*. El ingeniero Juan Higinio Astoreca y Astoreca, llegó a Chile a mediados del siglo XIX, se radicó en Iquique y al poco tiempo se transformó en uno de los pioneros de la industria del salitre.

Se asoció con el empresario Matías Granja, uniendo en ese acto dos de las grandes fortunas forjadas en el norte y posteriormente se casó con Felisa, hermana de su socio. Esta sociedad logró controlar siete importantes oficinas salitreras: Felisa, Granja, Aurrera, Iris, Higinio Astoreca, Astoreca Domínguez Lacalle y Sector la Noria.

En 1902, en pleno auge de la industria salitrera, don Juan Higinio encomendó al arquitecto Alberto Cruz Montt la construcción del famoso Palacio Astoreca en Iquique, pero no llegó a disfrutarlo, ya que falleció al año siguiente. Doña Felisa se trasladó a Viña del Mar con sus cinco hijos y en 1909 vendió su propiedad en Iquique al Estado. El mayor de ellos, Matías Astoreca Granja decidió, entonces, radicarse en Santiago y en 1910, le encargó al mismo Cruz Montt que le proyectara su casa en la calle Dieciocho.

Durante la construcción de ésta, se trasladó a París con su mujer Rosa Sartori y su hijo Mario, gracias a la gran riqueza que había heredado. La estadía duró varios años, allá nacieron María Rosa y Matías. Tenían un gran departamento decorado con elegantes muebles y los veranos se trasladaban a una villa en San Juan de Luz.

Los Astoreca jugaron un activo e importante rol en el desarrollo de la industria salitrera en el país y en 1918, cuando aparecía el fantasma del salitre sintético, fueron convocados por el Ministro de Hacienda Luis Aníbal Barrios, para la conformación del Instituto Científico e Industrial del Salitre.

Matías Astoreca Granja, al igual que su padre, no vio terminada su casa. Su muerte, en diciembre de 1924 dejó a su hijo Mario Astoreca Sartori, a cargo de la familia y de los negocios. Los problemas recién comenzaban. El desarrollo de la industria del salitre sintético desplazaría al natural en un corto plazo, generando una grave crisis económica.

Tras la muerte de don Matías, la familia regresó a Santiago y no tuvieron los recursos para alhajar y habitar cómodamente esta mansión. Como recuerdan sus descendientes, fueron momentos muy duros; la casona aún no estaba terminada y tuvieron que esperar la llegada de los muebles desde París para hacerla habitable. Finalmente llegó un momento en que mantenerla funcionando se hizo prácticamente insostenible. Rosa Sartori decidió venderla.

En la actualidad el Palacio Astoreca alberga la sede matriz del Colegio de Contadores de Chile, institución que ha hecho una gran tarea para mantener esta casa en buenas condiciones.

Salón principal de doble altura desde el sector poniente. A ambos costados de la chimenea se ven los accesos a otras salas menores.





Felisa Granja junto a su hijo Matías Astoreca Granja y su nieto Mario Astoreca Sartori. Fuente: Colección particular.



Palacio Astoreca en los años 20. Fuente: Colección Fotográfica Digital del Museo Histórico Nacional.

Detalle del salón, destacando el juego de planos reales y virtuales, reflejado en uno de los espejos.



Esta construcción, de un elegante estilo neoclásico, es un volumen de dos plantas, edificadas sobre un zócalo y coronado con una falsa mansarda, que le confiere una imponente presencia. La casa resalta al estar rodeada por jardines, destacando un amplio antejardín hacia la calle Dieciocho. Sobresale un acceso con cuatro columnas, que sostienen la terraza del dormitorio principal, ubicado en el segundo piso. En la parte posterior de la propiedad, se hizo un gran jardín arbolado, al que daban las zonas de estar y las piezas de los hijos.

Tras subir una amplia escala de mármol y cruzar la mampara y el hall de distribución, se llega al salón principal de doble altura. Este se ilumina en forma natural por una magnífica claraboya la que, al igual que la chimenea y los altos espejos, fueron instalados como parte del proyecto original.

En torno al hall central se desarrollan los dos niveles principales de la casa. En el primero, se crea un eje que va desde el acceso al jardín posterior y cruza el salón central conformado por columnas. A la izquierda estaba el escritorio, que funcionó como oficina mientras la familia vivió ahí; luego la escala que da al segundo piso, la guardarrope, el comedor y la comunicación con la zona de servicio ubicada en el zócalo.

En el segundo nivel, desde el pasillo que rodea por los cuatro costados al hall de doble altura, se accedía a las habitaciones y baños. Esta distribución permitía que todos los recintos tuvieran ventanas al exterior y gozaran de gran independencia.

En la parte posterior, de acuerdo al proyecto original, entrando por un costado del jardín de invierno, estaba la sala del billar. A continuación, por el lado derecho, se ingresaba al saloncito de música, en cuyo cielo se habían pintado las caras de los niños Astoreca. Completando la planta existían otros salones menores, como el Francés, que aún conserva sus muros tapizados con el género de la época.



Desde el vestíbulo nace la escalera al segundo piso y el acceso a las dependencias.

Los pasillos del segundo piso se relacionan con el espacio central del gran salón, iluminado por una claraboya.



Caminar por la calle Dieciocho es como transportarse al pasado. Aún queda algo de sus días de gloria, cuando tenía adoquines de madera para amortiguar el ruido de los coches y personajes ilustres habitaban sus casas. En esos años, a principios del siglo XX, era el acceso preferido de la clase dirigente al Parque Cousiño y el paseo por sus veredas era un espectáculo de elegancia y buen vivir.

Sin embargo, en la actualidad se hace difícil disfrutar de su espacio urbano y cuesta levantar la mirada para observar los edificios que sobreviven al paso del tiempo. La Casa de Eventos Dieciocho da esa sorpresa. Generalmente se la visita de noche y son pocos los que logran dimensionar su estampa.

La casa se emplaza en un terreno que da hacia las calles San Ignacio y Dieciocho. Su dueño a principios de siglo XX, Francisco Subercaseaux del Río, aprovechó este hecho y construyó dos viviendas con accesos independientes. Su actual fisonomía data de 1912, cuando Manuel Cruzat Vicuña contrató al afamado arquitecto Josué Smith Solar para agregar un tercer nivel y un falso cuarto piso a la vivienda ubicada en calle Dieciocho, con lo que se realizó la fachada y se le dio mayor prestancia a la propiedad.

Manuel Cruzat nació en Santiago en 1878, estudió en el Colegio de los Sagrados Corazones y se casó con Sara Balmaceda Zañartu. Entre sus bienes contaba con el fundo San Juan, de 4.300 hectáreas en el sector de Llolleo, comuna de San Antonio, por lo que alternó sus actividades entre la agricultura, la industria y la política. Militó activamente en el Partido Conservador y fue diputado por Victoria, Melipilla y San Antonio, en cuatro periodos consecutivos a partir de 1918. Anteriormente había sido alcalde y regidor de la Municipalidad de San Antonio entre 1900 y 1918. Destacó en todos los ámbitos en que se desenvolvió y, como tal, fue un reconocido miembro de la Sociedad Nacional de Agricultura, de la Sociedad de Fomento Fabril, SOFOFA y del Club de la Unión.

Tras su muerte en 1947, la casa fue adquirida por la familia de Osvaldo Pérez Valdés y María Luisa Zañartu Iñiguez, quienes la habitaron hasta 1979, año en que doña María Luisa falleció.

Su hijo Pablo Pérez Zañartu, compró a sus hermanos el porcentaje de la propiedad que les correspondía en herencia y vivió en la casa con su mujer, Mariana Cruz Costa y sus once hijos. Estos, al heredarla, formaron una sociedad de inversiones con el fin de mantenerla y, tras una ardua y costosa restauración, la transformaron en el centro de eventos que es actualmente.

El salón de la vivienda del primer piso mantiene su intimidad pese a estar junto a la calle.





Sara Balmaceda de Cruzat, en 1915.

Fuente: Colección Fotográfica Digital del Museo Histórico Nacional.



Manuel Cruzat Vicuña disfrazado en el Baile de la familia Cazotte, 1920.

Fuente: Colección Fotográfica Digital del Museo Histórico Nacional.



El balcón corrido marca la transición entre la parte antigua y la ampliación, obra encargada por Manuel Cruzat Vicuña al arquitecto Josué Smith Solar.

Un zaguán escalonado sirve de acceso a la vivienda de los pisos superiores.



De un estilo gótico isabelino, esta casa es totalmente diferente a sus vecinas y rompe con el esquema más tradicional, con una fachada asimétrica cargada de símbolos. Hay quienes la definen como una construcción ecléctica con elementos de la corriente neogótica. Lo cierto, es que no deja de llamar la atención con su frontis fuertemente texturado a partir del segundo nivel y con una cuidada decoración que acentúa los vanos. De haber comenzado como una sencilla construcción de un piso en adobe, terminó convertida en una sofisticada residencia de estilo neogótico, otro de los “neo” de la época.

El acceso de la vivienda del primer piso, Dieciocho N° 190, estaba destacado en la fachada por la espadaña que la recorre verticalmente. Luego de cruzar el zaguán, se llegaba a un pasillo que conducía al salón que enfrenta la calle y que remataba en una galería que rodeaba el patio principal y a la que daban saloncitos, el comedor, un baño y el dormitorio principal.

La casa de los pisos superiores, a diferencia de la del primero, daba gran importancia a la calle Dieciocho, tanto por lo delicado del tratamiento de su fachada, como porque sus principales recintos daban a ella y la incorporaban a través de sus balcones. Su acceso era por el N° 192, ubicado en el extremo sur de la propiedad.

A ésta, se ingresaba pasando primero a un elegante zaguán, con piso de mármol, muros con sobre relieves y guirnalda, del que nacen dos pequeñas escalinatas, con barandas de forja de cuidado diseño que llevan al descanso, desde donde comienza la escalera principal. La primera parte de ésta, inserta en la vivienda de la planta baja, está revestida con panneaux de madera, y desemboca finalmente en una amplia e iluminada galería, con carácter de zona de estar, a la que daban el salón y el comedor, hoy unidos.

Desde esta zona nacen la continuación de la escala y una galería que antaño conducía a las áreas de servicio. Este tramo que llega al tercer piso es abierto y luminoso, con barandas con balaustres de madera y muros con sobre relieves pintados. En el último nivel se encontraba un amplio estar familiar, desde el que se accedía a los dormitorios. Esta zona se ilumina desde el patio de luz y tiene un pasillo espacioso que comunica con el balcón existente bajo la espadaña.

De la construcción original de principios del siglo pasado, sólo quedan los dos tercios que enfrentaban a calle Dieciocho, y con algunas modificaciones. En esta casona se realizó un importante trabajo de recuperación y restauración. De las viviendas de la época que daban a la calle San Ignacio, no existe nada; en su reemplazo se edificaron las cocinas y dependencias de servicio del centro de eventos.

La escalera que conduce al piso noble está revestida en madera.



La casa fue recuperada tras el terremoto de 1985. En sectores como esta galería se logró conservar la estructura original.









Detalle del encuentro entre el tercer piso y la cubierta, con sus cornisas, rosetones y gárgolas.

El falso cuarto piso resalta el remate superior de la construcción con un coronamiento neogótico.

Casona Avenida España

En 1912 Juan B. Moggia, compró la esquina de Avenida España con calle Domeyko, y es quien, presumiblemente, encargó al arquitecto José Zara el proyecto de esta casa, que se terminó de construir en 1916.





La historia de esta casa inicialmente se muestra como una incógnita. Los vecinos poco y nada saben y le atribuyen propietarios e historias difíciles de verificar. Es una construcción diferente a las pocas que aún se conservan en Avenida España y que destaca por su estilo y su torreón, que más bien pareciera tomado de un libro de cuentos.

El desarrollo de esta calle se remonta al año 1873, cuando se realizó el loteo de la Quinta Meiggs y ésta fue cedida a la ciudad al igual que la Avenida República. Pero su evolución para llegar a ser un barrio elegante y de grandes casonas, no se produjo hasta principios del siglo XX, cuando el Club Hípico vivió su momento de mayor gloria y éste era su mejor acceso.

Aún así, su desarrollo fue mucho más lento que el de Avenida República, en parte porque por ella circulaban los tranvías. Pese a su gran amplitud y anchas aceras, no logró transformarse en un polo de desarrollo tan atractivo y deseado como su vecina República, en la que en 1907, se realizó una urbanización absolutamente novedosa, con chalets rodeados por jardines, en una calle de dos vías separadas por elegantes luminarias.

La sucesión de propietarios que desarrollaron y habitaron esta casa, se puede reconstruir modestamente a través de sus escrituras. Originalmente existía un terreno cuyo frente iba desde la calle Domeyko hasta Avenida Balmaceda, el que fue adquirido en 1911 por Enrique Covarrubias y Alberto Silva Somavía. Estos lo subdividieron para desarrollar un pequeño negocio inmobiliario.

En 1912, Juan B. Moggia compró la esquina de Avenida España con calle Domeyko, y es quien presumiblemente encargó al arquitecto José Zara el proyecto de esta casa, que se terminó de construir en 1916.

Diez años más tarde, pasó a manos de Félix Corte Dalfo y Luisa Bórquez Patiño de Corte, quienes la vendieron en 1944 a Jorge Cruz Pizarro. En 1956 la compró Carlos Harlowe Infante y, luego, en la década del 80 quedó en manos de su hermana Luz Eloisa. Finalmente, la propiedad fue adquirida por su actual dueño Sergio Nandwani, quien la está transformando en un templo hindú.

En la fachada hacia Avenida España destaca el juego de volúmenes y el despliegue de elementos ornamentales.





Un corredor abierto al antejardín enmarca el acceso, cuyos muros, pilares, pilastras y dinteles han sido destacados con sobre y bajo relieves.

La escalera de acceso a la vivienda tiene un recorrido que permite ver variadas perspectivas y detalles.



Esta casona del arquitecto José Zara presenta en su fachada y en su interior un notorio eclecticismo. Su emplazamiento, aislado con antejardín hacia Avenida España y hacia la calle Domeyko, es especial entre las mansiones de este barrio.

La construcción se desarrolla en dos niveles muy altos, sobre un zócalo de un piso de altura normal, que presumiblemente fue la oficina del propietario. Los niveles superiores conformaban la vivienda. El acceso del piso inferior está en el plomo de la construcción. El de las plantas superiores, se adelanta hacia la calle por una escalera zigzagueante con descansos, hasta rematar en un corredor.

En este recorrido se pueden ver gran cantidad de frisos, cornisas, balaustradas, forjas, bajo y sobre relieves. Todas estas ornamentaciones, contra lo que se pueda suponer, tienen gran armonía y hacen que esta casa arquitectónicamente sea muy interesante.

Tras cruzar la puerta de la vivienda en el piso noble, se entra a un zaguán, a cuya izquierda se ubica un salón amplio que se abre al corredor de acceso y mira hacia Avenida España. Este remata en un gran hall, alto y muy luminoso, que está dividido virtualmente por dos columnas y da acceso al comedor, a otro espacio menor que es parte del torreón y a la zona de servicio. Una escalera imperial conduce al nivel superior, donde estuvieron probablemente los dormitorios, estar familiar y baños. Todos estos recintos son de gran altura, con elaboradas cornisas y miran a la calle.

En la parte alta del torreón, existe una sala o mirador con balcones que se abren a ambas avenidas, a la que se accede por una escalera bastante angosta. Desde ésta se puede salir a la azotea.

Los accesos vehiculares se ubican en la calle Domeyko. En el extremo poniente del terreno, separada de la calle, existe una construcción independiente de dos pisos para el personal de servicio.

El nivel zócalo tiene varios recintos orientados al norte y está unido interiormente con los pisos superiores por una escalera amplia e independiente.



La fachada, con altas ventanas que iluminan el interior, está coronada por una balaustrada.

La profusión de detalles, tanto en los estucos como en la cúpula metálica con su veleta, armonizan con gracia sin aparecer recargados.







Palacio Ariztía

Encargado por Rafael Ariztía Lyon en 1917 al arquitecto Alberto Cruz Montt, esta casona se construyó en la acera sur de la Alameda, a un costado del Palacio Errázuriz.

Esta casa construida en la acera sur de la Alameda de las Delicias, a un costado del Palacio Errázuriz, fue encargada por Rafael Ariztía Lyon, en 1917, al arquitecto Alberto Cruz Montt. Su privilegiada ubicación le permitió ser testigo de primera línea de los grandes acontecimientos que se desarrollaron a principios de siglo en esta importante avenida.

Rafael Ariztía Lyon, miembro de la aristocracia conservadora y terrateniente chilena, sobresalió entre sus pares por su espíritu emprendedor y modernista. Realizó importantes aportes en innovación para la agricultura, la minería y la educación. Además fue el impulsor de la construcción del Edificio Ariztía en la calle Nueva York 52, conocido como el primer rascacielos de Santiago, cuyo arquitecto también fue Cruz Montt.

Hijo de Rafael Ariztía Urmeneta y Anita Lyon Santa María, heredó una gran fortuna que logró acrecentar invirtiendo y diversificando sus negocios. Estudió en el Seminario de Valparaíso y luego trabajó como agricultor en su hacienda Las Palmas de Quillota, en la cual introdujo los últimos adelantos de la agricultura moderna desarrollados en Europa.

Era un hombre de firmes convicciones que, en apoyo a la campaña antialcohólica iniciada por el doctor Carlos Fernández Peña, arrancó la viña de más de cincuenta cuerdas que existía en su hacienda. Años más tarde, en 1939, se promulgó una ley de alcoholes que prohibió la plantación de nuevos viñedos, limitación que se extendió hasta 1974.

Don Rafael se dedicó también a la crianza de vacunos, con los que ganó múltiples distinciones en ferias internacionales. Pero no sólo la tierra llenó sus días, fue también un reconocido industrial minero. Desempeñó los cargos de director de la Compañía Carbonífera de Lirquén en 1923 y de presidente de la Sociedad Fábrica de Cemento Melón.

A pesar de sus éxitos comerciales, la trágica muerte de sus dos únicos hijos, siendo aún niños, marcó profundamente su vida y la de su mujer, María Teresa Brown Caces. Tan triste fue que, mientras ellos estaban en el funeral de uno, el otro fallecía en la casa. Los Ariztía Brown nunca se repusieron de tan doloroso momento.

Con el tiempo sus aportes a la sociedad se hicieron cada vez más significativos, quizás como una forma de sobrellevar este sufrimiento. Ejemplo de ello fue su compromiso con los problemas de la zona donde se emplazaba su hacienda lo que se tradujo en proyectos concretos de ayuda y desarrollo para los lugareños. Fundó, entre otras cosas, un instituto dedicado a la enseñanza de las humanidades y trabajó como administrador del Hospital de Quillota.

También participó activamente de la fundación de la Universidad Católica, Industrial y Politécnica de Valparaíso. En esta instancia actuó como representante de su mujer, heredera de Isabel Caces de Brown, quien había donado un millón y medio de pesos de la época para este fin.

El hall central iluminado por una claraboya, tiene una zona protegida por una línea de columnas.





Rafael Ariztía Lyon.

Fuente: Colección particular.



María Teresa Brown de Ariztía.

Fuente: Colección particular.



Palacio Ariztía en la década de 1930. Fuente: Colección Fotográfica Digital del Museo Histórico Nacional.

Actualmente este edificio alberga la Sede de Santiago de la Cámara de Diputados.





La escalera tiene su propio espacio iluminado por una sencilla claraboya y se abre al hall del segundo piso.

En el segundo piso se ubicaban los dormitorios del matrimonio, que daban a este salón privado.



En 1896 fue diputado del Partido Conservador por Limache y Quillota, siendo reelecto en períodos sucesivos. Entre 1918 y 1924 ocupó el cargo de senador por Llanquihue. Participó también de instancias sociales como el Club de Viña del Mar, el Club de Valparaíso y el Club de la Unión de Santiago. Fue asimismo socio de la Sociedad Nacional de Agricultura.

Don Rafael vivió en esta casa hasta su muerte, en 1929. Su viuda, al poco tiempo, donó la hacienda Las Palmas a la Universidad Católica de Valparaíso y fundó en su memoria el Liceo Rafael Ariztía de Quillota. Luego, vendió este palacio de la Alameda, que con el tiempo pasó a manos de Gustavo Ross Santa María, candidato presidencial en 1938 por el Partido Conservador. En 1943 fue adquirido por el Club Militar que lo mantuvo hasta 1993 cuando se cambiaron a la sede actual de Lo Curro. Desde 1995, es la sede en Santiago de la Cámara de Diputados de Chile.



Es uno de los últimos palacios que se construyeron en el país a principios del siglo XX. De clásico estilo francés, está edificado sobre un alto zócalo aterrazado y presenta una perfecta simetría en todo el frente. Dos cuerpos se adelantan por los costados y el volumen central hace las veces de atrio, al que se accede por una ancha escalera cubierta por una gran marquesina metálica de delicado diseño. La mansarda se eleva en forma independiente con su cubierta curva y tres lunetos.

Tras cruzar la sólida y elegante puerta de acceso, se genera un recorrido por diferentes espacios siguiendo el eje de simetría. El primero de ellos es un vestíbulo ovalado que funciona como hall de distribución. Luego, se pasa a un gran salón cuadrado con doce columnas en el perímetro, iluminado a través de una colorida claraboya y cuatro vitraux ovalados en los costados. A continuación, está el comedor que remata en una terraza cubierta con vistas al gran jardín posterior. A los lados de estos recintos se ubicaban el billar, escritorio, salones menores y los servicios, además de dos jardines de invierno con pilas de agua.

En el segundo piso se encuentran, mirando a la Alameda, los dormitorios de los dueños de casa y sus dependencias privadas. A este nivel se accede por una escalera que remata en un hall con cielos de vitraux.

El jardín, que ocupaba la parte sur del terreno, llegaba hasta la calle Alonso Ovalle y tenía en su parte central una gran pileta con juegos de agua, que propietarios posteriores transformaron en piscina. El acceso de servicio y del garaje estaba por Alonso Ovalle, donde también se hallaba la casa para el chofer y su familia.

La riqueza del estilo neoclásico francés de esta casa contrasta con la sencillez del vecino Palacio Errázuriz.





El cuerpo central se rehunde haciendo las veces de atrio y una gran marquesina metálica destaca el acceso.



El elaborado tratamiento de los detalles se destaca tanto en el trabajo de los metales, como en la ornamentación exterior.

Casa de Lucía Subercaseaux

Este edificio emplazado en la vereda sur-oriente de Avenida República, fue encargado por Lucía Subercaseaux Vicuña a los arquitectos Cruz Montt y Torres en 1918, tras la muerte de su marido Claudio Vicuña Guerrero.





"En la mañana del 4 de marzo de 1867 un carruaje penetró en el gran patio de la Chacra Subercaseaux, deteniéndose en medio de lujosas berlinas, calesas y otros vehículos ricamente atalados. Parecía que allí se daba cita toda la aristocracia pelucona que en 1829 se había posesionado del gobierno para no soltarlo en el transcurso completo del siglo. Se respiraba aire de fiesta..."

Del carruaje descendió Vicuña Mackenna "vestido de frac", la chistera en una mano, sonreía entre irónico y afectuoso a monseñor Casanova, amigo de siempre y futuro metropolitano de Santiago... Las santiaguinas de aquel año de gracia agitaban los leves abanicos bajo la gracia de sus rostros en que las sonrisas subrayaban las líneas de espléndida hermosura".

(Homenaje a Vicuña Mackenna, Tomo 2º, Capítulo XLIV).

El evento que reunía a tan florida concurrencia era la unión en matrimonio de Benjamín Vicuña Mackenna con su prima, Victoria Subercaseaux Vicuña. Entre las hermanas que acompañaban a la novia estaba Lucía Subercaseaux.

Estas mujeres fueron símbolo de la elegancia y de la moda de su época; y no sólo destacaron por su belleza, sino también por su fina inteligencia. Se formaron en un hogar que por más de medio siglo tuvo una innegable preeminencia en la alta sociedad chilena. Hijas de Ramón Subercaseaux Mercado y de Magdalena Vicuña Aguirre, vieron desde cerca cómo se tomaron importantes decisiones durante el siglo XIX. Los trece hermanos Subercaseaux Vicuña pasaban los días entre una lujosa residencia en Santiago y la chacra El Llano Subercaseaux, situada en las afueras de la capital.

Lucía Subercaseaux se casó con Claudio Vicuña Guerrero –primo hermano de Benjamín Vicuña Mackenna–, reconocido político y hombre de gran fortuna. Juntos habitaron por más de diez años el Palacio de la Alhambra de Santiago, propiedad que compraron al morir el acaudalado minero, Francisco Ignacio Ossa, dueño y descubridor de las minas de plata de Chañarcillo y quien construyó el edificio. Son recordadas las fiestas que don Claudio y doña Lucía ofrecieron en esta fastuosa residencia de la calle Compañía. Finalmente la vendieron, luego de que fuese saqueada junto a otros hogares de distinguidos balmacedistas, en el marco de la Revolución de 1891.

Claudio Vicuña Guerrero fue fiel al Presidente José Manuel Balmaceda y en su Gobierno fue senador y Ministro del Interior. Fue elegido Presidente de la República en 1891, pero no pudo asumir el cargo dada la crisis política existente en el país. Se exilió en Argentina y volvió tras la amnistía en 1896.

Este connotado político falleció en febrero de 1907. Tras su muerte, su viuda mandó a construir este edificio ubicado en la esquina de las calles República y Salvador Sanfuentes, para albergar su residencia y una vivienda para renta. Su vida ya no fue lo mismo y la actividad social cambió de tono. Con la herencia de su marido, doña Lucía se esmeró por construir el Hospital Claudio Vicuña de San Antonio.

El hall central de la vivienda del segundo piso está rodeado por un corredor que genera una doble altura.





Lucía Subercaseaux Vicuña.

Fuente: Colección Fotográfica Digital del Museo Histórico Nacional.



Vista de Avenida República, en la esquina, la casa de Lucía Subercaseaux viuda de Vicuña.

Fuente: Colección Fotográfica Digital del Museo Histórico Nacional.

Vista del hall central del primer piso hacia el acceso por la esquina. Como otras residencias de este barrio, la propiedad cuenta con una casa principal y otra para renta.



Como recuerda Eduardo Balmaceda en sus memorias “Un mundo que se fue...”, “había algo muy elevado en doña Lucía que trasuntaba su aspecto físico. Su conversación era siempre inteligente y serena, más bien tamizada en sus evocaciones con un velo de tristeza, de nostalgia, que le había dejado la ausencia de su esposo sin tacha. El recuerdo de don Claudio llenaba su vida; su presencia la acompañaba en todo instante y se la hacía sentir a cuantos estaban a su lado”.

A la muerte de Lucía Subercaseaux la casa se vendió y actualmente es la sede del Instituto Profesional Valle Central.



Este edificio, diseñado por los arquitectos Cruz Montt y Torres en 1918, está emplazado en la vereda sur- oriente de la Avenida República, con un destacado acceso en su vértice. Al igual que otras obras de Cruz Montt, la esquina es el punto de más realce en toda la fachada. A partir de ella, se lee la simetría típicamente neoclásica de las obras de este periodo.

La construcción es un compacto volumen de tres pisos, con la fachada de un estuco almohadillado hasta el nivel del alféizar, y cornisas corridas marcando los distintos niveles. Las ventanas con arco de medio punto en el segundo piso y de dintel horizontal en el tercero, rematan en una gran cornisa con sus correspondientes modillones y guirnaldas.

El destacado acceso por la esquina conduce a la casa del primer piso, mientras el ingreso a la vivienda que ocupaba el segundo y tercer nivel se ubica por Avenida República. Existen dos entradas menores por Salvador Sanfuentes que antaño llevaban a las dependencias de servicio.

La casa del primer piso se organiza en torno a un hall central con pilares laterales, reflejos de la estructura de los niveles superiores, que conforman una suerte de pasillo que conduce al segundo patio de dormitorios y servicios. Es notable la similitud que tiene esta distribución con lo que sería la típica construcción chilena.

La casa del segundo piso, dada su magnitud, sería la principal. Aún cuando el acceso por la Avenida República es menos destacado, el salón de doble altura es más imponente y de mejor calidad arquitectónica que el del primer nivel. Su gran vitraux de delicados colores orientado hacia el sur, ilumina todo el espacio, destacando la chimenea de oscura madera, el trabajo de los tallados de las barandas y los detalles de yeserías. En la esquina, se conforma una suerte de balcón-loggia con cuatro columnas exentas. En el tercer piso, por el exterior, se destacan unos elementos únicos en la tipología de estas casas: jardineras metálicas en cada ventana.

En la actualidad las dos viviendas están unidas por una escala ubicada en el hall del primer piso. El Instituto Profesional Valle Central, que la ocupa actualmente, está realizando un proceso de reparación del inmueble.

El juego de salientes y curvas, de molduras y almohadillados, de rejas y yeserías, enriquecen la fachada.



Palacio Piwonka

Tras forjar una considerable fortuna, Ricardo Piwonka Richter encargó en 1918 a los arquitectos Alberto Siegel Gerken y Manuel Cifuentes Gómez, el diseño de esta casona ubicada en Avenida Ejército.





La familia que construyó esta casa funda sus raíces en la primera colonización alemana que llegó a Chile. Heynrich Ernst Piwonka, maestro tintorero nacido en Berlín en 1817, con su esposa Amalie Richter y sus cuatro hijos, arribó a Valdivia en 1853. La travesía a bordo del “Henriette”, comenzó en Hamburgo con destino a un país lejano y desconocido. Instalados en su nueva patria, cinco años más tarde nació la menor de las mujeres.

Ricardo Piwonka Richter, el cuarto de sus hijos, luego de concluir sus estudios en Valdivia se trasladó a Osorno, donde trabajó como empleado de los “Almacenes Generales”, importante comercio de la ciudad. Al poco tiempo su empeño y dedicación le permitió comprar dicho negocio.

Con una muy buena situación económica, su condición de luterano y radical, unido a un fuerte carácter, fue el germen de conflictos en una localidad conservadora como Osorno. Cuentan que debido a sus numerosos “encuentros” con la curia católica, su esposa, la portorriqueña Sofía Jilabert Roselot, lo obligó a trasladarse a Santiago junto a sus hijos Alfredo y Alberto (gemelos), Hortensia y Victoria.

En la capital logró reinventarse y arrendó un molino en una zona industrial cercana a la Estación Central. Posteriormente, compró otro, en los faldeos del Cerro San Cristóbal. Este negocio le permitió forjar una considerable fortuna y construir, en 1918, el Palacio Piwonka.

Cuentan las historias familiares que don Ricardo gozaba iniciando eternas discusiones filosóficas y religiosas. En una oportunidad, conversando con el párroco de San Lázaro –Iglesia ubicada frente a su mansión– tuvieron una fuerte disputa y éste se retiró molesto. Curiosamente, en el siguiente terremoto, parte de la torre de madera del templo cayó sobre la casa, hecho que fue interpretado por sus vecinos como un castigo divino. La techumbre de la residencia se incendió, pero gracias a la buena construcción, el agua de los bomberos no pasó a los otros pisos, los que no sufrieron grandes daños.

Al morir Ricardo Piwonka Richter, dejó la casa a sus hijos gemelos y al poco tiempo, Alfredo le compró la mitad a su hermano Alberto quedando como único dueño.

Alfredo Piwonka Jilabert –tercera generación de la familia Piwonka en Chile– tuvo un activo papel en el medio político y social de Santiago. Estudió en el Liceo de Aplicación y se tituló de ingeniero agrónomo en la Universidad de Chile. Continuó los negocios de su padre con el Molino Cruz Roja en San Fernando y además, invirtió en tierras en el fundo Santa Adela en Teno. Se casó con Elvira Moreno Fredes y tuvo tres hijas. Empapado de la cultura y la tradición recibida de sus padres y abuelos fue amante de la música, tocaba el violín y disfrutaba de la ópera.

A su muerte en 1942, el palacio quedó en manos de su esposa y sus hijas. En la actualidad alberga la Casa Central de la Universidad Diego Portales.

Amplio salón principal, iluminado por una claraboya con vitraux de motivos florales.





Alfredo Piwonka Jilabert.

Fuente: Colección particular.



*Elvira Moreno Fredes con su nieto
Guillermo Chadwick Piwonka.*

Fuente: Colección particular.



*Hall de acceso. Al fondo se aprecia la puerta principal de la Iglesia
de San Lázaro construida en 1877.*



El Palacio Piwonka fue construido en 1918 en un terreno ubicado en la esquina de las calles Ejército Libertador y Gorbea, frente a la Parroquia de San Lázaro. Para la ejecución del proyecto contrató a los destacados arquitectos Alberto Siegel Gerken y Manuel Cifuentes Gómez.

La casa de dos pisos peraltados y una importante techumbre amansardada, tiene su fachada principal hacia la calle Ejército. Esta se abre en dos interesantes loggias en el primer y segundo nivel, formando tres módulos con dintel plano el primero y arco rebajado, el segundo.

Del más puro estilo francés, conserva los óculos de la techumbre y remata la esquina con una cúpula. La transparencia de los vanos verticales aliviana el peso de su volumen, el que a su vez está enriquecido por la profusión de cornisas, balaustradas, medallones, guirnalda, tímpanos curvos, coronaciones y delicadas rejas metálicas.

Desde el acceso, se llega a un gran salón con una enorme claraboya de floridos vitraux, de la que colgaba una lámpara de bronce cincelado, con doce tulipas de cristal tallado rematada en un globo central. El piso lo cubría una alfombra de gran magnitud, sobre la que destacaban cuatro amoblados D'Aubusson traídos de Europa.

En torno a éste, los espacios se sucedían unidos por corredores menores decorados con estatuas de mármol. El comedor, con capacidad para 24 personas sentadas, tenía las paredes revestidas con género color burdeo oscuro y flores doradas. En el cielo tenía escenas pintadas, costumbre muy difundida en esa época. Luego había un patio tropical, con una pileta con coloridos peces, y en el centro, una gran escultura de bronce de las Tres Gracias, obra de Simón González. En la sala de té, existía una puerta disimulada que conducía a una pieza de juegos, donde los caballeros disfrutaban de interminables partidas de Rocambor, juego de naipes de moda en aquellos años.

Sus tres hijas se casaron en la casa y dadas sus grandes dimensiones, siguieron viviendo ahí con gran independencia. La viuda de Alfredo Piwonka, Elvira Moreno, tras su segundo matrimonio, hizo las primeras transformaciones al inmueble. El segundo piso lo remodeló como departamento de renta y trasladó la finísima escalera del hall principal a una nueva entrada que se construyó por calle Gorbea.

La Universidad Diego Portales se ha preocupado de la conservación de esta casa y asimismo ha tenido un criterio similar con otras propiedades de carácter patrimonial del sector, generando una revalorización urbana de este barrio.





Desde la loggia del segundo piso se podía observar el paso de las tropas hacia el Campo de Marte.

Tras la muerte de Alfredo Piwonka, se hicieron los primeros cambios al inmueble y el segundo piso se remodeló para renta.



Casa Herquíñigo Gómez

En 1919 Alejandro Herquíñigo Gómez encargó el diseño de su casa al arquitecto Ricardo Larraín Bravo, en un terreno en la esquina nor-oriental de Avenida República con Grajales.





El fundador de la familia Herquínigo en Chile fue José Ignacio Herquínigo Barrera, natural de Vizcaya, España, quien llegó a fines del siglo XVIII. Durante la Colonia fue Comisario General y Administrador del Estanco del Tabaco. Uno de sus descendientes, Francisco León Herquínigo Aguirre, prestó importante ayuda al ejército chileno como guía en la expedición que culminó con la Batalla de Chorrillos en 1879, durante la Guerra del Pacífico.

Continuando con la tradición familiar, su hijo Aníbal Herquínigo Herrera destacó en la política y en los negocios. Forjó una fortuna en la minería; se casó en La Serena con Aurelia Gómez Herreros y formó una familia en dicha ciudad. Convertido ya en un hombre próspero, se trasladó a Santiago, donde participó activamente del Partido Liberal Democrático, del cual fue director y diputado en varias oportunidades, después de la Revolución de 1891.

Su hijo Alejandro Herquínigo Gómez, nació en La Serena en 1879, estudió en el Colegio San Ignacio y, gracias a la fortuna heredada de su familia, pudo viajar y recorrer diferentes países. En Chile invirtió parte de su riqueza en tierras, sin dejar de disfrutar de una intensa vida social entre el Teatro Municipal y el Club Hípico. Se casó con Marina Penna y luego ingresó a la carrera diplomática, integrando las delegaciones en Estados Unidos, Japón y Francia.

Al volver a Chile, militó al igual que su padre en el Partido Liberal Democrático y fue diputado por Constitución, Cauquenes y Chanco en sucesivas oportunidades. Socio de diferentes instituciones, como el Club de la Unión, el Cuerpo de Bomberos y la Junta de Beneficencia, disfrutó intensamente de su posición y sus bienes. También desarrolló una importante veta como filántropo.

Heredero de la casa de Ejército N°273, actualmente llamada Casona Zenteno, decidió en 1919 establecerse en el mismo barrio. Compró la esquina nor-oriental de República con Grajales y encargó el diseño de su residencia al arquitecto chileno Ricardo Larraín Bravo.



Esta residencia cuenta con elementos decorativos particulares que le dan un carácter único y que se manifiestan en el hall del primer piso.





En el vestíbulo, la escalera de acceso se bifurca creando una suerte de balcón.

*Escalera al segundo piso que enfrenta un delicado vitraux.
El esquema imperial es un patrón que se repite en esta mansión.*



Detalles de las rejas, claraboyas y columnas en el hall del segundo piso.





Como otras grandes casas de principios del siglo XX en este sector, la Casona Herquíñigo está construida sobre la vereda, con acceso por el vértice. Está diseñada como un sólo volumen de dos plantas altas con techo amansardado sobre un piso zócalo.

En la esquina, se destaca un torreón con un cuarto nivel que tiene una cúpula por cubierta. Esta disposición, característica de las residencias neoclásicas del barrio República, alcanza en este caso una excelente solución arquitectónica. El acceso por ambas calles, para peatones y vehículos, está remarcado por trabajadas marquesinas y rejas con motivos que se repiten en todos los balcones del segundo piso.

Se ingresa subiendo por una angosta escalera imperial de mármol rojo, para llegar al nivel principal, sobre el piso zócalo. En esta planta se ubica el hall central de doble altura, caracterizado por una atípica abertura de seis lados que deja ver el enorme vitraux del cielo. A este espacio de distribución dan diferentes salones y salas, al igual que el pasillo del segundo piso.

Una nueva escalera imperial, independiente de la anterior, enfrenta otro fino vitraux antes de bifurcarse para llevar al segundo piso, lugar de dormitorios y acceso a las dependencias de la torre.

Al salir al jardín posterior, donde se encuentra aún un abrevadero de animales, se observa un volumen adosado de planta circular que hace las veces de terraza de las habitaciones principales. Existe una tercera escalera imperial, que baja hacia el patio. Este tipo de estructura es un patrón en toda la casa, denotando la dignidad que su propietario le quería dar a cada espacio.

Posteriormente la casa tuvo varios dueños y diferentes destinos. Por un largo período fue ocupada por la Droguería Michelson y en la actualidad es utilizada por el Instituto Profesional de Chile-CEPECH. Todos sus propietarios la han mantenido con respeto a las características arquitectónicas del edificio, el cual presenta un adecuado estado de conservación.

El acceso de doble entrada por la esquina es un elemento distintivo de esta casa.







El torreón se utiliza como elemento arquitectónico para destacar la esquina.

En el patio posterior se repiten las elegantes escaleras imperiales.





Palacio Eguiguren

Luis Eguiguren Valero encargó, en 1918, al arquitecto Alberto Cruz Montt el proyecto de esta residencia en la esquina sur-oriental de Dieciocho con Alonso de Ovalle, a un costado de la casa de Abdón Cifuentes.

Hasta 1950, esta gran casa ubicada en la esquina sur-oriente de Dieciocho con Alonso de Ovalle fue habitada por sus únicos dueños, la familia formada por Luis Eguiguren Valero y Elisa Yrarrázaval Correa, quienes en 1918 habían encargado su construcción al arquitecto Alberto Cruz Montt, y la alhajaron de acuerdo a los estándares de elegancia de la época.

Por esos años, la calle Dieciocho reunía a importantes personajes de la vida pública santiaguina, como Ladislao Errázuriz, Ramón Barros Luco y Abdón Cifuentes quien vivía en la casa contigua. En el barrio residían también los Fernández Solar, familia de Santa Teresita de Los Andes.

Como ellos, Luis Eguiguren fue un destacado personaje del mundo político. Este abogado, titulado en 1894, fue miembro del Partido Conservador y desempeñó diferentes cargos públicos, además de participar activamente de la vida social santiaguina, a través del Club de la Unión y del Club Hípico. Era reconocido por su carácter amable, de bajo perfil y muy religioso.

El exitoso ejercicio de su profesión le permitió generar una importante fortuna, transformándose en un destacado benefactor de su partido y de obras de caridad, de las que nunca quiso hacer públicos sus generosos aportes.

Fue diputado por Combarbalá, Ovalle e Illapel entre 1909 y 1912, e integró las comisiones de Beneficio y Culto y la de Instrucción Pública. Luego, fue embajador ad honorem ante el Vaticano entre 1937 y 1941.

Su mujer, Elisa Yrarrázaval Correa, era hija de Manuel José Yrarrázaval Larraín, destacado político, y medio hermana de Fernando Yrarrázaval Mackenna. Tuvieron cinco hijos, Luis, Elisa, Isabel, Alberto y Jaime, quien murió siendo aún un niño.

Siguiendo las costumbres de la época, al poco tiempo de construir su residencia mandó a edificar viviendas de renta contiguas a la suya por la calle Alonso de Ovalle, las que inicialmente fueron habitadas por sus hijos Luis e Isabel.

Su hija mayor, Elisa vivió en la casa de sus padres hasta la venta de ésta. Se casó con Fernando Echeverría y tuvieron nueve hijos. A las siete mujeres de esta descendencia se les conocía en su época como las “canasta limpia” por su belleza.

El elaborado trabajo de la baranda resalta la suntuosa escalera de mármol que conduce al segundo piso, abriéndose en un espectáculo de vacíos y balcones interiores.







Escalera de acceso desde el primer nivel.

El hall central se realza con dobles columnas y transparencias arquitectónicas que relacionan los diferentes recintos.

Notable por su equilibrada arquitectura clásica, el Palacio Eguiguren se desarrolla en tres niveles. El ya conocido patrón de acceso por la esquina –que también se utilizó en la casa colonial chilena–, Cruz Montt lo transformó en el foco de atención del volumen total.

El segundo nivel constituía el piso noble, donde se desarrollaba la vida íntima y social de la familia, que se refleja al exterior en el juego de arcos de medio punto de las ventanas y el balcón abalaustrado de la esquina que cobija y enmarca el acceso.

El segundo y tercer piso se despliegan en torno a dos patios techados, con enormes lucarnas –antiguamente avitraladas– que se comunican entre sí por una enorme escalera imperial y un pasillo-puente entre ambos sectores. El juego de columnas corintias exentas y empotradas, le dan a todo el conjunto la magnificencia y calidad que esta palaciega casa requería. Las puertas estaban compuestas de juegos de espejos, elementos que ya no existen; no así, las cornisas y decoración de los muros de estos patios centrales que aún se conservan.

Esta casa incorporó además, notables innovaciones como una sala de teatro para 60 personas, acondicionada con tres baños para atender a sus visitantes. Se inscribió también, en el exclusivo grupo de las residencias particulares que contaban con ascensor marca OTIS.

Las nobles maderas utilizadas, como roble americano, coigüe y raulí, también contribuyeron a enriquecer la obra. A esto se suman los adelantos en materia de construcción, que luego del terremoto de 1906 habían mejorado considerablemente. Fachadas y medianeros fueron trabajados en albañilería de ladrillo y no de adobe. Entre un volumen y otro se levantó un muro de hormigón armado de Portland, reforzado con rieles de ferrocarril.

Cuentan sus nietos que en la casa existía un salón llamado “de los Papas”, porque sobre la alta boiserie de fina madera se ubicaban los retratos de diferentes Pontífices romanos. Otro espacio que recuerdan especialmente era la gran terraza emplazada en el cuarto piso que permitía una inigualable vista de Santiago.

En 1950, al morir don Luis, la casa se vendió a la Pontificia Universidad Católica, que instaló ahí su Facultad de Pedagogía. Luego fue traspasada al DUOC, que más tarde sumó las viviendas contiguas para albergar la sede Alonso de Ovalle. Las nuevas instalaciones fueron inauguradas el 2005, tras haber sido reacondicionadas por el arquitecto Juan Sabbagh.



La riqueza de la arquitectura neoclásica se manifiesta en todos los espacios.







*El piso noble se relaciona con los otros espacios
a través de un continuo de luz.*

*Detalle del diseño francés de la reja de la escalera que conduce
al hall del segundo piso.*







Módulo arquitectónico utilizado como elemento de orden en la fachada.

La mampara curva de madera del acceso enfrenta la rica baranda metálica de la escalera.





Casa Heiremans

Esta mansión fue construida en 1925, por encargo de Amadeo Heiremans, en Avenida República de acuerdo al proyecto de los arquitectos Fernando Valdivieso y Fernando de la Cruz.

La historia de Amadeo Heiremans, constructor de la casa de Avenida República N°475, es la de un inmigrante belga sin fortuna, que supo aprovechar las oportunidades que brindaba Chile a fines del siglo XIX. Disfrutó plenamente de su éxito, con un estilo de vida del cual esta residencia es una muestra palpable.

Nació en Bélgica y se recibió de marineró en la Escuela de Pilotines de Amberes. Su espíritu emprendedor lo llevó a embarcarse rumbo a Brasil a los 18 años. En Río de Janeiro, un conflicto con el contraatastre del barco en que servía, lo hizo quedarse en tierra y a los dos meses regresó a su país natal.

A comienzos de la década de 1870, embarcó nuevamente, esta vez con destino a Argentina. Ocho años más tarde llegó a Chile, donde al poco tiempo comenzó a trabajar como empleado en la Comercial Contour du Pacific. Aquí se casó con Ester Brockmman, de origen polaco.

Eran los años en que gobernaba el Presidente Balmaceda, quién dio un gran énfasis a las obras públicas, entre ellas las ferroviarias. Amadeo Heiremans supo ver en este escenario una oportunidad. En menos de diez años compró la empresa donde trabajaba, la que convirtió en una importante proveedora de acero y material para el desarrollo de ferrocarriles.

Participó también en el desarrollo de otras industrias, como por ejemplo las molineras en el sur, importando las maquinarias necesarias para fomentar el crecimiento agroindustrial de la zona de Angol, Traiguén, Collipulli y Renaico.

Con el tiempo adquirió propiedades agrícolas, pero su eje fue siempre la producción metalmeccánica. Logró amasar una considerable fortuna y ser un agente de desarrollo para el país. Había pasado de ser un joven aventurero a un distinguido miembro de la sociedad santiaguina.

Tuvo tres hijos, Oscar, Marcelo y Violeta, quienes compartieron con su padre el espíritu emprendedor y su dedicación a la generación de nuevas empresas, que resultaron pioneras para el desarrollo industrial de Chile.

Al terminar la Primera Guerra Mundial en 1914, con una fortuna consolidada, regresó a Bélgica. Compró una gran mansión en Bruselas y se trasladó con toda su familia. Sin embargo, no pudieron acostumbrarse y finalmente volvieron a Chile. Fue entonces cuando inició la construcción de su casa en la Avenida República.

A su regreso, el Gobierno de Bélgica lo distinguió con el cargo de Cónsul General de Bélgica en Chile, estableciendo la sede diplomática en su hogar.

El hall de acceso se ilumina a través de un ventanal contiguo a la escalera.





Ester Brockman.
Fuente: Colección particular.



Amadeo Heiremans.
Fuente: Colección particular.



Vista del salón principal con el mobiliario y la decoración original. Fuente: Colección particular.

El cuidado trabajo de las maderas se destaca en las vigas, los pisos y la baranda de la escalera.



En la casa vivía don Amadeo, su mujer y sus hijos menores. Excelentes anfitriones, disfrutaban atendiendo a sus invitados y agasajándolos con una seguidilla de platos, como era la usanza de la época. A las actividades sociales en su residencia, siempre se debía asistir de etiqueta.

Contaban con 15 personas de servicio para atender a las numerosas visitas y las necesidades de don Amadeo y su oficina. Las cocinas y sus dependencias eran de grandes dimensiones y como estaban en el piso zócalo, se usaba un montaplatos para subir la comida.

Esta vida de esfuerzo y trabajo, unida a una gran inteligencia y visión, dejó una profunda huella en sus descendientes, algunos de los cuales continúan desarrollando actividades empresariales con gran éxito.



La casa fue construida en 1925 de acuerdo al proyecto de los arquitectos Fernando Valdivieso y Fernando de la Cruz. Tenía una superficie de 1.500 metros cuadrados distribuidos en cuatro niveles: el zócalo destinado a los servicios; el primer piso, a los recibos; el segundo, a los dormitorios y el tercero, a la mansarda, que era un gran espacio abierto.

Esta casa estaba unida a la de su hijo Oscar –ubicada en la vecina calle Toesca–, a través de una cancha de tenis. El alojamiento para los empleados era una construcción independiente, amplia y de armoniosas formas, ubicada en el extremo poniente del terreno.

La fachada se caracteriza por la espadaña y el juego de ladrillos en las esquinas imitando cantería ensamblada. Para la construcción se trajeron desde Europa los materiales y adornos que dieron a esta casa un estilo inconfundible: parquet, boiserie, géneros de muros, cortinas, tapices, vitraux para todas las ventanas, cerrajería y muebles. La residencia contaba, además, con calefacción central a carbón. Tenía también un jardín de invierno que posteriormente fue transformado.

Tras su muerte en 1941, la casa se vendió a la Embajada de España y conservó su condición diplomática hasta 1968, año en que fue adquirida por la Universidad de Chile como sede de su Escuela de Economía. Luego, la compró el Estado y pasó a manos de la Dirección de Inteligencia Nacional. El año 2004 fue reciclada bajo la supervisión del arquitecto Miguel Lawner, para albergar el Museo de la Solidaridad Salvador Allende.

La casa se caracteriza por un cuidado tratamiento de los detalles exteriores, como se aprecia en las ménsulas, dinteles y vitraux.





La espadaña es un elemento arquitectónico que identifica de esta casa.

Elegante acceso escalonado conformado por tres arcos.







Casa Arturo Alessandri Rodríguez

Esta casa proyectada en 1926 por el arquitecto Josué Smith Solar, en la esquina de la Avenida República con calle Domeyko, fue encargada por el destacado abogado Arturo Alessandri Rodríguez.

La mansión ubicada en Avenida República N° 701 perteneció al abogado Arturo Alessandri Rodríguez, cuya familia tuvo un destacado protagonismo en la historia de Chile en el siglo XX. Su padre, Arturo Alessandri Palma, fue dos veces Presidente de la República y su hermano, Jorge Alessandri Rodríguez, ocupó el mismo cargo entre 1958 y 1964.

Pese a su entorno familiar de gran dedicación a la política, Arturo Alessandri Rodríguez se mantuvo alejado de ella y ejerció exitosamente la abogacía, destacándose como profesor universitario y entusiasta melómano, admirador de la ópera. Aún así, su vida estuvo marcada por los vaivenes del siglo XX y el rol que en éste tuvieron los miembros de su familia.

Estudió en el Instituto Nacional y luego en la Facultad de Derecho de la Universidad de Chile, siguiendo una tradición familiar que continuó con sus descendientes. En 1919, sólo dos años después de recibir su título, fue nombrado profesor titular de Derecho Civil. Un año más tarde lo nombraron decano, cargo que desempeñó en diferentes periodos y desde el cual realizó importantes aportes a la modernización del estudio del Derecho, además de materializar la construcción del edificio en calle Pío Nono, que actualmente alberga la Facultad.

Mientras su padre ocupaba la Presidencia de la República, don Arturo y su familia vivían en la Moneda, como era costumbre. Fue ahí donde en diciembre de 1922 se casó con Raquel Besa Montt y donde nació su único hijo, Arturo Alessandri Besa —quien también fue candidato a la presidencia en 1993—.

En 1924, el Presidente Alessandri Palma presionado por un grupo de militares dimitió en medio de graves conflictos políticos y sociales teniendo que abandonar La Moneda. Arturo Alessandri Rodríguez, que había iniciado la construcción de su casa en el barrio República, debió trasladarse a vivir en los altos de la residencia de su suegro, Alvaro Besa, en la Avenida Brasil.

A fines del año 1927, el Presidente Carlos Ibáñez del Campo intervino la Universidad de Chile y Arturo Alessandri Rodríguez renunció a su cargo de Decano de la Escuela de Derecho. Los términos de su renuncia le valieron la deportación por lo que se trasladó con su mujer y su hijo a Europa, donde permanecieron hasta 1928. A su regreso trajeron muebles y cuadros para el alhajamiento de la casa y una extensa colección de discos de ópera.

Este destacado abogado hizo su fortuna gracias a su brillante desempeño profesional. El año 1933 volvió a ser decano e impartió clases hasta 1943. Escribió numerosas obras relacionadas con el estudio y enseñanza del derecho, tuvo nuevos cargos académicos y participó activamente en el Colegio de Abogados.

Por su afición a la música, artistas de la categoría del tenor Beniamino Gigli y otros famosos cantantes, pasaron notables veladas en esta casa. Eran conocidas las sesiones operáticas de los sábados a las que

El tratamiento de balcones en los diferentes pisos muestra la predominante tendencia al estilo neoclásico francés de las construcciones de la época.





Arturo Alessandri Besa jugando en la amplia terraza de la casa, que se ubicaba en el cuarto piso. Fuente: Colección particular.



Arturo Alessandri Palma junto a su hijo Arturo Alessandri Rodríguez y su nieto Arturo Alessandri Besa. Fuente: Colección particular.



Fachada en los años 30. Fuente: Colección particular.



El arquitecto Josué Smith Solar desarrolló en esta residencia una expresión arquitectónica diferente a sus trabajos anteriores.

asistían amigos como Enrique Urrutia Manzano, entonces Presidente de la Corte Suprema. La afición a la ópera acompañó a don Arturo hasta su muerte en febrero de 1970, en Nueva York a los 74 años, cuando asistía a una función en el Metropolitan.



La casa, proyectada por el arquitecto Josué Smith Solar, en la esquina de la Avenida República con calle Domeyko, está en lo que era el lugar de moda y de mayor prestigio en el inicio de la segunda década del siglo XX.

El emplazamiento de la casa en el terreno era casi un desafío al barrio. Al ubicarse en diagonal a la esquina, rompía la forma tradicional de emplazamiento de fachadas paralelas a la calle. Este uso de la diagonal permitió construir un frente más grande, amplio e importante.

El acceso hace resaltar aún más la monumentalidad del conjunto. Se proyectó con una ancha escalinata que ocupa todo el frente de la casa y que sube un piso completo a una amplia terraza rodeada de barandas abalaustradas.

La construcción es relativamente angosta, rescatando así espacio para un jardín en la parte posterior. De dos pisos muy altos sobre el zócalo, que albergaba las dependencias de servicios, se abre al exterior como abrazando la esquina. En el centro de la fachada, dos grandes columnas que nacen de la terraza llegan hasta la gran cornisa y balaustrada del techo, en tanto los laterales, se cierran levemente conformando una especie de "U" muy abierta.

En el primer piso o planta noble estaba el salón, ocupando el centro exacto de la fachada, con las columnas delante de él. Hacia el poniente se abría una de las bibliotecas y el comedor. Por el oriente estaba el escritorio revestido de boiserie al lado de otra biblioteca. Otro recinto tenía una gran cantidad de muebles para guardar la colección de discos de ópera, con las voces más destacadas de entonces.

En el segundo nivel estaban los seis dormitorios y sus respectivos baños, los que fueron modernizados en 1941. El dormitorio principal estaba al centro, sobre el living.

Una gran terraza se emplazaba sobre el techo. Tenía una pérgola con un jardín de macetas donde Arturo Alessandri Besa, hijo único, acostumbraba jugar. Desde este privilegiado lugar, solían ver las carreras del Club Hípico o, al menos, la llegada de los caballos.

En 1970, al fallecer Arturo Alessandri Rodríguez, su hijo vendió la casa a la Universidad de Chile, la que fue destinada a la Facultad de Ingeniería, cuando era decano Enrique D'Etigny. Actualmente alberga el Departamento de Ingeniería Industrial de esta casa de estudios.

La imponente fachada de esta casa enfrenta la esquina de Avenida República y Domeyko.





*Una amplia terraza en el frente, rodeada de barandas
abalaustradas, recibe al visitante.*



El acceso, a través de una ancha escalinata en toda la esquina, muestra teatralmente las dimensiones de la casa.

Cronología Patrimonial

1842 Quinta Normal
1842 Universidad de Chile
1843 Campo de Marte



1840

1857 Teatro Municipal
1857 Iluminación a gas

1850

1862 Palacio La Alhambra
1864 Quinta Meiggs
1864 Formación Club de la Unión
1866 Rifa Quinta Meiggs
1867 Formación Club Hípico



1860



1872 Palacio Pereira
1872 Palacio Errázuriz
1872 Mercado Central
1872 Loteo Quinta Meiggs
1873 Inauguración Parque Cousiño
1875 Cerro Santa Lucía
1876 Congreso Nacional
1876 Reconstrucción Teatro Municipal
1878 Inauguración Palacio Cousiño
1878 Museo Histórico Militar

1870



1882 Correo Central
1886 Casona Zenteno
1886 Loteo Quinta Echaurren
1887 Palacio Elguín
1888 Canalización Río Mapocho

1880



1892 Portal Edwards
1896 Casa Anwandter
1896 Estación Central
1899 Palacio Edwards



1890

1905 Edificio Ochagavía
1905 Casa Abdón Cifuentes
1906 Parque Forestal
1906 Palacio Yrarrázaval
1906 Casa Valdés Vergara
1907 Palacio Tribunales
1908 Palacio Iñiguez
1910 Palacio de Bellas Artes
1910 Estación Mapocho
1910 Biblioteca Nacional
1910 Palacio Astoreca



1900

1912 Casa Dieciocho
1912 Iglesia de los Sacramentinos
1916 Casona Avenida España
1917 Palacio Ariztía
1918 Casa de Lucía Subercaseaux
1918 Palacio Piwonka
1918 Palacio Eguiguren
1919 Casa Herquíñigo Gómez



1910



1925 Casa Heiremans
1926 Casa Arturo Alessandri R.



1920



Bibliografía

- ALLIENDE, María Piedad:** Historia del Ferrocarril en Chile, Pehuen Editores, Santiago, 1993.
- ALVARADO, Rodrigo:** Chilean Wine: The Heritage, Ediciones Origo, Santiago, 2004.
- AMUNATEGUI Solar, Domingo:** Mayorazgos y Títulos de Castilla, Tomo I, Imprenta Barcelona, Santiago, 1901.
- ANGULO Iniguez, Diego:** Historia del Arte y la Arquitectura Hispano- Americana, Editorial Salvat, Barcelona, 1955.
- ANUARIO Estadístico de la República de Chile,** correspondiente a los años de 1870 y 1871, Imprenta Nacional, Santiago, 1871.
- BALMACEDA Valdés, Eduardo:** Del presente y del pasado, Editorial Ercilla, Santiago, 1941.
- BALMACEDA Valdés, Eduardo:** Un mundo que se fue..., Editorial Andrés Bello, Santiago, 1969.
- BENAVIDES, Alfredo:** La Arquitectura en el Virreinato del Perú y Capitanía General de Chile, Editorial Andres Bello, Santiago, 1961.
- BOZA, Cristián:** Inventario de la Arquitectura Anónima, Santiago, 1982.
- BOZA, Cristián:** El Palacio Astoreca, AQ06, en Vivienda y Decoración, El Mercurio, Santiago 1996.
- BOZA, Cristián, Leopoldo CASTEDO y Hernán DUVAL:** Santiago: Estilos y Ornamentos, Editorial Montt y Palumbo, Santiago, 1983.
- CALDERON, Alfonso:** 1900, Editorial Universitaria, Santiago, 1979.
- CALDERON, Alfonso:** Cuando Chile cumplió 100 años, Publicación Nosotros los Chilenos, N° 43, Editora Nacional Quimantú, Santiago, 1973.
- CASTEDO, Leopoldo:** Historia del Arte Iberoamericano, Editorial Alianza, Madrid, 1988.
- CASTEDO, Leopoldo:** Resumen de la Historia de Chile, 1891-1925, Tomo IV, Editorial Zig-Zag, Santiago, 1982.
- COMISION Central del Censo:** Memoria presentada al Supremo Gobierno, Santiago, 1907.
- COUSIÑO, Huellas de la Familia,** Impresión Ograma, Santiago, 1999.
- COVARRUBIAS, Alfonso:** Santiago en 1910, Editorial Nacimiento, 1928.
- CHILD, Theodore:** Chilli et chiliens, Librairie Illustrée, París, 1888.
- DE LA CUADRA Gormáz, Guillermo:** Familias chilenas, Editorial Zamorano y Caperán, Santiago, 1982.
- DE RAMON, Armando:** Santiago de Chile 1541-1991: Historia de una sociedad urbana, Editorial MAPFRE, Madrid, 1992.
- DE RAMON, Armando:** Santiago de Chile 1850-1900, Editorial MAPFRE, Madrid, 1992.
- DE RAMON, Armando; GROSS, Patricio:** Santiago de Chile: características histórico ambientales, 1891-1924. Monografías de nueva historia, Londres, 1985.
- DE RAMON, Armando; GROSS, Patricio; VIAL, Enrique:** Imagen Ambiental de Santiago, Ediciones Universidad Católica, Santiago, 1984.
- DUOC-UC:** Historia y remodelación del edificio Dieciocho, Santiago, 1984.
- ECHAIZ, Rene León:** Historia de Santiago, Tomo I y II, Imprenta Ricardo Neupert, Santiago, 1975.
- ENCINA, Francisco, CASTEDO Leopoldo:** Resumen de la Historia de Chile, Tomo II, Editorial Zig-Zag, Santiago, 1982.
- FIGUEROA, Pedro Pablo:** Diccionario Biográfico de Extranjeros en Chile, Imprenta Moderna, Santiago, 1900.
- FIGUEROA, Virgilio:** Diccionario Histórico y Biográfico de Chile, Tomo I, Imprenta La Ilustración, Santiago, 1925.
- FIGUEROA, Virgilio:** Diccionario Histórico y Biográfico de Chile, Tomo II, Imprenta Balcels, Santiago, 1928.
- FIGUEROA, Virgilio:** Diccionario Histórico y Biográfico de Chile, Tomo III, Imprenta Balcels, Santiago, 1929.
- FIGUEROA, Virgilio:** Diccionario Histórico y Biográfico de Chile, Tomo IV y V, Imprenta Balcels, Santiago, 1931.
- GREZ, Vicente:** La Vida Santiaguina, Imprenta Gutemberg, Santiago, 1879.
- GODOY Urzúa, Hernán:** La cultura chilena, Editorial Universitaria, Santiago, 1982.
- GONZALEZ, Pedro Luis:** Chile: Breves noticias de sus industrias, Imprenta Universo, Santiago, 1920.
- GONZALEZ Errázuriz, Francisco Javier,** Aquellos años franceses 1870-1900: Chile en la huella de París, Editorial Taurus, Santiago, 2003.
- GUZMAN, Nicomedes:** Autorretrato de Chile, Editorial Zig-Zag, Santiago, 1957.
- ILUSTRE Municipalidad de Santiago:** Instructivo especial de intervención Zona Típica "Calle Dieciocho", Dirección de Obras Municipales, Santiago, 2004.

ILUSTRE Municipalidad de Santiago: Santiago Sur Poniente, Barrio Universitario y Desarrollo Urbano y Patrimonio, Dirección de Obras Municipales, Santiago, 2004.

IMAGEN Femenina en las Artes Visuales en Chile, Editorial Lord Cochrane, Santiago, 1989.

KREBS, Ricardo; MUÑOZ, M. Angélica; VALDIVIESO, Patricio: Historia de la Pontificia Universidad Católica de Chile 1888-1998, Ediciones Universidad Católica de Chile, Santiago, 1999.

LABORDE, Miguel: Santiago: Lugares con Historia, Editorial Contrapunto, Santiago, 1990.

LAVIN, Carlos: Antología: Chile visto por los extranjeros, Editorial Zig-Zag, Santiago 1949.

MARTINEZ Lemoine, René: De Toesca a la arquitectura moderna 1780-1950, Editorial Centro de Arquitectura Universidad de Chile, Santiago, 1996.

MERINO, Roberto, Santiago de Memoria, Editorial Planeta, Santiago, 1997.

MORRISON, Allen: The tramways of Chile, 1858-1978, Bonde Press, New York, 1992.

ORREGO Luco, Luis: El idilio nuevo, Santiago, 1913.

ORTEGA, Oscar: Guía de la arquitectura de Santiago, Santiago, 1976.

PEREIRA Salas, Eugenio: Arquitectura chilena en el siglo XIX, Anales Universidad de Chile, Santiago.

PEREZ Oyarzún, Fernando; ROSAS, José; VALENZUELA, Luis: Las Aguas del Centenario, ARQ N°. 60, Arquitectura de infraestructura, Santiago, 2005.

PEREZ DE ARCE, Mario: Josué Smith Solar: un arquitecto chileno del 900, Ediciones ARQ, Pontificia Universidad Católica de Chile, Santiago, 1993.

PEREZ Rosales, Vicente: Recuerdos del Pasado, Imprenta Gutenberg, Santiago, 1886.

PEÑA Otaegui, Carlos: Santiago de siglo en siglo, Editorial Zig-Zag, Santiago, 1944.

PISSIS, A.: Atlas de la Geografía Física de Chile, Instituto Geográfico de París, 1875.

PRIMER Centenario de la Independencia: Programa Oficial de las Fiestas Patrias en Santiago, 1910.

RETAMAL Faveró, Julio; CELIZ, Carlos; MUÑOZ, Juan Guillermo: Familias fundadoras de Chile, Editorial Zig-Zag, Santiago, 1992.

RODRIGUEZ Villegas, Hernán: Santiago en 1900, Santiago, 1986.

STEWART, Watt: Henry Meiggs: un pizarro yanqui, Ediciones Universidad de Chile, Santiago, 1954.

SUBERCASEAUX, Ramón: Memorias de ochenta años, Tomo I, Editorial Nacimiento, Santiago.

THAYER Ojeda, Luis: Familias Chilenas, Guillermo Miranda Editor, Santiago, 1906.

THAYER Ojeda, Luis: Santiago de Chile: Origen del nombre de sus calles, Guillermo Miranda Editor, Santiago, 1904.

VICUÑA Mackenna, Benjamín: La Transformación de Santiago, Imprenta de la Librería del Mercurio, Santiago, 1872.

VICUÑA Mackenna, Benjamín: De Valparaíso a Santiago, Imprenta de la Librería del Mercurio, Santiago, 1877.

VICUÑA Mackenna, Benjamín: Historia Crítica y Social de la Ciudad de Santiago, Imprenta del Mercurio, Valparaíso, 1869.

VICUÑA Mackenna, Benjamín: Una peregrinación a través de las calles de Santiago, Guillermo Miranda Editor, Santiago, 1902.

VICUÑA, Manuel: La Belle Époque chilena, Editorial Sudamericana, Santiago, 2001.

VICUÑA, Manuel: El París Americano: Oligarquía chilena como actor urbano en el siglo XIX, Ed. Finis Terrae, Santiago, 1996.

VILLALOBOS, Sergio: Origen y ascenso de la burguesía chilena, Editorial Universitaria, Santiago, 2006.

ZAÑARTU, Sady: Santiago Calles Viejas, Editora nacional Gabriela Mistral, Santiago, 1975.

ZUBICUETA, Alfredo Franco: Tratado de Baile, Imprenta la Ilustración, Santiago, 1908.

FOTOGRAFÍAS Y PLANOS

Revista Zig Zag, abril de 1920.

Revista Zig-Zag, septiembre 1907.

Revista Zig-Zag, 20 de junio de 1914.

Sucesos Sucesos, 9 de julio de 1914.

El Ferrocarril, 1866.

El Mercurio de Santiago.

REVISTAS Y DIARIOS

Archivo Fotográfico, Museo Histórico Nacional.

Archivo Fotográfico, Biblioteca Nacional.

Archivo Fotográfico, Facultad de Arquitectura y Urbanismo de la Universidad de Chile.

Colecciones particulares.

SECC. CHILENA

Director de Proyecto
Antonio Rodríguez-Cano Aranda - ARC S.A.

Coordinación General
Soledad Rodríguez-Cano Samaniego - ARC S.A.
María Fernanda Larraín Illanes - Banco Santander

Comité Editorial
Antonio Rodríguez-Cano Aranda - ARC S.A.
Diego Arentsen Peña - Banco Santander
Amaya Irarrázaval Zegers
Francisco García-Huidobro Villalón

Investigación y Desarrollo
Amaya Irarrázaval Zegers
Francisco García-Huidobro Villalón
Soledad Rodríguez-Cano Samaniego

Fotografía
Marcos Mendizábal Sanguinetti

Diseño y Diagramación
Ximena Ulibarri Lorenzini
Rosa María Espinoza Olivares
Patricio Cortés Albarca

Edición
Carmen María Vergara Gana

Impresión
Quebecor World Chile S.A.

Inscripción N° 162544
Derechos reservados
Abril de 2007
I.S.B.N. 978-956-310-656-5
Primera Edición: 2.800 ejemplares

Este libro tiene un formato de 27,5 por 33 cms. (cerrado) y una extensión de 260 páginas. Su tiraje es de 2.800 ejemplares. Impreso en papel couché opaco 170 grs. a 4 x 4 colores más barniz oleoso selectivo en ambas caras. Tapa dura en cartón 2,5 mm. forrado en artela donna más aplicación de cuño en tapa y lomo. Lleva sobrecubierta tipo francés, tamaño extendido 80 por 41 cms. impresa a 4 x 0 colores en papel couché 170 grs. más politermo opaco en el tiro y folia transparente en el título. El lomo es cuadrado y la encuadernación con costura hilo y hotmelt. Las hojas guardas a 1 x 0 color en couché opaco de 170 grs. Se ocupó la tipografía Goudy en sus versiones, regular, bold e italic y los software, Adobe Page Maker 7.0 y Adobe Photoshop 8.0. Abril de 2007.



